

Cacho Narzole

TRIBUTO A NAVIANTE



Escuela de militancia

Entre 1977 y 1980 un grupo de guerrilleros del ERP se refugió con sus familias en un pueblo del norte de Italia para planificar su regreso a la Argentina: Enrique, Juan Carlos, Luisa, Marcelo, Ani, Chela, Juanita, Laura, María, Mati, Amadeo, Cachó, Coco, Ernesto, Juan, Luis, Mariano, Miguel, Oscar; y sus hijos Amanda, Ana, Clarisa, Martín y Nico compartieron una experiencia única que nunca hasta ahora fue contada.

TRIBUTO A NAVIANTE

Escuela de militancia¹



¹ Ani, Chela, Juanita, Laura, María, Mati, Amadeo, Cacho, Coco, Ernesto, Juan, Luis, Mariano, Miguel y Oscar integramos esa escuela con convicción militante. Amanda, Ana, Clarisa, Martín y Nico, chicos hoy adultos, compartieron sin opinar. Enrique, Juan Carlos, Luisa y Marcelo fueron compañeros instructores. Es probable que cada una de las personas que participaron de esta historia tenga una visión diferente de los sucesos que aquí se narran (Nota del Autor).

A

Ana María y Mauro,
Quienes junto con sus documentos nos dieron sus identidades.

Transformados en ellos viajamos a México, donde vivimos y trabajamos durante dos años preparando el regreso a Argentina donde llegamos sanos y salvos el 8 de octubre de 1983 sorteando obstáculos, pasando fronteras y superando controles cobijados por sus nombres. Mi sentido agradecimiento a esta pareja de jóvenes de limpio espíritu que con su gesto de amor y solidaridad derrotaron a las fuerzas más agresivas del poder mundial, demostrando que el tamaño de nuestros enemigos depende solo del temor que les tengamos.

SINOPSIS

La historia de la militancia en la década del 70 tuvo en quienes la vivieron fuera de las fronteras de Argentina algunos rasgos muy particulares, que este libro cuenta desde una óptica distinta a la que habitualmente se lee o se ha escuchado.

“Tributo a Naviante” narra con un lenguaje por momentos muy poético la historia de un grupo de treinta personas, miembros activos del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), que dejaron el país cumpliendo orientaciones de la dirección del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y se instalaron en el norte de Italia para crear y mantener una de las principales Escuelas de Cuadros que, en esos años, se desarrollaron como modo concreto de seguir la lucha contra la dictadura desde el extranjero, mientras se preparaban para retornar al país.

No es una historia más de exiliados nostálgicos que se lamentan por el terruño perdido. Es un cuadro vivo de combatientes que continuaron su trabajo revolucionario entre 1977 y 1980 vinculándose con los partidos de izquierda europeos, los sindicatos y, particularmente, los antiguos partisanos que en Italia resistieron el avance del nazismo durante la Segunda Guerra Mundial. Es una historia de destierro, eso sin duda, pero desde el punto de vista de quienes, aún en la derrota militar, no se consideraron políticamente derrotados.

Narrado en una primera persona del singular que desde los primeros párrafos se convierte en un yo colectivo, “Tributo a Naviante” está contado adrede sin darle mucha relevancia a las historias individuales. Importa aquí menos lo que le pasó a tal o cual de los protagonistas (todos los cuales son mencionados por sus nombres o apodos de guerra) como los perfiles de los italianos que los acogieron. Importan menos las historias de melancolías o de amor personales como la gesta épica de todos en conjunto, militantes activos de una estructura disgregada y prácticamente acéfala, que no quisieron resignarse al escepticismo o a la apatía.

Por las páginas de este libro desfilan los meses de asentamiento durante el crudo invierno europeo, en una escuela abandonada de un pequeño pueblo del norte de Italia; el contacto con las organizaciones de izquierda locales, que los reciben con calidez y solidaridad; los trabajos de guerrilleros sin armas en tareas rurales, tanto para vincularse con el medio que los amparó como para sobrevivir; las largas discusiones entre éstos y los italianos nativos, para tratar de explicar las peculiaridades de la política argentina; la inserción posterior de varios de sus miembros en otros pueblos de la península mediterránea; las instancias interminables del regreso...

Pero también se muestran, sin concesiones anacrónicas, las ambivalencias y las dudas, el sufrimiento y el debate interno, profundo y autocrítico, que llevó a los miembros del grupo a dividirse y encarar la vuelta a América en dos fracciones muy diferentes, ya sea para reinser-tarse en la experiencia democrática argentina de 1983, ya sea para mantener la lucha en los mismos términos de hasta entonces pero en otros territorios considerados por ellos merecedores de su idealismo a toda prueba.

ADVERTENCIA

La voz que narra esta historia ya no existe. No es que haya sido acallada por muerte o desaparición, si bien es cierto que cualquiera de estos dos destinos pudo haberle cabido. No existe porque el mundo en el que se hizo oír, y donde se desarrollan las historias que aquí se cuentan, desapareció llevándose consigo las circunstancias -pero no las razones- por las que sus palabras se convirtieron en grito de lucha. El mundo de hoy no es ni mejor ni peor, es simplemente un mundo diferente en el que los desafíos son otros y donde las causas que impulsaron a generaciones enteras a enrolarse en las filas de los que luchaban por construir un mundo mejor parecen haberse diluido o no tener lugar en nuestros días. Hoy ya no son las grandes mayorías las que están dispuestas a entregar sus vidas en pos de un ideal. Es verdad que muchos jóvenes de esta época siguen buscando caminos, ideas, propuestas que ayuden a entender hacia donde se dirige la humanidad, es verdad que siguen buscando qué hacer para evitar el desastre que parece inminente (pero que siempre ofrece alternativas). El poder se ha unificado y amenaza ocupar todo el espacio con su enorme cuerpo que engorda cada día más, relegando a quienes no participan de él a lugares cada vez más estrechos y más pobres. Mientras esa búsqueda no se detenga el mundo mirará con esperanzas su futuro, sabedor de que cuando el horizonte se aclare y el camino se despeje, por él transitarán otra vez los mejores hombres y mujeres encabezando a los pueblos decididos a vencer o morir.

Buenos Aires - Julio de 2005

PALABRAS PREVIAS

1.

En los años 60 el llamado de la revolución sonó fuerte, alto y claro convocándonos para que con el corazón abierto a las necesidades del pueblo y las mentes dispuestas a las nuevas ideas, nos lanzáramos al combate engrosando las columnas de los que en todo el mundo empujaban al imperialismo al basurero de la historia. Eran los tiempos en que se veía asomar en el horizonte el nuevo mundo, y la victoria estaba al alcance de la mano.

En todos los ámbitos de la vida nacional, y sobre todo entre los jóvenes, se discutía acerca de los acontecimientos mundiales y argentinos y sobre la necesidad de participar o no de lo que estaba ocurriendo. La vida estaba perdiendo la apacibilidad de los años anteriores y no era posible mantenerse al margen. La actividad política llenaba todos los espacios de la vida cotidiana, y sólo los que únicamente pensaban en sí mismos continuaban la suya mirando sin interrogarse. La nueva clase obrera, nacida de la modernización de los sistemas industriales, imponía sus puntos de vista y sistemas organizativos en un enfrentamiento inédito en pos de la conquista de nuevos y más amplios espacios de participación económica, política y social. La mayoría de las publicaciones, incluso aquellas ligadas a las artes y las ciencias, estaban impregnadas de ideología. Y la literatura, el cine y el teatro planteaban permanentemente la problemática del mundo y de la sociedad en aquellos años, haciéndose eco de los acontecimientos, jugándose en cada opinión al tomar partido por las posiciones en pugna.

Tras unos primeros años de desconcierto provocados por el abandono de las más sentidas reivindicaciones sociales y políticas, las organizaciones armadas tomaron la iniciativa y, dejando atrás las discusiones teóricas, se lanzaron a enfrentarse cara a cara con el enemigo en el convencimiento de que había llegado el tiempo de la acción. El PRT avanzó con decisión hacia las formas leninistas de construcción del partido revolucionario de vanguardia. Desarrolló su línea política sobre la base de la continuidad de las luchas por la independencia en el camino hacia la definitiva liberación, reivindicando todas las luchas populares en la certeza de la necesidad de unir las fuerzas revolucionarias para conformar una gran corriente popular que fuera capaz de derrotar a las estructuras del poder oligárquico, asociadas con el imperialismo norteamericano. Esta propuesta tuvo una gran acogida en los sectores intelectuales y obreros con más elevado concepto ideológico, provocando una verdadera explosión de entusiasmo revolucionario que conmovió a la juventud. Su desarrollo y crecimiento, tanto en número de militantes y simpatizantes como en influencia política en las zonas con mayor experiencia de lucha, convirtió al PRT en uno de los referentes más importantes y respetados.

El lanzamiento de la lucha armada y la construcción del Ejército Revolucionario del Pueblo, en julio de 1970, despejaron las dudas acerca de la determinación de dar pelea en todos los frentes. Pronto se removieron las últimas resistencias, poniendo en evidencia el alineamiento del pueblo argentino con todos aquellos que en el mundo entero luchaban contra el intento de imperialismo hegemónico liderado por Estados Unidos, con todos sus componentes de oligarquías feudales, patronazgos coloniales, corporaciones financieras, monopolios económicos, esbirros militares, burocracias sindicales, corruptelas políticas, oscuridades religiosas y vacilaciones ideológicas.

Las grandes movilizaciones populares de esos años se transformaron en verdaderas canteras de militancia, y la combinación de las tareas de construcción de la organización en forma clandestina con aquellas del trabajo político legal, afianzaron de manera muy poderosa la relación del partido con el pueblo movilizado. En este marco, y a partir de la nueva concepción ética que nacía, donde la solidaridad y el compromiso revolucionario se ubicaban en lo más alto de la escala de valores, me uní a los que buscaban caminos para encauzar un impulso desbordante poniendo todo mi empeño y dedicación para tratar de llegar a lo que, en palabras del Che, era el más alto escalón de la especie humana: ser un revolucionario.

2.

La visión montonera de la historia y de la militancia de los 70 tiene el carácter propio de los movimientos multitudinarios que creen ser la expresión mas genuina y hegemónica de las mayorías, cuando en realidad expresaron a un sector muy importante y con gran convocatoria sobre la juventud pero no la única ni la más representativa, aunque haya sido la más numerosa.

Nuestra experiencia era totalmente diferente, tanto en las motivaciones como en el desarrollo de la participación conciente de quienes militábamos y en la consideración de ciertos valores éticos y morales, que debían plantearse como básicos a la hora de tomar decisiones. Para nosotros nunca el fin justificó los medios. Asumimos la lucha armada como lo que creíamos que era, una herramienta más para luchar contra un enemigo muy poderoso que ejercía violencia contra quienes nosotros visualizábamos como las grandes mayorías sojuzgadas. Las bases marxistas y leninistas que asumimos como herramientas siempre dejaron en claro que el papel definitorio en las luchas no lo tienen las vanguardias sino los pueblos. El rol de las vanguardias nunca fue reemplazar, sino conducir al pueblo hacia el poder. Muy diferente era la posición montonera que reivindicaba la doctrina de Perón y luchaba por su vuelta, tratando de modificar su propio pensamiento.

El temor ante la posibilidad concreta de ser barridos para siempre del escenario histórico impulsó a los representantes más reaccionarios de la sociedad a emplear todos sus recursos en la defensa de sus privilegios cruzando todas las fronteras conocidas hasta entonces en materia de crueldad y brutalidad represiva. Desde los bombardeos con napalm sobre los campos y las poblaciones civiles de Vietnam, pasando por el terrorismo de los franceses en Argelia y de los belgas en el Congo, hasta llegar a las dictaduras latinoamericanas con su coordinación continental para la tortura, la desaparición y el robo de bebés, la imaginación al servicio del dolor y la muerte alcanzaron su más alta escala.

Los pueblos, y sus hijos mas preclaros agrupados en las organizaciones revolucionarias conformadas por personas de altos principios éticos y morales incapaces de concebir semejantes aberraciones, se vieron sobrepasados por el uso indiscriminado de conceptos ideológicos que justificaban y promovían el empleo, como arma de combate, de estos elementos tan abyectos. Su capacidad de reacción se vio sobrepasada por la magnitud de la maquinaria de muerte y sucumbieron ante el horror, dejando miles de víctimas en el campo de batalla.

3.

Pero la cruel derrota no lo fue en el terreno de las ideas y de los conceptos éticos que se han mantenido incólumes, identificando y engrandeciendo a quienes no vacilaron en ofrecer todo de sí para participar en la construcción de un sistema social basado en la solidaridad y la hermandad entre los pueblos. Y por eso nuestra salida de Argentina no debe entenderse como un exilio, fue una opción de continuidad que buscó en el exterior el recogimiento necesario para restañar las heridas y fortalecer las convicciones.

Es probable que cada una de las personas que participaron de esta historia tenga una visión diferente de los sucesos que aquí se narran. No sería extraño que cualquiera de ellos detecte errores de fechas, lugares, personajes o acontecimientos y seguramente tendrán razón. Pero no es eso lo más importante que se propone este texto que, además de haber sido reconstruido con la ayuda precaria de una memoria ya frágil por la cantidad de eventos sucedidos desde entonces, intenta dejar un testimonio válido de una experiencia maravillosa realizada por un grupo de personas en los tiempos en que el combate por la dignidad de la humanidad lucía como una llamada irresistible. También es probable que aquellos niños hoy adultos no consideren como demasiado valiosas las vivencias de esos días, que se corresponden con un mundo hoy inexistente y totalmente ajeno a sus realidades cotidianas.

Los conceptos y las motivaciones que nos impulsaban encuentran sin dudas su continuación en el accionar de nuestros hijos que, junto a los hijos de los desaparecidos, de los caídos, de los exiliados y de los que heroicamente resistieron en Argentina, construyen sus propias herramientas de lucha para enfrentar los combates como verdaderos protagonistas de su tiempo. Esto nos llena de orgullo y justifica de alguna manera lo hecho, en la certeza

de que aceptando la crítica de los que puedan no acordar, hemos legado a las nuevas generaciones un comportamiento ético irrenunciable y un compromiso sin límites con nuestras propias convicciones.

El Autor

NAVIANTE

Tornano gli Argentini

Cacho, il coordinatore del gruppo di profughi argentini accolti nella Scuola di Naviente a fine anni '70, e sua moglie Juanita tornano a salutare gli amici di Naviente, Farigliano, Carrù, Dogliani e dintorni, che, in quel momento travolto per il loro Paese, li aiutarono e furono solidali con loro.

SABATO 23 FEBBRAIO 2002

Salone della Scuola di Naviente
Ore 18

Recital di LUCA OCCELLI
Saluto di CACHO E JUANITA

Rinfresco
Ingresso libero a tutti

Comune di Farigliano

Stamperia Ramolfo – Carrù

I
EL LARGO REGRESO

Una mattina mi sono svegliato... O bella ciao, bella ciao...
Una mañana me he despertado... Bella, adios; bella, adios...

El viaje no estuvo exento de ansiedades y desconfianzas. Si bien las noticias que llegaban a México mostraban una cierta distensión en la represión, la Dictadura en retirada continuaba siendo muy peligrosa. El carreteo del avión sobre la pista agudizó mis temores y dudas acerca de la calidad del pasaporte y las explicaciones preparadas como respuestas a eventuales interrogatorios. Nervioso, me fui acercando al control migratorio sin dejar de recordar las listas de buscados por los grupos de tareas siete años atrás. La tensión crecía a medida que la fila me acercaba, inexorablemente, a la ventanilla. Los ojos aburridos de la oficial de la fuerza aérea se pasearon por el pasaporte y la visa de entrada rellena a las apuradas en el avión antes del aterrizaje y mientras me miraban, apoyó con desgano la primera página sobre un detector electrónico.

El golpe del sello dejando constancia de la fecha de entrada detuvo el ligero temblor de mis manos que agarraban con fuerza las manijas del bolso, y mi respuesta a su burocrático deseo de bienvenida se confundió con la chicharra que abría la puerta hacia las cintas donde las valijas giraban. Noté que inconscientemente solté un suspiro entre aliviado y feliz, al tiempo que recordaba las recomendaciones de los compañeros para no relajarme y mantenerme siempre alerta. Los controles aduaneros y de seguridad en Ezeiza dejaban ver los estragos de la corrupción sobre los sistemas que habían sido casi invulnerables en los tiempos de máxima prepotencia militar, y pasar por ellos con documentación adulterada, procedente de un país lleno de refugiados políticos resultó menos difícil de lo pensado.

La mañana otoñal me hizo sonreír al recordar las veces que le había contado a Leopoldo sobre las bellezas de mayo en Buenos Aires.

Como hombre del interior él no alcanzaba a comprender mi excitación al hablar sobre mi ciudad. Muchas veces le había dicho que el otoño es la estación más hermosa, porque el color de las plazas y los árboles se suavizan con el brillo lejano del sol que ya no derrite el asfalto y se vuelve tibio y agradable al caminar por las calles. La humedad y los calores sofocantes del verano dejan lugar a las mañanas frescas y soleadas, mientras los primeros fríos anticipan el invierno. Es un tiempo de melancolías que le va muy bien a Buenos Aires.

Mientras el taxi recorría la autopista Ricchieri rumbo al centro, trataba de tomar las primeras impresiones charlando amigablemente con el taxista, sin dejar de mirar por la ventanilla para localizar las pinzas y retenes militares que todavía estaban muy frescos en mi memoria. Sólo la pulcritud de los jardines a los lados del asfalto y las interminables lí-

neas blancas que lo limitaban, se mostraban como las únicas señas de la presencia militar.

La verborrágica queja del chofer se mezclaba con algunas reflexiones acerca de la guerra de Malvinas, dejando entrever el clásico sentido amargo de los argentinos cuando hablan de las cosas del país. Los movimientos en los suburbios dejaban ver una especie de desinterés de la gente, que al bajar por la 9 de Julio hacia el bajo, me hizo percibir una sensación de hartazgo que parecía buscar un cambio. Se advertía un sentimiento de crispación que se mostraba pronto a estallar.

El 2 de abril de 1982, la multitud se había reunido en la plaza vociferando consignas antibritánicas, de un nacionalismo atávico alejado de cualquier conciencia política dando rienda suelta a su necesidad catártica de participación. “Argentina, Argentina”, “Que venga el Principito” se escuchaba en medio de un mar de banderas celestes y blancas agitadas con fervor pasional. “Si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla”, decía desde el balcón de la casa de gobierno el genocida Leopoldo Fortunato Galtieri, después de apurar un par de tragos de su vaso rebosante de Johnnie Walker etiqueta negra de doce años de añejamiento. La dictadura feroz, sabedora de la memoria frágil de los argentinos, buscaba legitimarse a través de la invasión militar a las Islas Malvinas convocando los más bajos instintos ideológicos del pueblo en un intento por encontrar salida a su ya insostenible permanencia en el poder. La crisis económica, las divisiones internas, las ambiciones personales, el surgimiento de cuestionamientos e investigaciones, el giro de la política mundial y sobre todo el reavivamiento de los reclamos populares, jaqueaban a la Dictadura y ya los recambios de generales en la cúpula no conseguían garantizar la continuidad del proceso. Había llegado el tiempo de emprender la retirada, y la mejor forma de hacerlo era a través de una ofensiva que contara con el aval de los argentinos, para conseguir un golpe de efecto que dejara en el imaginario colectivo la última gestión que debería culminar con una victoria. En los primeros días ese objetivo pareció lograrse. El país se embanderó en los símbolos patrios, haciendo renacer un fervor nacional que unió a todos dejando de lado diferencias y matices. Eran pocos los que en ese momento de éxtasis patriotero pensaban o se acordaban de las atrocidades, las torturas, las desapariciones, los asesinatos, los saqueos, los robos de niños, los familiares y amigos exiliados, los cierres de fabricas, la extranjerización de las finanzas, el crecimiento de la deuda externa, el sometimiento al Departamento de Estado norteamericano, el entrenamiento para los tormentos en Centroamérica, el crecimiento despiadado de la pobreza y la marginalidad, la agudización brutal de las diferencias sociales, la supresión de la actividad política y sindical, la abolición de la justicia... Habiendo conseguido la unidad de todos en defensa de la Patria, la Dictadura logró que cesaran las críticas y los cuestionamientos. No eran tiempos de desunión.

De modo que en ese mayo otoñal de 1982, poco antes de la vergonzosa rendición frente a los ingleses, llegaba yo desde México con pasaporte italiano falsificado, con otro nombre y

sin historia, para hacerme una composición de la situación del país y volver a informar a los compañeros que me esperaban para poner en marcha el operativo retorno.

En realidad la obsesión del regreso pareció esfumarse por primera vez otra mañana neblinosa pintada de otoño, pero de septiembre de 1979.

Había salido desde Italia en un barco, o más bien un trasbordador parecido al Buquebús que hace el trayecto Buenos Aires-Colonia, pensando que ya estábamos por volver a la Argentina. Tras vislumbrar el paisaje laborioso del puerto de Génova las puertas del Mediterráneo se abrieron ante mis ojos. La travesía bordeaba la bellísima Costa Lígure y desde el salón vidriado se alcanzaba a divisar como se sucedían Savona, San Remo, Ventimiglia alcanzando la Costa Azul francesa para adivinar a lo lejos cuál era Mónaco, Niza o Saint Tropez. Sólo nuestra vocación de militantes nos permitía comprender cómo era posible que estuviéramos allí, cruzando el Mediterráneo para llegar a Barcelona -todavía hoy recuerdo, no sé porqué, la réplica de la Santa María anclada en el puerto, la gran estación de trenes y a los circunspectos catalanes, tan diferentes de los madrileños ruidosos, graciosos y chispeantes en sus dichos y modismos- y de allí en tren a Paris, donde nos encontraríamos con los compañeros llegados de varios países de Europa y América.

Mi contacto era Elena, la compañera de Documentación que había conseguido a través del ACNUR² una ubicación en un barrio parisino destinado a los refugiados. Llegué hasta su casa después del llamado telefónico convenido, pero hubo todavía un nuevo paréntesis de varias horas, las de una recorrida por algunos lugares que mi fantasía hacía imperdibles: desde la Gare du Lyon me metí en el laberinto fascinante del metro y sin preguntar, pero verificando el plano de los recorridos, decidí bajar en la estación Bastilla con la ansiosa inquietud de encontrarme con los restos de la fortaleza asaltada; la solitaria columna y la inscripción que recuerdan la epopeya en medio de la amplia plaza serenaron mis latidos y lentamente me encaminé hasta el primer bar para sentarme y pedir, en mi francés elemental, café au lait et croissant.

El lugar de la reunión lo conocían unos pocos.

Yo fui con Leopoldo y al entrar sentí la tensión. Se habían formado dos grupos muy diferenciados que se esforzaban por mantener una actitud cordial que ya se notó en los primeros saludos. No había agresiones, el respeto mutuo se basaba en el conocimiento y en la certeza de estar entre compañeros con diferentes puntos de vista e interpretaciones, pero compañeros. Eso no estaba en duda. Los que no querían regresar para retomar la lucha ya no estaban. Por un sentido de pertenencia o tal vez de inconsciente autodefensa nos ubicamos a ambos lados de la larga mesa, cara a cara según el agrupamiento. No faltaron los co-

² Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.

mentarios del tipo “Qué haces de ese lado, si siempre estuvimos de acuerdo, esperaba encontrarte de nuestro lado”.

Desde el inicio de la reunión quedaron claras las posiciones: partiendo de los mismos antecedentes y reivindicando iguales objetivos, planteaban estrategias muy diferentes. No hubo chicanas sino discusiones muy fuertes acorde con lo que estaba en juego. Éramos apenas una veintena entre los miembros de la Dirección Nacional y los representantes de los compañeros, pero si bien todos teníamos en claro que al cabo de esos dos años se daba por cumplida la etapa de la salida del país para la reorganización, también lo éramos en cuanto a que una vez terminada la reunión, y cualquiera fuera su resultado, se iniciaría una fase de decisiones trascendentales.

¿Qué se discutió aquel otoño en París?

La reunión se había acordado entre los más experimentados y con mayor ascendencia como una forma de evitar lo que se presentaba como una ruptura frente a la decisión de muchos militantes de exigir una definición acerca de la línea. Y bien, las posiciones eran muy diferentes ya que se habían agrupado en torno a dos puntos de vista, tanto en el análisis de la situación política nacional e internacional como en el referente a los métodos de lucha.

El grupo con mayor experiencia militar planteó la necesidad de incorporarse a la lucha en la Nicaragua sandinista recién liberada donde el pueblo, comandado por el FSLN, estaba construyendo en medio de grandes dificultades su camino hacia una nueva sociedad más justa e independiente. Las tareas eran enormes y la posibilidad de participar en esa experiencia maravillosa de la revolución triunfante, verdaderamente atrayente. Nadie podía oponerse a una propuesta como ésta, ya que colmaba las expectativas de ver plasmada en la realidad la línea histórica de la revolución latinoamericana. Los contactos con el gobierno cubano garantizaban la incorporación en tareas de gran responsabilidad honrando el prestigio ganado por la organización y sus dirigentes durante los años de lucha en el país. Pero además, este se consideraba un paso importante en el fortalecimiento ideológico de los compañeros para reconstruir la estructura de cuadros que permitiera regresar a la Argentina con una organización vigorosa y experimentada. De modo que la euforia por el triunfo de la revolución Sandinista y la posibilidad de la conformación del eje Cuba-Nicaragua como motor de la lucha continental, sacudía con fuerza la modorra del exilio europeo y ponía en lo más alto el espíritu revolucionario.

Nuestro grupo había desarrollado una tarea muy importante en la consolidación de los nuevos cuadros. A través de las escuelas políticas y en el contacto con las experiencias de los partidos políticos de la izquierda europea y los viejos cuadros partisanos y antifascistas,

habíamos estudiado en profundidad la línea del frente popular y logrado definir la situación de Argentina después de la derrota de las organizaciones armadas como un proceso de reivindicaciones democráticas en la que, concientes de la debilidad extrema en que se encontraba el Partido, se debía participar en conjunto con las otras fuerzas progresistas. Desde esta perspectiva, si bien respetábamos la opción del otro grupo, asumiendo incluso la posibilidad de enviar algunos compañeros para incorporarse al proceso en Centroamérica que partiendo de Nicaragua se extendía con fuerza a El Salvador, Honduras y Guatemala, propiciábamos el retorno inmediato al país para iniciar un proceso de reinserción. Sin perder la organicidad, éste debía basarse en la tarea individual de cada compañero, con vistas a lograr una base de trabajo que permitiera retomar las actividades políticas y fortalecer una opción democrática con sentido progresista, de acuerdo con las condiciones específicas en que había quedado la Argentina después de la Dictadura. Por otra parte, tampoco la revolución triunfante en Nicaragua planteaba por entonces una postura sectaria; sus planteos impulsaban un sentido unitario, democrático y popular acorde con la propuesta política, posición que era compartida por la línea del Frente Farabundo Martí de El Salvador, el Frente Cinchonero de Honduras, la dirigencia de las organizaciones guatemaltecas y el M19 de Colombia.

Las dos posiciones expuestas no pudieron alcanzar consensos y la decisión final fue que cada agrupamiento llevara adelante su línea, en el convencimiento de que no eran antagónicas. Si respetábamos mutuamente ambos puntos de vista teníamos la certeza de que íbamos a volver a converger en el desarrollo de la lucha. Y sin embargo, una sensación extraña quedó flotando entre el humo del tabaco. Los que iban a Nicaragua sabían que iban a la guerra; los que volvíamos a Argentina, que nos enfrentaríamos nuevamente a la represión y la clandestinidad.

A Daniel lo conocí ni bien entramos al Partido, cuando él ya era responsable nacional de Propaganda y yo pugnaba por desembarazarme de mis vergüenzas pequeño burguesas. Fue él quien con paciencia fue inculcándome los fundamentos básicos de la línea del Partido haciéndome comprender la trascendencia de aprovechar las condiciones propias de cada militante, sin importar su origen social o su ubicación en el espectro económico y laboral en tanto que asumiera el compromiso de impulsar la causa revolucionaria desde el puesto de lucha que a cada uno le tocara ocupar. Me hizo comprender la enorme importancia de defender la legalidad en un tiempo de proscripciones y ocultamientos, donde las limitaciones que impone a los movimientos de los militantes la estrechez de la clandestinidad conspiran contra el desarrollo de las tareas y la difusión de las ideas.

Daniel vivió en nuestra casa durante varios meses y desde allí coordinó las tareas de publicación de “El Combatiente” a la vez que guió con mano segura nuestro avance político,

cuidando con esmero nuestra formación y vigilando el crecimiento de nuestro compromiso revolucionario. Se mostraba afable, cordial, comprensivo y muy seguro de sí mismo en el trato cotidiano pero siempre riguroso en la aplicación de las medidas de seguridad, avanzando con cuidado y delicadeza en la importancia y el riesgo de las tareas que nos encomendaba. Cuando cayó nuestra casa entregada por la delación de un cobarde, fue él quien nos avisó para que la abandonáramos apenas unos minutos antes de que llegara el brutal operativo militar que la destruyó, salvando nuestras vidas.

Perdida la preciada legalidad, no pudimos continuar con nuestra tarea de alternarnos con Juanita para llevar semanalmente los originales de “El Combatiente” hasta Córdoba, para que desde allí se difundiera a todo el norte del país. Ya no era seguro seguir con las citas nocturnas para recibir los originales, debidamente ocultos entre papeles contables cuando simulábamos los viajes de trabajo relacionados con nuestra profesión. No podíamos prolongar la combinación de viajes de ida en ómnibus hasta la estación terminal de Córdoba para concurrir a la cita y, después de entregar el paquete a los compañeros de la regional, regresar por vía aérea justo a tiempo para entrar al trabajo. Sin la legalidad no estábamos en condiciones de atravesar las pinzas y controles militares que a lo largo de la ruta y en las estaciones revisaba brutalmente a cada uno que transitaba sospechándolo de subversivo, y debimos separarnos. El obligado pase a la clandestinidad nos llevó hacia otros caminos de militancia, pero cada vez que nos llegaba la prensa partidaria sabíamos que allí estaba su mano. Poco tiempo después, cuando cayeron las imprentas clandestinas delatadas por el mismo traidor que entregó nuestra casa, supimos con alegría que Daniel estaba bien.

El impacto de esa noticia me golpeó con brutalidad en París pocos días después de la reunión con los compañeros del Partido. La gravísima situación imponía la toma inmediata de trascendentes decisiones y la aplicación urgente de severas medidas de resguardo y seguridad. Un compañero de la Dirección había recibido informaciones fidedignas por parte de los contactos del Partido en Cuba, de la evidencia de la existencia de una infiltración en el Comité Central que se había conformado después de la caída de Santucho y el Buró Político. Junto con el informe se recibió también la recomendación de llevar a cabo las pruebas de confirmación habituales, consistentes en simular un secuestro por parte de los servicios de inteligencia del enemigo, pero realizado por compañeros camuflados como agentes para tratar de inducir al presunto infiltrado a delatarse.

Habiéndose dispuesto el operativo, se comenzaron las tareas de selección del equipo que tomaría a cargo la tarea, además de la preparación de la infraestructura necesaria consistente en varios móviles y algunas casas apropiadas para el interrogatorio. Pero pocos días antes de su realización se produjo una grave discrepancia entre los miembros de la Dirección, que en medio de acusaciones mutuas y diferencias de criterios, llevó al grupo que en la reunión de París había planteado sus desacuerdos impulsando la línea de unirse al FSLN,

a tomar la decisión de separarse en un nuevo proceso de fraccionamiento que el Partido creía superado.

La división, además de desnudar de manera patética la endebles y el desconcierto político en los que había caído el Partido en estas graves circunstancias comenzadas con la caída del Buró y profundizadas al extremo con la salida del país, dejó sin posibilidades de esclarecimiento esta terrible amenaza que comenzó a sobrevolarnos a partir del ocultamiento de Daniel cuando quedó en evidencia el operativo en marcha para su simulado secuestro, impidiendo su realización y dejando sin confirmar o desmentir su lealtad revolucionaria, pero cubriéndolo de una pesada sospecha.

El traslado veloz hacia Nicaragua para unirse al Frente Sandinista de los miembros del grupo que se había separado confirmó que la disposición de apartarse estaba tomada desde antes de aquella reunión, y que habían estado trabajando para su concreción a pesar de los votos de confianza mutua y de los augurios de convergencia y reencuentro en la lucha en Argentina.

Recibí el informe con desazón rechazando a priori, por absurda, la acusación hecha a Daniel; no porque no pudiera inscribirse en las posibilidades sino por lo irrazonable de la situación en que se producía y por la intolerable muestra de internismo que estaba poniéndose en evidencia, mucho más inaceptable aún teniendo en cuenta que por fin se comenzaban a vislumbrar las primeras reacciones favorables en la disposición y preparación de todos en el camino hacia el regreso al país, y cuando había evidencias importantes del apoyo conseguido de los compañeros y organismos italianos dispuestos a prestar su ayuda incondicional para nuestro reingreso desde Italia a la Argentina, que sin embargo demoraría todavía cuatro años más en producirse en forma definitiva.

Retorné a Italia con una combinación de frustración y angustia por las graves novedades recibidas que volvían a poner al Partido en situación de repetir los errores de los últimos tiempos en Argentina, cuando se priorizó el enfrentamiento armado por encima de la construcción política revirtiendo la mirada hacia el interior de la organización y desatendiendo la necesaria ligazón con las verdaderas necesidades del pueblo. Me preocupaban los difíciles momentos que debería enfrentar al informar a los compañeros que aguardaban ansiosos mi regreso, ignorantes de los sucesos y alentando esperanzas de recibir instrucciones precisas para ponernos en movimiento hacia el país, además de la información que debería darles a los italianos y que seguramente les causaría una profunda herida al dejar en evidencia tan mala muestra de inmadurez.

Llegué a Naviante tarde en la noche y como era habitual encontré la escuela llena de gente y en medio del bullicio alegre y ruidoso donde se escuchaban canciones revolucionarias mezcladas con las tradicionales italianas y alguna que otra zamba melancólica. Reno había

traído su fisarmonica³ y el ambiente festivo estaba a pleno. Sobre la gran mesa se veían algunas botellas de vino y restos de la comida que se había compartido en esa noche de finales del verano que seguramente habría comenzado apenas caída la tarde. Las expresiones de júbilo se multiplicaron cuando entré y todos me recibieron con bromas, saludos y abrazos mientras yo ponía todo mi empeño tratando de evitar que mi estado de ánimo pudiera perturbar la algarabía reinante. Las miradas inquietas e interrogantes de los compañeros al cruzarse con la mía notaron que algo no andaba bien, pero apelando a nuestros códigos secretos continuamos departiendo sin dejar que la preocupación se transmitiera.

De a poco se fueron retirando los amigos italianos hasta que al final solo quedaron Reno con su familia y Mini con Stella, con los que por ser los mas cercanos siempre compartíamos los momentos de mayor intimidad. Habiendo percibido nuestra necesidad de quedarnos solos y con un alto grado de delicadeza e inteligencia decidieron partir. En el saludo final Reno notó mi preocupación. Me tomó afectuosamente por el hombro camino hacia su auto:

-No importa cual sea el problema, lo vamos a solucionar -dijo.

Mini, por su parte, dio los primeros pasos lentos hacia su casa y mientras Stella, más retrasada, bromeaba entre risas, con su voz siempre grave y la mirada muy seria agregó:

-Insomma, ci sono sempre problemi⁴.

Conteniendo la ansiedad pospusimos hasta la mañana siguiente la reunión para que yo contara cuáles eran las novedades y resolvimos juntarnos todos dejando de lado el orden celular que habíamos establecido para el funcionamiento interno. La gravedad de la situación justificaba la suspensión de las actividades programadas y su reemplazo por un análisis grupal a la luz de lo que yo debía informar.

En la mañana temprano se realizaron las tareas habituales relacionadas con el desayuno, la limpieza y el envío de los niños a la escuela, y nos reunimos en la sala de estudios quedando en la planta baja María, la esposa de Miguel, que no era militante, con la función de atender la puerta y recibir a quienes pudieran pasar a saludar, aunque todos sabían que eran las horas destinadas al estudio y con un respeto conmovedor por nuestro empeño, evitaban perturbarnos.

Mi informe fue escueto, nervioso y seguramente poco claro además de shoqueante, y provocó una catarata de preguntas, opiniones, propuestas, aclaraciones, dudas, inquietudes y en definitiva desconcierto y preocupación. Todos queríamos saber de qué manera se alteraban los planes. Las conjeturas acerca de los motivos que habían impulsado a esos compañeros a separarse y la posibilidad de enfrentarnos con una operación de inteligencia del enemigo nos empujaron a la conclusión de que era necesario convocar de inmediato a algún compañero de la dirección para discutir en conjunto y tomar las resoluciones pertinentes.

³ Acordeón.

Resolvimos mantener en secreto el tema y solo informárselo a Mini, pero sin entrar en detalles, de manera que no se sintiera excluido al notar nuestras preocupaciones y se me delegó la delicada tarea de hacerlo.

Por otra parte reforzamos las tareas de vigilancia y seguridad además de decidir mi viaje a las otras escuelas para informar y recabar la opinión de los demás compañeros acerca de la compleja situación planteada.

Las nerviosas semanas que siguieron apresuraron los tiempos y dos meses después se daba por terminada la escuela habiendo conseguido un nuevo apoyo para la instalación de otra para un nuevo grupo de compañeros recién llegados desde otros países, esta vez en el castillo de Ivrea, donde pronto iríamos con Juana y las niñas para ayudar en la organización de la nueva escuela. El resto de los integrantes de la Escuela de Naviente tomó su camino para el largo regreso a la Argentina. Recobraban el tabicamiento como método organizativo para cumplir los planes trazados.

El tránsito desde la legalidad a la vida clandestina supone una especie de desaparición repentina de los ámbitos en los que se desarrolla la vida hasta el momento en que resultamos detectados por el aparato represivo. Al adquirir una nueva identidad es preciso armar una historia diferente, alejándose de los familiares, amigos y compañeros de trabajo anteriores para preservar la propia seguridad al mismo tiempo que se le da coherencia a la personalidad adoptada. La nueva vida exige adaptar los hábitos y los movimientos a las condiciones propias de la persona que tomamos como modelo. A partir de los documentos que nos daban nueva personalidad para continuar viviendo y poder llevar a cabo las tareas militantes, que generalmente cambiaban de características insertándonos en nuevos frentes de tareas, quienes tuvieron condiciones más complicadas de seguridad pasaron a formar parte de lo que se llamó “el aparato del Partido”, es decir de las estructuras internas, y los demás pasamos a los frentes de masas para desarrollar la tarea de propaganda y difusión de la línea a la vez que seguir captando compañeros para incorporar.

Un año antes de salir de la Argentina y poco después de la caída de nuestra casa yo había pasado a la clandestinidad siguiendo las orientaciones del Partido; para reinsertarme socialmente conseguí trabajo en una pequeña fábrica de pinturas. En las empresas chicas no solían ser muy cuidadosos en el análisis de los antecedentes y se conformaban con contratar personal que reclamara poco a la hora de definir las remuneraciones y los beneficios.

Las necesidades impuestas por la tarea legal me habían obligado a desempeñarme en ámbitos empresariales donde era muy común convivir con el enemigo de clase compartiendo conceptos absolutamente opuestos a los que formaban parte de lo que se había asumido

⁴ En fin, problemas siempre hay.

como la ética revolucionaria. Para alguien como yo, que deseaba desembarazarse de ese ambiente donde me ahogaba sin poder expresar mis verdaderos puntos de vista, la experiencia resultó fascinante.

El trabajo era muy simple y consistía básicamente en atender unas máquinas mezcladoras, compuestas por unas bateas que giraban alrededor de un eje y donde se debía volcar el contenido de unas bolsas de pigmentos, polvos, resinas, aglomerantes y solventes, en las proporciones indicadas en los instructivos, de acuerdo con el color deseado y el tipo de pintura a elaborar. El galpón no era muy grande y las cinco máquinas funcionaban coordinadamente, con dos personas para servir las y vigilarlas. Parecía muy sencillo, pero no eran pocas las oportunidades en que, por descuido o apresuramiento, se acercaba demasiado la bolsa al eje giratorio y éste atrapaba la punta enrollándola a velocidad de vértigo, provocando una polvareda infernal a la vez que emitía un ruido ensordecedor que obligaba a detener de inmediato la máquina, para despegar la bolsa, limpiar el desastre, ventilar el lugar y reiniciar la tarea tratando que los efectos del cataclismo no llegaran hasta la planta superior, donde funcionaban las oficinas administrativas y de control. Cuando el trabajo era normal, cada uno atendía su tarea mientras el ruido de las máquinas girando hacía imposible cualquier intento de comunicación entre los que allí trabajábamos, pero en los momentos en que se detenía el procedimiento para cambiar las combinaciones o para limpiar las bateas y prepararlas para los nuevos productos, el silencio permitía escuchar el tarareo de algunas canciones con la que cada uno trataba de hacer mas llevadera la jornada y que eran inaudibles cuando todo estaba en pleno funcionamiento. Cierta mañana me sorprendió escuchar que un muchacho de no más de veinte años silbaba insistentemente, y con la evidente intención de ser escuchado, la canción “Hasta Siempre”, que en esos años, como todo lo relacionado con el Che y Cuba, estaba prohibida. El joven miraba a su alrededor tratando de captar alguna señal que le indicara si impactaba en alguno de sus compañeros. Pero ninguno parecía conocerla o por lo menos no daba indicios de mostrar interés o inquietud. Yo traté de no levantar la vista de lo que estaba haciendo y cuando se pusieron nuevamente en funcionamiento las máquinas, el ruido volvió a aislarnos.

Al cabo de un par de días noté que este muchachito entablaba conversación con el resto del grupo, sobre todo en los momentos en que parábamos para almorzar, cuando la charla se distendía y permitía algún intercambio de pareceres que generalmente no salían de las trivialidades propias de la vida cotidiana y que a pesar de su insistencia se centraban en el fútbol o los problemas para viajar. Trataba de hablar sobre los precios altos, las luchas sindicales, los operativos represivos, pero no conseguía interesar a ningún compañero ya que todos preferían reiterar los temas comunes. Era evidente que a pesar de tratarse de una pequeña fábrica donde no había organización, los trabajadores con más experiencia evitaban involucrarse, mostrando los primeros efectos de la amenaza de la represión como instrumen-

to silenciador de las conciencias.

Decidí avanzar con cautela y al día siguiente, cuando se produjo el momento de calma en los rumores de la fábrica, comencé a silbar muy bajito “Hasta Siempre” vigilando de reojo sus reacciones, hasta que se me acercó para preguntarme:

-¿La conocés?

Y así fue cómo conocí a Oscarcito, el último de nosotros en llegar a la escuela de Navian-te. Diré por ahora que cuando llegó y se encontró de frente conmigo, que lo recibía en mi carácter de responsable político, el abrazo intenso no pudo borrar una sonrisa cómplice, que yo respondí con emoción, embargado por el recuerdo de los tiempos de confianza mutua que habíamos compartido en la clandestinidad.

Un año después de que cayera nuestra casa recibimos la orden para salir del país rumbo a Brasil.

Leopoldo era el miembro de la Dirección Nacional a cargo de coordinar y hacer cumplir lo que se había decidido en relación a la formación de nuevos cuadros políticos con miras a la reconstrucción de la organización, seriamente dañada por los brutales golpes recibidos en el último año. Hasta unos pocos meses atrás había participado activamente en la construcción del apoyo político a la Compañía de Monte, en Tucumán; su tarea era realizar contactos con los campesinos de la zona para llevarles la línea del Partido, para lo que utilizaba pequeños volantes diseñados y escritos en hojas simples con dibujos y consignas que esclarecían las razones de la presencia de la guerrilla en los montes. Cuando el Partido decidió desactivar el accionar de la guerrilla rural, como muestra autocrítica de los errores de apreciación política y desviación militarista cometidos en los últimos meses, dramáticamente expresado en el desastre de Monte Chingolo, él continuó durante varios meses con su trabajo político en Tucumán, hasta que regresó a la ciudad para retomar las tareas en el Comité Central. Al producirse la caída, primero, de la Dirección Nacional y las posteriores de los meses siguientes, fue el último en salir del país después de dejar reordenado el Partido.

Los pocos sobrevivientes de la Dirección histórica instalados en España trataban de analizar, junto a los cuadros de mayor experiencia, los cambios operados en la situación del país y las necesidades de definir la línea de acción, en medio de la extrema debilidad en que nos encontrábamos. A pesar de las muy serias dificultades resultantes de la salida de decenas de compañeros con sus familias, en condiciones muy precarias, la disciplina y organicidad con que se realizó la tarea, junto con la lealtad inquebrantable de todos, permitieron resolver los graves problemas que planteaba la estadía en Brasil, un país gobernado por un régimen tan brutal como el existente en Argentina, aunque en un momento de mayor permisibilidad.

Después de muchos años de militancia clandestina no resultó difícil prolongar el concepto conspirativo como método para la continuidad de la actividad, y al cabo de pocos días ya

estábamos todos ubicados, con la situación legal relativamente controlada y habiendo reordenado los contactos para mantener el funcionamiento celular. La ansiedad de los compañeros se reflejaba en el requerimiento permanente por conocer la línea del Partido y las orientaciones precisas para ponerse en acción cuanto antes. Habiendo concluido la tarea de recibir y reorganizar a todos, era necesario dar indicaciones claras acerca de las conclusiones de la Dirección y de las tareas inmediatas para orientar el camino a seguir.

En medio del vértigo, empujado por la brutalidad de la represión, me convertí sin esperar en un integrante del comité encargado de recibir y organizar a los compañeros que llegaban a Río de Janeiro cumpliendo la orden del Partido de reagruparse en el exterior.

La cita era en la playa de Copacabana.

Ahí estaba yo, caminando en dirección a Fluminense. Leopoldo vendría hacia Ipanema. La mañana estaba plena de sol y la Bahía de Guanabara, que yo veía por primera vez a pesar de las dos semanas pasadas en el lugar, exhibía todo su maravilloso encanto. Trataba de mostrarme lo más distendido posible mientras buscaba con la mirada a mi contacto. Teniendo como tenía en la cabeza el estereotipo conspirativo me sorprendió el abrazo repentino de un joven rubio tostado por el sol que, caminando sonriente con sus sandalias, se mostraba muy distendido y afable. Las preguntas eran tantas y los problemas tan urgentes que temí no poder transmitirlos con la precisión que el momento requería.

Pero cuando nos sentamos a tomar una cerveza y me preguntó por mi familia y por los compañeros, la ansiedad dejó paso a la cordialidad. Sin perder la seriedad del momento me indicó con claridad lo que debíamos hacer. Me indicó que escuchara con interés las opiniones de los compañeros y atendiera a sus inquietudes informándoles de la situación del Partido y de los planes e instrucciones recibidas, que transmitiera, me dijo, siempre la preocupación por cada uno de ellos, evitando las posturas derrotistas, sin ocultarles la verdadera condición de precariedad y dificultades en las que nos hallábamos. Me recomendó ser sincero y transparente en el trato, sin permitir que las necesarias medidas de seguridad se transformaran en un elemento negativo, así como que alentara a los compañeros para que, dentro de la debilidad organizativa y de medios, aprovecharan la oportunidad para conocer el país y se relacionaran con la gente, sin abandonar la continuidad en el estudio y la lectura de las noticias. No sabía yo en ese momento que desde entonces serían innumerables los caminos que transitaríamos juntos, casi siempre armonizando o al menos complementando nuestros puntos de vista, como cuando volvimos a coincidir en Buenos Aires en el otoño de 1983, para trabajar juntos en la elaboración de un documento sobre la situación nacional que sería la base para el regreso, ahora sí definitivo, de nuestro grupo de compañeros.

II EUROPA

Una mattina mi sono svegliato, E ho trovato l'invasor...
Una mañana me he despertado, y encontré al invasor...

Los cuatro meses pasados en Brasil y la falta de definiciones políticas habían creado un clima de impaciencia que comenzaba a conspirar contra los esfuerzos hechos hasta entonces por mantener la unidad y la organicidad. No resultaba posible continuar en la incertidumbre, ya que todos habíamos acatado la orden de salida en la convicción de estar participando de una planificación precisa.

Las esperadas orientaciones de la Dirección, lejos de serenar los ánimos, abrieron un fuerte debate que tensó de manera dramática la situación, hasta el punto de provocar algunas deserciones. Había que recurrir a los organismos internacionales de ayuda a los refugiados y perseguidos políticos con el fin de conseguir el apoyo necesario para que todos los compañeros se trasladaran a Europa, con el objeto de integrarse a las escuelas de cuadros que se estaban organizando con el sostén solidario de partidos políticos y organizaciones sindicales.

Frente a esta definición, un grupo de compañeros planteó su disconformidad criticando lo que consideraban una muestra de debilidad y falta de confianza en la capacidad de lucha y resistencia del pueblo, expresando su opinión acerca de la necesidad de un regreso inmediato al país para continuar militando acompañando la suerte del pueblo, que suponían dispuesto a resistir los embates furiosos de la Dictadura.

Se produjo un intenso debate donde no faltaron las argumentaciones a favor y en contra de esta posición que expresaba el deseo de la mayoría, pero que en casi todos se moderaba ante el análisis de la situación de extrema debilidad de las estructuras partidarias masacradas por las caídas y desorientadas por la incapacidad para interpretar la situación política del país bajo la Dictadura, situación que había quedado patéticamente expuesta en los fracasos de las acciones militares y políticas llevadas adelante en el último año. Además era evidente la falta de experiencia y formación política de quienes debíamos ocupar los lugares de los cuadros caídos.

El grupo de compañeros que planteó su discrepancia decidió no acatar la orientación de preparar nuevos cuadros y, separándose del grueso de la militancia, intentó regresar a la Argentina. La información recibida a los pocos días confirmaba que la mayoría de ellos habían sido capturados por las fuerzas represivas pasando a engrosar la dolorosa lista de desaparecidos, corroborando que la decisión de la retirada hacia el exterior era la forma mas

adecuada para preservar la vida de los compañeros y garantizar la continuidad de la acción política.

Una vez más se puso en evidencia la fortaleza ideológica y la cohesión interna que caracterizaba a los militantes del Partido ya que, pese a las serias contradicciones que planteaba la orientación recibida, la explicación de la debilidad organizativa y de recursos expuesta por la Dirección en coincidencia con la situación real producida por las enormes pérdidas, movilizaron al conjunto y de manera ordenada se concretó el traslado a diversos países de Europa, de acuerdo con los destinos conseguidos por cada uno.

Muchos compañeros carecían de documentación legal y, para resolver el problema que esta situación planteaba, llegó un equipo de trabajo especializado con los elementos necesarios para proveer a quien lo necesitara de pasaportes y elementos para viajar.

Se organizaron los contactos y las citas en los lugares de llegada, de manera de garantizar la continuidad del funcionamiento, y al cabo de dos semanas el grueso de los compañeros que participamos de la operación de salida, nos encontrábamos en Europa. Por mis responsabilidades en la coordinación de las tareas en Brasil, fui uno de los últimos en viajar. Había conseguido los pasajes hacia Italia, que era nuestro punto de llegada. Ya contaba con los documentos necesarios donde además de adoptar una identidad nueva, incorporamos a nuestras dos hijas y nos dispusimos recorrer el itinerario que teníamos trazado con precisión. Debíamos seguir las instrucciones para los traslados desde el aeropuerto y los cambios de trenes hasta llegar a nuestro destino y hacer la llamada telefónica para establecer el contacto con quienes nos esperaban.

Estábamos habituados a movernos con citas y contraseñas. La confianza absoluta en la responsabilidad de los compañeros para cumplir con ellas había sido confirmada en infinidad de ocasiones y a nadie se le ocurría pensar que al llegar a un punto de encuentro en el momento indicado pudiera fallar el contacto. A lo sumo se debería utilizar la cita de recambio. La solidez organizativa se plasmaba en el cuidado y la atención hacia los compañeros y en la confianza sin límites en la seriedad del compromiso de todos. De allí la alegría de los encuentros y el sentimiento de pertenencia que se reforzaba como una muestra de orgullo, al comprobar en cada ocasión que el Partido estaba allí donde había compañeros.

El vuelo directo Río-Roma nos dejó en el aeropuerto de Fiumicino. El viaje de doce horas había transformado el verano de la Cidade Maravilhosa en el invierno húmedo y desapacible que nos recibió en Italia. Era de madrugada, y los trámites aduaneros y de migraciones pusieron a prueba nuestros nervios, hasta comprobar que los pasaportes falsificados resistían los controles.

Era tal nuestra excitación que no reparamos en nuestras ropas veraniegas mientras abordábamos el autobús que nos conduciría a Roma Termini, la estación de trenes desde donde debíamos tratar de encontrar la casa de unos italianos que nos esperaban y donde

encontraríamos las primeras muestras de la solidaridad que después se multiplicaría hasta el infinito. Ana y Amanda parecían comprender la situación, y lejos de quejarse o mostrarse fastidiosas, miraban asombradas ese mundo extraño que se movía a su alrededor, teniendo como único referente de seguridad la mano de su mamá que las asía firmemente, mientras yo trataba de encontrar la salida sin olvidar ningún bulto.

Salimos de la estación desplegando un plano de Roma que habíamos conseguido en un mostrador de la oficina de turismo, esforzándonos para entender como se organizaba esa ciudad que no tenía ninguna calle derecha y donde los números de las casas no seguían otro esquema que el de la continuidad, uno tras otro, sin definir las “alturas” de las calles a las que estábamos habituados en las ciudades argentinas, con sus cuadras de cien metros que se organizaban siguiendo escalas de cien números por cada una, haciendo muy fácil el cálculo de las distancias. Alzamos la vista a lo largo de la amplia avenida que pasaba por delante para comprobar que, luego de rodear una espléndida fuente, se bifurcaba en tres o cuatro direcciones que además de asombrarnos por su belleza nos desorientaban sin remedio. Un llamado telefónico a la casa donde nos esperaban ayudó a resolver el problema y tranquilizar mi ánimo un tanto alterado por haber dejado atrás lo conocido y encontrarme frente al misterio de lo inexplorado. No sin dificultades seguimos las instrucciones recibidas de nuestros anfitriones y dieciocho horas después de haber dejado América del sur empezábamos nuestra aventura en Europa.

El nerviosismo que me acompañó desde la llegada al aeropuerto de El Galeao en Río de Janeiro me impidió notar que junto a nosotros viajaron Maty y Mariano, una pareja de compañeros que tenían nuestro mismo destino. Durante todo el trayecto creyeron que los ignoraba por la aplicación estricta de medidas de seguridad. No reparé en su presencia hasta que, parado frente a la cinta donde giraban las maletas, me encontré de pronto frente a frente con sus sonrisas. Su expresión de asombro ante mi sorpresa se tradujo de inmediato en las bromas propias de quienes sienten el alivio después de pasar una situación de tensión como la que significó emprender un viaje internacional, pasando por controles aduaneros y policiales en nuestras condiciones.

Cada uno tenía su propio itinerario, pero contábamos con unos pocos días antes de partir hacia el lugar donde nos esperaban. En el autobús que nos llevaba hasta el centro de Roma acordamos encontrarnos al día siguiente para recorrer un poco la ciudad y al final del viaje nos separamos para buscar la casa donde debíamos alojarnos. Los amigos italianos nos ubicaron en su casa en un barrio no muy alejado del centro y pusieron a nuestra disposición todo lo que tenían. Era un departamento confortable y no demasiado amplio, pero con una habitación suplementaria donde estábamos un poco apretados, pero muy cómodos y seguros.

Nos indicaron el mecanismo de cada artefacto de uso doméstico, dejándonos amplia libertad para movernos mientras ellos continuaban su rutina cotidiana. Esta generosidad nos avergonzaba un poco y tratábamos de ocupar el menor espacio posible, además de evitar el uso innecesario de los elementos de la casa. Con profundo sentido solidario nos invitaban a compartir desde sus comidas hasta sus ropas, pero a pesar de su insistencia evitábamos traspasar el límite de lo estrictamente necesario.

Los tres días pasados en Roma nos fascinaron haciéndonos olvidar un poco la realidad de la que veníamos. Caminábamos por las calles cruzando una y otra vez, en un sentido y en el contrario, para comprobar asombrados cómo los automóviles se detenían para cedernos el paso apenas pisábamos las líneas blancas de la calzada.

Recorrimos la Vía de los Foros Imperiales desde el Coliseo hasta Piazza Venecia; nos maravillamos con el Foro Romano, el Campidoglio, las escaleras de Piazza Spagna, la Fontana del Tritone, la Fontana di Trevi; cruzamos el Tevere hacia el Vaticano por la vía de la Conciliazione y caminamos entre las columnas paralelas de Piazza San Pietro; llegamos hasta Campo dei Fiori; vimos la estatua de Giordano Bruno; subimos por la Cordonata; tomamos un refresco frente al Pantheon admirando la estatua de Santa María Sopra Minerva, ese increíble elefantito con un obelisco encima producto del genio inigualable de Bernini; y dejamos volar nuestra fantasía cuando, sentados al borde de la fuente de los ríos, miramos los balcones que rodean Piazza Navona pensando que ese era el lugar ideal para vivir.

Nos sorprendimos primero y nos conmovimos después, al ver en casi todas las esquinas unas plaquetas de mármol donde se hacía referencia a la caída heroica de algún combatiente en las luchas contra el fascismo. Se mencionaban sus nombres y las circunstancias en que habían sido muertos por las balas innobles del dictador y no eran pocas las ocasiones en que algún ramo de flores, a veces secas, señalaban el respeto y la admiración que todavía seguían vivos en la memoria cotidiana, como una muestra innegable de compromiso democrático.

Paseamos por via Condotti admirando los elegantes negocios donde las más famosas marcas de ropa, que sólo conocíamos por los avisos publicitarios, nos demostraban que las fantasías se pueden hacer realidad, y que Gucci, Armani y Valentino, además de ser una foto en una revista, eran la expresión cabal de un increíble nivel de vida que se comprobaba con solo mirar el porte y el buen gusto de las personas que caminaban lentamente por la distinguida calle, o que se detenían en una de las mesas que avanza sobre las veredas rodeadas de una baranda, alargando las confiterías que detrás de las vidrieras ejercían un influjo difícil de resistir.

Los tranvías y autobuses, con sus diseños muy modernos y el fuelle que une sus dos coches, nos asombraban tanto como los policías de tránsito, que ataviados con sus uniformes

azules con correa, guantes hasta los codos y cascos blancos trataban de ordenar el caos subidos a unos minúsculos banquitos, que parecía iban a ser atropellados cada vez que daban paso a la ola de autos que giraba por las calles permanentemente atascadas.

Ante la pregunta de las niñas ya cansadas de andar, les dije que antes de volver íbamos a ver a un amigo mientras caminábamos sorteando una verdadera multitud de ciclomotores estacionados frente a la facultad de ingeniería, ubicada en una pequeña colina a pocos metros del Coliseo. En realidad quería llegar a San Pietro in Vincoli, la iglesia que guarda en su interior uno de los tesoros más maravillosos del renacimiento, el Moisés de Miguel Ángel. Aún hoy mis hijas, ya adultas, recuerdan a ese señor serio amigo de su papá sentado en esa especie de trono con sus poderosas piernas donde se nota el golpe de martillo del genio cuando al finalizar su obra le dijo: Adesso parla⁵.

Nuestro primer viaje en el transporte público nos puso ante las incongruencias propias que producían los hábitos extranjeros al chocar con nuestra ignorancia más absoluta. Al encontrarnos frente al autobús detenido en la parada, vimos con incredulidad que un cartel con la leyenda Salita estaba escrito al costado de la puerta que teníamos delante y haciendo una rápida traducción dedujimos que significaba Salida, e intentamos subir por la otra puerta que, para nuestro asombro, decía Uscita, que traducimos como una localidad hacia donde se dirigía el autobús. La mirada impaciente del conductor nos indujo a hacerle una seña para que continuara y nos quedamos sin subir. No podíamos creer que ninguna de las puertas fuera la de acceso, pero con el temor de cometer alguna infracción que nos pusiera frente a la posibilidad de un problema decidimos caminar.

Al regresar por la tarde a la casa nuestros amigos nos tranquilizaron al explicarnos que la palabra Salita en italiano quiere decir subida, y que Uscita no es una localidad, sino que significa salida, y que en definitiva podríamos haber subido por cualquiera de las dos, porque en Roma a nadie le importa el cartel que tienen las puertas.

-Pronto!

-“Me manda Enrique”.

-Chi parla?

-Cacho...

-¿Cacho? Ah. Un attimo... -dijo la voz que me atendió, y se hizo un silencio.

Me respondió el compañero que nos esperaba; había reconocido la contraseña:

-Hola... ¿Cacho?

-Sí. Estoy en Roma.

-¡Qué bueno oírlos! Por fin...

⁵ Ahora habla.

Y me dio las indicaciones para llegar a la ciudad de Cúneo, donde me estarían esperando en la estación cuando bajáramos del tren. La provincia de Cúneo se encuentra en el norte hacia el oeste haciendo límite con Francia. Situada al pie de los Alpes su geografía montañosa no hace prever la belleza de sus colinas y valles. Está tan alejada de los centros más reconocidos que resulta difícil, para quien la descubre, encontrar su nombre mirando el mapa de Italia.

El hábito conspirativo y la convicción de estar participando de la batalla global contra el imperialismo hacían que las indicaciones estuvieran escritas con códigos y sistemas de lecturas encriptados. A pesar de haberlas leído muchas veces y repasado con tanto detalle hasta memorizarlas, sentíamos la necesidad de consultarlas cada vez que pasábamos por una estación para verificar su coincidencia con lo esperado. Sabíamos que era inútil, ya que el tren era rápido y su destino final no podía ser otro que la estación de Torino.

Los pasillos estrechos a cuyos lados se abren las puertas corredizas de los compartimiento con los seis asientos enfrentados, tan diferentes de los vagones de los trenes argentinos, nos remitían sin quererlo al romanticismo de las películas italianas o francesas, que formaban parte de nuestras fantasías antes de la decisión de militar y comprobar la diferencia entre los sueños heroicos que impulsan el deseo de incorporarse a la lucha y el verdadero compromiso revolucionario hecho de sacrificios y entrega.

El sistema de trenes eléctricos, con unos troles que como brazos articulados se extienden desde el techo hasta apretarse contra los cables para alimentar de energía los motores, es capaz de superar todos los obstáculos geográficos que se le presentan de manera verdaderamente inverosímil, con larguísimos túneles que atraviesan montañas, o puentes de una extensión sorprendente que a alturas de vértigo cruzan precipicios de profundidades insondables y que al verlos cuando las curvas los muestran, se asemejan a finos alambres de equilibristas suspendidos en el vacío.

Al viajar en los trenes de Europa y especialmente en los italianos, me resultaba inevitable sentirme dentro de un ámbito particular que mi imaginación hacía propio de los tiempos de la guerra. A pesar de las vestimentas muy modernas de los pasajeros, de los sistemas automáticos para abrir las puertas que comunican los coches entre sí, con esos botones verdes que también se usan para abrir las puertas al llegar a las estaciones y que sólo se accionan cuando el tren está completamente detenido; a pesar de la velocidad y confort del viaje, las formas de las estaciones, las paradas, las señales, los indicadores parecían ser parte de ciertas solemnidades con un dejo aristocrático, corroboradas por la presencia de los guardas con sus elegantes uniformes controlando los boletos y de los camareros con impecables chaquetas blancas empujando sus carritos de meriendas, con un tintineo casi infantil de sus campanillas para atraer la atención de los pasajeros; sin mencionar la refinada atmósfera del comfortable salón comedor con sus manteles, lámparas y cortinados.

Torino Porta Nuova resultó ser una estructura monumental de hierro y cemento con enormes columnas, techos vidriados y una increíble cantidad de andenes que mostraban un movimiento de trenes hacia todas las direcciones de Italia y sus combinaciones con fascinantes destinos europeos. París, Venecia, Hamburgo, Lausana, Ginebra se escuchaban en una reverberación que surgía de los altavoces, indicando la hora y el lugar de partida.

La capital del Piemonte nos recibió con los primeros fríos de un invierno desconocido que se transformaría en un difícil enemigo durante toda nuestra estadía. Los primeros encuentros con la nieve pusieron al descubierto la ligereza de nuestras ropas, en particular del calzado, que en vez de protegernos de la humedad y el frío eran verdaderos agentes transmisores que nos congelaban los pies. No sólo la salida apurada de Argentina y el paso por el verano brasileño eran responsables de nuestra endeble indumentaria, sino que el desconocimiento y en parte la soberbia típica del militante acostumbrado a enfrentarse con los más grandes desafíos armado solo con su decisión, hicieron el resto para que nos encontráramos sin abrigos en una noche de pleno invierno en dirección a los Alpes. Aprendimos que la palabra binario es el equivalente italiano para nombrar los andenes y luego de estar una hora en la calefaccionada sala de espera, abordamos el último tren con destino a Cúneo que, partiendo a las ocho de la noche, llegaría pasadas las nueve.

Cúneo no era la estación final, por lo que deberíamos estar muy alertas para prever la llegada y prepararnos para bajar. Estábamos tranquilos porque en el tren que nos había traído desde Roma anunciaban por parlantes las estaciones siguientes. Pero al emprender la marcha notamos que este ramal, siendo secundario, además de tener vagones generales sin los compartimientos no tenía ese servicio, por lo que nuestra inquietud comenzó a crecer a medida que pasaba el tiempo y se sucedían las estaciones. Tratando de leer los nombres de las paradas, nos asomábamos a las ventanillas empañadas por la diferencia de temperatura entre el caldeado coche y el exterior nevado, y limpiando el vaho acumulado en los vidrios escrutábamos la oscuridad sin lograr ver los carteles de las estaciones intermedias. Sólo conseguimos leer Savigliano cuando se detuvo en una parada que parecía ser más importante y un poco mas iluminada. Con esa referencia verificamos en nuestro plano para corroborar la cantidad de estaciones que faltaban y las fuimos contando, a pesar de no tener la certeza de los lugares en que se detenía. La oscuridad era muy cerrada y entrevimos un paisaje montañoso y nevado.

A las nueve y media de una noche de crudísimo invierno bajamos, con las manos y las orejas expuestas a las inclemencias del aire gélido y con los ojos muy abiertos, a un andén vacío en medio de una estación barrida por el viento helado y en medio de una copiosa nevada que agigantaba la sensación de aventura e inquietud. Verifiqué en el bolsillo de mi campera el papel con el teléfono de emergencia, y después de orientarnos nos dirigimos hacia el túnel para cruzar las vías en dirección al hall central que alcanzamos a entrever en

esa especie de tiovivo visual que se produce al mirar entre los vagones cuando el tren pasa por delante.

Los pocos pasajeros que bajaron con nosotros ya se habían alejado rápidamente tratando de evitar el frío dejando desierto el pasillo subterráneo. Caminábamos en silencio arrastrando los bultos sin desprendernos de las manos de las niñas. Ana caminaba a mi lado agarrada a la manija de la valija más grande y sus hermosos ojos oscuros nos miraban interrogantes pero sin decir una palabra. Amanda, aupa de su mamá, sonreía entre sueños y apoyaba su cabeza en el hombro cálido y seguro. Subimos por las últimas escaleras y vimos, encogida en las sombras para evitar el viento, una silueta que comenzó a acercarse decididamente. Enrique, con la parquedad que después le conoceríamos, se presentó y luego de acariciar a las niñas y preguntarnos por el viaje, nos ayudó con las maletas hasta el auto que nos esperaba a la salida.

La plaza, característica de las estaciones de Italia, nos embrujó con los montones de nieve acumulados en las veredas, los árboles blancos con las ramas vencidas, las aceras encharcadas, el aire con los copos flotando y el agua de la fuente congelada.

Habíamos llegado.

III

EL EMBELESO

O partigiano portami via...
Oh, guerrillero llévame al monte...

Cuatro meses antes del golpe de estado en Chile, el pueblo argentino escribía una de las páginas más gloriosas de su historia. Desde la Plaza del Congreso, donde se había congregado para festejar el triunfo aplastante contra el intento de los sectores más reaccionarios, que enmascarados detrás de los militares se habían constituido como fuerza política en un último ensayo por asumir el poder por vías legales, la multitud marchó entre cánticos y consignas hasta la cárcel de Villa Devoto para exigir la liberación de los presos políticos.

Paco había sido uno de los liberados por esa movilización popular que logró arrancarlo de las garras de la represión junto a cientos de presos políticos, convirtiéndolo en protagonista de uno de los acontecimientos más trascendentes de la historia reciente de la Argentina.

Desde el 25 de mayo de 1973 y durante cuarenta días, el avance del pueblo sobre las instituciones amenazaba con producir cambios de contenido verdaderamente revolucionario, a partir de un estado de movilización permanente que crecía a medida que se constataba la posibilidad real de avanzar sobre los privilegios y se consolidaba la fuerza incontenible de todo un pueblo dispuesto a asumir su responsabilidad histórica.

La reacción no se hizo esperar y recurrió a todos sus medios para enfrentar lo que se presentaba como un peligro real a la estabilidad del sistema de dominación, instaurado a sangre y fuego desde los albores de la historia, asaltando una vez más el poder ahora a través de un golpe institucional que expulsó de la legitimidad democrática a Cámpora y su gobierno, pese a que había obtenido un rotundo triunfo en las urnas apenas dos meses antes, y reemplazándolos por un grupo de grotescos mascarones sin conciencia ni formación cultural ni política, dispuestos a someterse a las órdenes de los poderosos de siempre, a cambio de miserables prebendas personales. El peronismo progresista perdía así su gran ocasión para demostrar su disposición de avanzar en la construcción de una sociedad verdaderamente democrática, viéndose rebalsados por la prepotencia de los sectores más reaccionarios.

Un año después, Isabel Perón firmaba el decreto de aniquilamiento de las fuerzas guerrilleras con el aval de Ruckauf, Cafiero y Luder, abriendo el período más trágico de la historia Argentina. Las fuerzas armadas ya habían diseñado su modelo contrainsurgente de acuerdo con el plan continental liderado por la CIA y el gobierno norteamericano con la conducción de Henry Kissinger, que habiendo sido probado en Chile con Pinochet, continuaba con los golpes militares de Bolivia, Uruguay, Paraguay y Brasil.

Ya la Triple A se había lanzado en su cruzada mesiánica contra todos los militantes populares, inaugurando los métodos de asesinatos selectivos, secuestros y torturas para tratar de detener la acción decidida de los sectores más comprometidos con el cambio social dispuestos a dar pelea y avanzar en las conquistas de más y más derechos.

El golpe de estado del 24 de marzo de 1976 completaba el cuadro de Latinoamérica y se ejecutaba dentro del Plan Cóndor, coordinando no sólo las acciones represivas, sino la implantación de modelos socioeconómicos delineados por los sectores más reaccionarios del poder mundial.

El 19 de julio de 1976, después de una prolija operación de inteligencia militar, es atacada la casa de Villa Martelli donde vivía Santucho con su mujer Liliana Delfino, embarazada de siete meses, junto con otros importantes dirigentes del PRT-ERP, y más allá de las noticias publicadas en los diarios dando cuenta de sus muertes, no se pudo corroborar la veracidad de la suerte corrida por cada uno de ellos.

Los ecos de este aberrante suceso llegaron hasta Italia a oídos de Luciana, prima de Liliana Delfino. Horrorizada al constatar de manera cruelmente directa la ferocidad de la Dictadura en su furiosa arremetida contra todos aquellos que osaban alzarse para enfrentar el poder sagrado de las oligarquías sociales y económicas, decidió tomar contacto con sus familiares en Argentina para tratar de colaborar en la búsqueda de información sobre el destino de su prima y del hijo que esperaba.

Junto con Vera, su hija menor, viajaron desde Cuneo y comenzaron un peregrinaje agotador para chocar contra el muro de la indecencia, la impunidad y la indignidad de quienes manejaban la información, en un país sometido a la abyecta arbitrariedad de los militares ensoberbecidos en su poder omnímodo.

Recorrieron incansablemente varias provincias, haciendo antesala ante funcionarios hipócritas y altaneros, que escudados en la soberbia de su imperio, las sometían a vejámenes insultantes en las oficinas de gobierno. También la iglesia se mostró indiferente ante sus ruegos y, agotadas por el esfuerzo pero conscientes de la tragedia, regresan a Cuneo con el compromiso de continuar en contacto con los familiares, manifestándose dispuestas a colaborar en la denuncia pública de este hecho y de otros igualmente terribles.

Su esposo Reno, antiguo partisano y activo combatiente en las luchas antifascistas que había pasado por el horror del campo de concentración de Dachau, se transformaría en nuestro protector ni bien pisáramos suelo piamontés.

Uno de los hermanos de Santucho, activo militante del Partido, había tomado contacto con él poniéndolo al tanto de la decisión de formar las escuelas de cuadros, encontrando rápido eco en su sensibilidad de combatiente y hombre comprometido con las causas del progreso y la libertad. Toda la familia de Reno, incluida su otra hija, Ornella, aceptó el reto de convertirse en el principal apoyo del grupo de compañeros que conformaríamos la prime-

ra escuela de cuadros del PRT-ERP en Europa.

Pocos centenares de metros separan la estación de Cuneo de la casa de Reno y hacia allí nos dirigimos en el auto que nos esperaba. La sensación extraña que produce la falta de certezas sobre el futuro inmediato se mezclaba con una especie de inseguridad, como quien camina tanteando el suelo en una calzada desconocida en medio de la oscuridad.

A través de las ventanillas redondeadas por la nieve acumulada en sus bordes, entrevimos las veredas en forma de recovas que recorreríamos con gran placer en los próximos meses y en las esporádicas visitas después de muchos años. Nos pareció estar en una ciudad de elegantes construcciones, no muy moderna, de costumbres serenas y conservadoras. Las anchas avenidas, algunas con bulevares y jardines, se abrían en amplias plazas contrastando con las calles adyacentes angostas pero de trazo recto, muy diferentes a las deliciosamente caóticas ciudades antiguas con sus recovecos y serpenteos.

El edificio de departamentos no parecía ser muy grande y detrás de su puerta vidriada, protegiéndose del intenso frío y de la nevada, esperaban los cuatro con una ansiedad que amenazaba desbordarlos. El primero en hablar fue Reno. Con su decir fino y pausado con un dejo levemente afrancesado nos dio la bienvenida, liberando a las tres mujeres que se contenían inquietas por abrazar a las niñas murmurando dulces palabras de cariño. Los hombres del Piemonte no tienen el hábito de los abrazos y el contacto físico y muestran sus emociones con gestos y palabras, que con ser parcas, no logran esconder la calidez. Las mujeres, más expresivas nos acariciaban y se preocupaban por el frío y el poco abrigo mientras nos llevaban hacia el 5º piso haciendo mil preguntas y respondiéndose a sí mismas en un idioma mezcla de italiano y dialecto piamontés, que no entendíamos pero que empezábamos a adoptar.

El departamento confortable nos recibió con el calor tranquilizador de la calefacción y la mesa tendida. Mientras acomodaban nuestras maletas en un cuarto y colgábamos los precarios abrigos en el infaltable perchero de la entrada, comenzamos a sentir como nuestras inhibiciones y tensiones se aflojaban al influjo de las atenciones y las muestras de afecto. Después de muchos meses de sortear peligros y acechanzas volvimos a experimentar un sentimiento de seguridad que emanaba de esa familia y de su preocupación por nosotros.

Rápidamente se ocuparon de dar de comer a las niñas que, rendidas por el esfuerzo pero excitadas por los acontecimientos, se resistían a nuestros intentos por llevarlas a la cama. Nos habían asignado un cuarto donde pasaríamos la noche y allí las acostamos bien tapadas y cada una abrazada a su muñeca.

La exquisita cena fue una verdadera ceremonia que se repetiría en cada ocasión de encuentro en su casa, donde no faltaba la preocupación de Luciana para que cada plato estuviera en su punto exacto de sabor y cocción. Mientras Reno asumía la responsabilidad de las

ensaladas y el vino, Vera y Ornella no paraban de preguntarnos cosas, repitiendo a cada frase palabras afectuosas para nosotros y blasfemias ingenuas contra la Dictadura y todos los fascistas del mundo. Por primera vez asistimos al rito del vino cuando, para nuestra sorpresa, Reno se dirigió a la cantina⁶ ubicada en el sótano, con el objeto de elegir una botella que abrió con esmero. Luego de oler cuidadosamente su contenido chasqueó la lengua y dio su veredicto:

-Buono! -mientras servía suavemente apenas un poco en cada copa.

El brindis fue por el triunfo de la revolución y la derrota de todos los dictadores, acompañados por los augurios de felicidad compartida. Agradecemos la cálida acogida y la sobremesa se extendió por horas, tratando de responder con altura a las inquietudes de nuestros anfitriones y hablando en ese idioma extraño surgido de los afectos que no requiere de lenguajes comunes porque se nutre de coincidencias. Recorrimos los más variados temas hasta llegar a las inquietudes prácticas de Reno, que comenzó a plantear los problemas que deberíamos resolver, desde los asuntos legales hasta el lugar de residencia hasta los recursos para solventar nuestras necesidades.

Hombre de bien ganado prestigio en la zona, Reno trabajaba en la oficina de recaudación de la Comuna y tenía acceso muy directo a las personalidades e instituciones más importantes de la provincia. De forma inmediata comenzó a desarrollar una actividad frenética para hacer conocer nuestra presencia en el lugar en carácter de refugiados políticos, asumiendo todas las responsabilidades que exigían las reglamentaciones y sorteando todos y cada uno de los impedimentos formales que no preveían un caso como el nuestro. Tuvo que enfrentar también la manifiesta hostilidad de algunos sectores de la derecha política y de las fuerzas de seguridad, que desconfiaban de los objetivos que justificaban nuestra presencia, teniendo en cuenta que en ese tiempo en toda Europa -y en Italia con especial énfasis- operaban grupos armados con la forma de guerrillas urbanas que eran severamente criticados por todo el arco político y social.

Nuestro grupo ya estaba conformado por trece compañeros, entre los que había dos parejas con hijos, dos parejas sin hijos, una compañera sola, dos compañeros solos y otros dos solteros. Además de nosotros, llegaron Coco y Ani con su hijita que fueron ubicados en casa de Ornella. El resto se dirigió hacia Farigliano, una pequeña localidad rural muy cercana, donde algunas personas habían sido contactadas para albergarlos en sus casas.

Juanita junto con Ana y Amanda, y Ani con Clarisa se quedaron en Cúneo, mientras los demás nos reunimos en Farigliano con todos los que nos habían recibido, para analizar las alternativas y los caminos a seguir.

⁶ Bodega.

Hacía más de cincuenta años que no nevaba de esa manera. La fuente estaba congelada y su calle principal, en realidad la ruta que desde Cuneo sigue hacia Dogliani, se mostraba completamente cubierta de una espesa capa de nieve endurecida. El viento helado, que atravesaba impunemente nuestros precarios abrigos, nos golpeaba en la cara haciéndonos entrecerrar los ojos.

Farigliano es un pequeño pueblo de 1.700 habitantes fundado por los romanos con el nombre de Farillanum. En sus comienzos estuvo dividido en un burgo superior y otro inferior, contruidos sobre una secuencia inacabable de colinas que descienden hacia el Tanaro, un río que la arrincona y la separa de la llanura, marcando profundamente toda su vida. De ella dijo el poeta: "Subid a una colina, a cualquiera de ellas, para admirar el panorama que se pierde en una sucesión rítmica que recuerda a las olas del mar. Sólo rompe la sucesión de líneas suaves la silueta cuadrada de una torre o un castillo. No hay pueblo que no exhiba por lo menos un pequeño castillo; las residencias de los señores locales han pasado a formar parte del paisaje, como las viñas o los avellanos." En el año 1001 el emperador Ottone III cedió el feudo al marqués Olderico de Susa, y durante el siglo XII paso a poder del marqués de Saluzzo, hasta que en 1796, finalizada su condición de feudo, nació como municipio autónomo.

Entre nosotros y los italianos sumábamos casi veinticinco personas, y de entre ellos pronto se destacó un joven muy afable al que llamaban Edo, para decirnos sin preámbulos que tenía una vieja casa abandonada donde podríamos instalarnos, después de una serie de trabajos necesarios para hacerla habitable. Lo directo del ofrecimiento nos situó frente al hecho de enfocarnos en cuestiones de orden práctico, abandonando nuestro hechizo ante el paisaje encantador y el país extraño que nos recibía con propuestas concretas, en medio de un durísimo clima invernal que se complotaba para hacer más irreal toda la escena. Hasta ese momento habíamos dejado en manos de ellos todos los asuntos, como si suya fuera la responsabilidad de hacerse cargo de nosotros, no por propia decisión sino porque todavía no alcanzábamos a comprender en su totalidad el momento que estábamos viviendo. La posibilidad de pasar a la acción nos revitalizó y no habiendo otras alternativas para considerar, nos dirigimos en grupo hasta allí, para ver con angustia unas ruinas que conservaban el techo solo de milagro y que nadie sabía cómo se mantenían en pie. Era una típica construcción rural, con un cerco perimetral de alambre, techos de tejuelas desparejas y las puertas y ventanas semiderruidas. Constaba de varias habitaciones y una cocina económica que en sus tiempos de gloria también se usaba para calefaccionar toda la casa. Una especie de corral hecho con palos y ramas secas contenía a duras penas una cabra que golpeaba insistentemente con sus cuernos tratando de salir, y más atrás, un pequeño cobertizo que hacía las veces de letrina.

El frío no daba tregua y la amenaza de la noche inquietaba a los italianos que hablaban entre ellos, midiendo las posibilidades reales de utilizar Villa Berina como lugar para instalar

al grupo completo. Su preocupación mayor eran los niños, ya que los adultos, de alguna manera, estábamos formados en la lucha clandestina y suponían que contábamos con la decisión de afrontar las adversidades. Era el mes mas frío del año y nos esperaban cuatro más de un invierno que se presentaba muy crudo.

Como una verdadera brigada de trabajo nos pusimos en acción para limpiar y adecuar la casa con el mismo entusiasmo y dedicación con que cada uno llevaba a cabo sus tareas militantes. Habíamos adquirido en nuestra práctica política un estilo de trabajo y lo aplicábamos casi de manera mecánica, organizando las labores por equipos definiendo responsabilidades y tareas. Por su parte, y más allá de nuestro entusiasmo, los italianos habían asumido que esa casa no soportaría por mucho tiempo el uso intenso que necesitábamos darle y comenzaron a deliberar en búsqueda de otras opciones más apropiadas. Muchos de ellos tenían gran ascendencia en la zona y participaban activamente en las cuestiones políticas de la Comuna, generalmente como fuerzas de oposición, teniendo enfrentamientos muy agudos en los temas de interés local con quienes ejercían el gobierno. Siendo una provincia de composición social mayoritariamente campesina la iglesia ejercía una influencia muy marcada y los sectores más avanzados, ligados a las diferentes expresiones de la izquierda, estaban dando una gran batalla tratando de conseguir mayor influencia sobre la población con el objeto de acceder a posiciones más favorables en sus aspiraciones de disputar el poder con la tradicional Democracia Cristiana, que gobernaba ininterrumpidamente desde la instauración de la república.

Nuestra llegada sacudió la tranquilidad del lugar, introduciendo una problemática inédita que fue definiendo las diferentes posturas políticas e ideológicas de los vecinos, en función de la forma en que cada uno tomaba nuestra presencia, y de la manera en que intentaban relacionarse con el hecho irrefutable de contar con un grupo de exiliados latinoamericanos en un pueblo no habituado a compartir con extraños. Naturalmente el grupo de jóvenes ligado a la izquierda extraparlamentaria, como se llamaban aquellas agrupaciones que se habían conformado como alternativas a las propuestas del Partido Comunista, fueron quienes de manera más rápida asumieron la actitud de mayor compromiso. A ellos les dijimos con claridad que no éramos refugiados ni exiliados, sino que formábamos parte de una estrategia política, inscripta en los planes de reconstrucción de la estructura de cuadros para recuperar la capacidad de acción de nuestro Partido en el camino de regresar al país, para retomar la lucha revolucionaria. A partir de allí se produjo un importante cambio en su actitud y abordaron la resolución de los problemas que se presentaban con nuestra llegada como una forma de ayuda conducente a facilitar la concreción de nuestros planes. La mayoría de ellos comenzaron a interesarse por conocer nuestras posiciones y las discusiones sobre temas referidos a la línea política y a las características de la lucha en Argentina fueron ineludibles y permanentes mientras estuvimos en el lugar. Nuestra decisión de llevar adelante

una escuela de cuadros los conmovió y a partir de allí su apoyo no tuvo límites.

A los pocos días habían conseguido quebrar la resistencia de los representantes mas conservadores de la Comuna, logrando que nos concedieran la ocupación temporal de la abandonada escuela elemental de Naviente, para instalarnos y concretar el proyecto, pero con el compromiso de mantener en reserva nuestra pertenencia política y la obligación de no perturbar la vida de los vecinos.

Naviente es una especie de caserío muy típico de la campiña del norte italiano que, con el nombre de fracción, forma parte de la comuna de Farigliano, de la que depende administrativamente y se encuentra en sus suburbios, separada por pocos centenares de metros. El camino que se dirige hacia la ciudad de Cuneo mostraba, antes del trágico aluvión⁷, un pequeño desvío que, descendiendo por una especie de terraplén, atravesaba un pequeño bosquecillo y, después de cruzar el puente sobre un recodo del Tanaro, recorría todo su trazado hasta llegar al final del poblado. Las casas se encuentran a ambos lados de esta calle y unas pocas callejuelas irregulares que se cruzan entre sí dan cabida a las ciento treinta y cinco personas que conforman su población total. Hermosos árboles de cerezas y algunas escasas hectáreas cultivadas con trigo se mezclan con las típicas plantaciones de avellanas, en medio de unas colinas maravillosas, donde en primavera se pueden recoger hierbas silvestres para preparar la deliciosa ensalada de erbe del prato⁸ o encontrar los increíbles hongos de tamaños y sabores fantásticos, que hasta permiten que se los cocine en milanese.

Caminar por las vías del tren, que transcurren en una especie de túnel abierto entre dos altas paredes, era una manera de acortar el trayecto y a pesar de la dificultad de acompañar el andar a la distancia entre los durmientes, muchas veces era la ruta preferida para llegar desde Farigliano.

Reparar la escuela abandonada desde hacía muchos años exigía un trabajo intenso para dejarla en condiciones de albergar a cinco parejas, cuatro niños, cuatro solteros, visitas eventuales de compañeros y profesores, además de prever donde dar las clases y hacer las reuniones partidarias, y por supuesto un lugar para recibir y compartir con los amigos italianos. El edificio era una sólida construcción cuadrada de dos pisos, ubicada a unos doscientos metros del puente sobre el río que marcaba el límite. Hundido unos cinco metros detrás de la línea de construcción de las casas vecinas, dejaba ver al frente un amplio espacio que hacía las veces de plaza seca, utilizada como estacionamiento por los amigos que nos visitaban o como lugar de juego al sol para los niños. A ambos lados, un pasillo que se unía en la parte de atrás en un patio donde se amontonaban trastos viejos, herramientas y una enorme pila de leña. Sobre la pared vecina de la derecha, una especie de estantería rústica estaba llena de panochas de maíz prolijamente acomodadas, que habrían servido para ali-

⁷ El aluvión del 5 y 6 de noviembre de 1994.

mentar algún cerdo que los antiguos cuidadores criarían. El techo de tejas mostraba buenas pendientes a cuatro aguas, no sólo para guardar el estilo y la estética de la zona sino para facilitar el deslizamiento de las gruesas capas de nieve que, de no haber sido así, se acumularían en la parte superior produciendo mucho peso y enfriando el interior de toda la casa. Bordeándola, una canaleta de chapa recogía el agua del deshielo, que en el ángulo derecho corría en un chorro permanente por un caño de desagote hacia el vacío que en los días de mayor crudeza invernal se congelaba, transformándose en una suerte de lengua transparente que colgaba de su boca.

Se accedía a la planta baja subiendo cuatro escalones desde la calle, para evitar los efectos de la acumulación de nieve, entrando a un amplio espacio que decidimos dedicar a cocina, comedor y lugar de reuniones. A un costado una habitación alargada que después se dividió en dos, un pequeño cuarto que destinamos a almacenar alimentos y ropas, y un baño. En el piso superior, las antiguas aulas que se encontraban a lo largo de un pasillo fueron transformadas en dormitorios, mientras el baño completaba las instalaciones. Lo que parecía ser una especie de salón más importante por su tamaño, se transformó en la sala de estudio y reuniones políticas, y detrás una habitación más que fue acondicionada para albergar una pareja. En una semana de intenso trabajo, con la ayuda de los amigos italianos y su inestimable aporte de materiales, muebles y utensilios, estuvimos listos para la mudanza. Sólo quedaba un problema por resolver, que por su envergadura se presentaba como muy difícil. Había que calefaccionar ese enorme espacio.

La solución llegó como siempre de la mano de uno de los italianos, que trajo una antigua cocina económica a leña y una cantidad increíble de tubos metálicos, que a la vez que se utilizaron como tiraje para extraer el humo, extendiendo su recorrido por todos los ambientes lograban expandir el calor. Para la parte superior llegaron estufas para casi todas las habitaciones. Antiguos colchones de paja en desuso, guardados en los establos, fueron revitalizados y rústicas mantas increíblemente cálidas se mezclaron con enormes sábanas de otras épocas, que los más viejos guardaban en recónditos rincones de sus desvanes.

Abandonamos Villa Berina y nos instalamos en la escuela elemental de Naviente casi un mes después de nuestra llegada a Italia, dispuestos a cumplir el objetivo de desarrollar la escuela de cuadros para la que habíamos sido convocados por el Partido. Se nos unieron Ani y Juanita, que junto a las niñas habían esperado en Cúneo, mientras llegaban los últimos compañeros para integrar el grupo total. En las semanas siguientes comenzó a llegar un verdadero aluvión de apoyo en forma de alimentos, ropas, muebles, abrigos, elementos para cocinar, aparatos de radio, platos, cubiertos, vasos, copas, cacerolas, toallas, lámparas, alfombras, mantas, acolchados, cortinas, manteles, una cantidad incontable de cosas que en

⁸ Hierbas silvestres.

la mayoría de los casos eran aportados de manera anónima, pero siempre con la intención de ayudar. No eran pocas las veces que al abrir la puerta de entrada nos encontrábamos con una canasta con frutas o verduras, huevos o pan, azúcar, fideos, arroz, leche y hasta damajuanas y botellones de vino, dejados como una muestra inequívoca de afecto y solidaridad. Y no sólo este grupo de jóvenes valientes y decididos nos rodeó de afecto; todas las familias de Naviante y Farigliano, más allá de su condición económica y su posición política o ideológica, abrieron generosamente sus corazones para albergarnos entre ellos y brindarnos inmediatamente una maravillosa acogida. Ellos y no otros eran quienes, cuidadosos por no lastimar nuestra dignidad, dejaban sus tributos de ayuda sin identificarse, exaltando de manera maravillosa su humildad y respeto. Pueblo sufrido que había pasado por los horrores de la guerra, conocían del sufrimiento y las carencias.

Mini se destacaba nítidamente del resto por su ascendiente indiscutido sobre el conjunto, logrando que sus opiniones fueran muy respetadas más allá de las diferencias de pertenencias políticas. Vivía con Stella, su mujer, y Serena, su pequeña hija, en una casa donde el pueblo se confunde con las colinas, a pocos metros de la de sus padres que, como todas en la zona, mantenía una fuerte estructura que contrastaba su rusticidad exterior con el confort y la modernidad de sus interiores de amplias y cómodas habitaciones, rematadas con un gran baño y la cocina muy bien equipada.

Stella se mostraba como una mujer de carácter fuerte, con convicciones muy firmes, y siempre dispuesta a expresar sus puntos de vista, con el ardor y la vehemencia de los que no tienen dudas a la hora de tomar posiciones. Trabajaba de operaria en una hilandería y transfería a su vida cotidiana sus hábitos ordenados y prácticos, donde no se notaban tiempos muertos, ya que se la veía siempre atareada. Era habitual verla hacer más de una cosa al mismo tiempo, siempre sin perder un minuto en la atención de sus ocupaciones domésticas o laborales, lo que no le quitaba la posibilidad de participar con alegría y decisión a la hora de proponer soluciones rápidas a los problemas, o de entonar con fervor las canciones con fuerte contenido político cuyas letras conocía a la perfección. Esas letras que aprendimos, y todavía hoy entonamos con melancolía.

El porte serio de Mini y su voz de bajo armonizaban perfectamente con su profesión de profesor, dándole una apariencia de hombre de más edad. Sus ojos transparentes, agigantados por el aumento de los anteojos, delataban una mente ágil y una inteligencia muy aguda. La barba, muy de moda en aquellos años entre los intelectuales europeos, no conseguía ocultar un dejo de permanente ironía que usaba como arma para esconder su calidez y ternura. Tenía fama de duro y al principio asustaba un poco por su característica de hombre práctico y ocupado en resolver los asuntos más importantes. Personaje político por antonomasia, fue quien captó con mayor rapidez y profundidad el momento que vivíamos, tanto en

lo personal como en el seno de la organización y nos trató con extrema consideración desde el primer día, mostrando gran interés por la seriedad de nuestros planteos y la firme decisión que mostrábamos en el cumplimiento de nuestros objetivos. De inmediato se ganó el respeto y el cariño de todos nosotros, que lo transformamos en referente y consultor ante cada dificultad o duda acerca de la forma de actuar, o incluso pidiendo su opinión sobre temas de nuestra línea política, que por esos días estaba en permanente búsqueda de equilibrio y claridad. Su sólida formación política se trasuntaba cada vez que discutíamos acaloradamente sobre temas referidos a la realidad europea y su contraste con las condiciones de lucha en América Latina. De convicciones muy firmes, no compartía nuestro fervor y entusiasmo como muestra más elevada de compromiso, y prefería la contundencia de los argumentos a la decisión inquebrantable de lucha. Integrante de una sociedad con larga trayectoria de construcción filosófica y política, chocaba con el ímpetu a veces alocado de nuestras posiciones casi siempre extremas y definitivas. Su alta calidad humana se mostró en cuanta ocasión fue necesaria, desde asumir el compromiso cotidiano de llevar y traer con su auto a los niños más pequeños hasta el jardín de infantes de ida y regreso de su trabajo, hasta enfrentar a las fuerzas de seguridad asumiendo la responsabilidad por nuestra permanencia en el lugar.

Pasaba todos los días por la escuela para saludar, mientras se interesaba por las novedades y el desarrollo de nuestras actividades. Le gustaba saber lo que estudiábamos y como funcionaba nuestra organización. Se fascinaba ante las explicaciones de la forma en que resolvíamos los problemas prácticos de convivencia y la manera de aplicar los conceptos organizativos del Partido a la vida cotidiana. Se asombraba de la continuidad de los métodos conspirativos, que no se relajaban a pesar de estar tan lejos de nuestros enemigos y que incluían esquemas de guardias nocturnas para velar por la tranquilidad de todos y la rigurosidad con que se cumplían los turnos, como así también la distribución de tareas y responsabilidades que mantenían la estructura celular para organizar todas las actividades.

Muchas de sus reservas sobre nuestras precauciones tambalearon la noche en que fuimos atacados por un grupo de esbirros de extrema derecha, que habiéndose enterado de nuestra presencia y sabedores de nuestra posición política, pasaron por delante de la escuela arrojando pintura negra y piedras como amenaza tangible que tensó la situación haciéndola cambiar de estatus. A partir de allí dejamos de ser un grupo de exiliados latinoamericanos escapados de su país para transformarnos a los ojos de todos en lo que realmente éramos, un puñado de revolucionarios preparándose para continuar la lucha. Lejos de amilanarse Mini convocó a sus amigos y compañeros para redoblar la apuesta y asumir con mayor firmeza el compromiso de apoyarnos. A partir de este hecho se amplió el radio de alcance del influjo de nuestra presencia y la red de protección y seguridad que nos brindaban los sectores progresistas y de izquierda se hizo aún más poderosa.

En una reunión de la que participaron los principales y más cercanos sostenes que teníamos en Naviente se decidió, de común acuerdo, comenzar una tarea de contactos con organizaciones populares de toda la provincia e incluso de la Región, para difundir y denunciar la situación política de Argentina y solicitar su colaboración para nuestra estadía y para el cumplimiento de los planes de retorno. Cada uno recibió una zona donde debía cumplir ese cometido y se le asignó un compañero italiano para que lo guiara y lo acompañara.

Comenzó a destacarse la actividad y el compromiso de los que se convertirían en nuestros sólidos puntales: lo mismo que la mujer de Mini, Stella, pronto resaltaron con nitidez Ricardo y María Rosa, Beppe y Lucia, Adriano y Laura. Y luego también, Andrea y Graziela, Mario y Sara...

Un año y medio antes de nuestra llegada, mas precisamente en mayo de 1976, Mini había sido uno de los más entusiastas impulsores de la fundación del periódico quincenal PAESI TUOI (Pueblos tuyos), cuando los jóvenes langarolos⁹ decidieron lanzarlo después de muchos meses de discusiones, reuniones y asambleas. La idea era poner en foco los problemas locales, capitalizando el trabajo político que se hacía en la zona, para desarrollar y llevar adelante nuevos temas de lucha y enfrentar nuevas batallas. Siendo ésta una de las comarcas con menor incidencia de las ideas de izquierda, crecía una especie de despertar del interés político que, aunque sin mucha claridad, se mostraba firme y decidido. Y el periódico, que nacía como un instrumento de lucha al calor de los recientes triunfos electorales de la izquierda, marcaba desde su nombre la decisión de resistirse a la norma de esos días, cuando las líneas políticas y las consignas llegaban desde los centros importantes de la política con discursos genéricos muy alejados de la realidad de los problemas cotidianos. Querían enfocar toda la atención en las inquietudes de la gente del lugar donde vivían y actuaban, adecuando a las necesidades locales esas líneas nacionales, cambiando radicalmente las formas y los métodos de la militancia, oponiéndose al sistema tradicional de la llegada de los militantes que, desde Torino, traían línea y noticias elaboradas en un escenario muy distinto del que se vivía en los pequeños pueblos de las colinas.

La decisión de llevar adelante este magnífico ejemplo de coherencia política y compromiso lugareño quedó en claro al cabo del primer año de trabajo, cuando la fatiga y las desilusiones provocaron la deserción de los primeros componentes de la redacción; la continuidad de su publicación quedó en manos de los más entusiastas con el desafío de enfrentar las dificultades que surgieron cuando las imprentas de la zona se negaron a imprimir el periódico. Los mismos jóvenes, con voluntad inquebrantable, fundaron una imprenta propia en la zona

⁹ Habitante de la Lanhe, zona de colinas de la provincia de Cuneo.

de Carrú con el nombre de Imprenta Ramolfo, con la que vencieron todos los escollos formales y económicos ya que los mismos que lo producían y editaban eran quienes lo debían distribuir e incluso a veces financiar.

El principal inconveniente radicaba en la transferencia, al interno de la redacción, de las mismas diferencias existentes en la actividad política de cada uno, haciendo complicada la convivencia entre comunistas, socialistas, anarquistas, ecologistas, radicales e incluso los pertenecientes a esa izquierda de grupos desencantados con los ámbitos organizados. Como todo grupo joven de nobles sentimientos con formación de izquierda, en esos años las discusiones giraban en torno a los principios fundamentales de la filosofía marxista como mecanismo adecuado para cambiar el mundo.

Superando todos estos obstáculos, fue Mini quien con mayor pasión asumió la conducción del periódico transformándose cada vez más en un verdadero referente político y social de toda la amplia zona de la langhe cuneese que, cubriendo más de cincuenta kilómetros a la redonda, incluía localidades, pueblos y ciudades con características, condiciones de vida, historias y culturas comunes. Así se ganó por mérito propio la confianza y la consideración de los vecinos, campesinos, obreros e intelectuales que lo impulsaban a asumir mayores responsabilidades, tanto en la actividad política como en la organización de la vida comunitaria. Las cooperativas de nociole (avellanas) y formaggi (quesos) y la cantina de vinos como herramientas para apoyar el trabajo de los pequeños productores rurales, le permitieron aplicar en la práctica sus ideas y puntos de vista dejando en claro la coherencia de su pensamiento.

En los días de más crudo invierno, cuando el frío transformaba la ropa tendida en rígidas y frágiles porcelanas que se quebraban con solo tocarlas, su preocupación se centraba en organizarnos para ir a buscar la suficiente cantidad de leña silvestre que, una vez acumulada en el patio trasero de la escuela, nos diera la tranquilidad de enfrentar la crudeza del clima. Mientras charlábamos en torno a la gran mesa al calor de la cocina económica, su voz de trueno se hacía sentir diciendo en su dialecto piemontés duro y cerrado:

-Sara la porta Cristo!¹⁰ -cada vez que algún compañero entraba corriendo y dando un portazo, que inevitablemente hacía que la puerta rebotara contra el marco y se abriera de par en par dejando entrar las ráfagas de viento helado.

El 20 de junio de 1976, mientras en Argentina la Dictadura desarrollaba en plenitud su raid de secuestros, torturas y asesinatos, en Italia se producía un hecho político de gran trascendencia. En las elecciones, la izquierda liderada por el PCI no conseguía superar el 38 por ciento de los votos, y la DC volvía a triunfar, terminando con las esperanzas de todos los

¹⁰ ¡Cierra la puerta, Cristo!

italianos progresistas, que estaban seguros de ser el primer país europeo en el que la izquierda lograría alcanzar el gobierno por la vía democrática, para llevar adelante profundos cambios sociales y políticos.

No fueron suficientes los centenares de miles de afiliados al Partido Comunista más grande de occidente, ni la coyuntura internacional favorable para vencer el temor de los italianos frente a la campaña de todos los sectores de la derecha que, con la activa participación de la iglesia, lanzaron una andanada de burdas amenazas sobre el carácter incivilizado del comunismo y su condición de devorador de niños y destructor de iglesias.

Las grandes movilizaciones y la activa militancia para lo que se presentaba como una victoria segura dejaron paso a un sentimiento generalizado de frustración e impotencia, sobre todo en aquellos que, siendo críticos del PCI, se habían conformado como expresiones más avanzadas del pensamiento marxista. El PSIUP, PDUP, DP, LC¹¹, constituidos masivamente por la juventud más comprometida, vieron vaciarse sus organizaciones corroídas por las discusiones acerca de la necesidad de continuar en el mismo camino o buscar alternativas de mayor enfrentamiento con el sistema, acercándose a las posturas de los movimientos de liberación de los países del tercer mundo.

Después del golpe de estado en Chile de 1973, el PCI lanzó su propuesta de Compromiso histórico como base y fundamento de su línea política, consistente en un acuerdo con la DC para garantizar la gobernabilidad marcando una profundización de sus posiciones conciliadoras a partir de su interpretación del fracaso de la experiencia chilena. Esta postura agudizó la crisis de los partidos minoritarios llamados de la izquierda extraparlamentaria, que se vieron frente a la difícil opción de apoyar una línea con la que no estaban de acuerdo, pero que representaba una fuerza muy vigorosa en número y presencia política, o intentar el camino independiente, que se presentaba como muy difícil a partir de las condiciones generales del desarrollo económico de una Europa que se recuperaba rápidamente después de la guerra y que formaba un bloque muy poderoso enfrentado a la URSS.

El vértigo de los acontecimientos provocó una especie de diáspora en el ámbito de la izquierda donde muchas organizaciones y partidos se vieron vaciados de contenido y de militantes desencantados por las proclamas grandilocuentes que, lejos de reflejar las inquietudes de la gente que decían representar, se alejaban rápidamente hacia discursos genéricos, disputando espacios y posiciones unos contra otros.

Casi todos estaban en un proceso de asimilación de ese marco tan complejo, y las opiniones abarcaban todo el espectro de posibilidades, haciendo que en cada uno de sus encuentros las discusiones y planteos alcanzaran altos voltajes en la defensa de posiciones muchas veces muy distantes. Ya no hacían reuniones en búsqueda de puntos en común y cada gru-

po se recluía en sí mismo tratando de encontrar la coherencia necesaria para plantear alternativas de acción frente a la consolidación de un sistema que los marginaba. Sólo quienes apoyaban, aunque con reservas, al PCI se sentían respaldados por líneas y propuestas orgánicas.

La noticia de nuestra presencia se expandió rápidamente entre ellos superando largamente los límites del lugar y abarcando casi toda la región, y generó un polo de atención que fue transformándose en punto de encuentro reflejando, además del sincero interés solidario, el deseo de contactarse con el grupo de revolucionarios latinoamericanos llegados desde un continente en ebullición política y que representaba, para ellos, un importante escenario donde se dirimía gran parte de la disputa ideológica mundial, obligándolos a tomar posiciones ante los programas de acción y las líneas políticas y organizativas de quienes combatían en ese frente.

Generalmente se acercaban al anochecer y sobre todo los fines de semana, para quedarse horas conversando amablemente o discutiendo acaloradamente con algunos de nosotros sobre temas de política internacional o acerca de temas filosóficos o de actualidad, y no eran pocos los que contaban anécdotas o historias que los habían tenido como protagonistas o que formaban parte de las tradiciones del lugar. Nuestras respuestas a sus inquietudes acerca de la composición del espectro político argentino siempre los dejaban atónitos. No alcanzaban a comprender las complicadas explicaciones sobre el fenómeno del peronismo y la ausencia de partidos de izquierda con tradición de lucha y continuidad. La irrupción de las organizaciones armadas como expresión de avanzada en el proceso de participación de las vanguardias en la lucha por el poder, y el enfrentamiento con las fuerzas militares como representantes últimos de las derechas más reaccionarias, eran vistas como propias de un continente semisalvaje, que todavía dirimía sus diferencias por medio de la violencia, pero a su vez se veían reflejados en sus propias luchas partisanas, donde la resistencia al fascismo había traspasado las fronteras del tiempo, hasta transformarse en el hito más importantes de la reciente historia política del país y sobre todo en Cuneo, que a pesar de tener una larga rutina de apoyo a la DC y con fortísimos lazos de sumisión con los sectores más retrógrados de la iglesia, era sin dudas la provincia con mayor y más heroica tradición de resistencia y lucha partisana.

Fueron muchos los atardeceres que se transmutaron en noches y madrugadas, donde se repitieron incansablemente canciones entonadas por ellos y nosotros en un ambiente siempre caldeado, entre la discusión política y sus obsesivos reclamos sobre el frío frente a nuestra falta de conciencia acerca de sus nefastos efectos sobre la salud de todos y en especial de los niños, en esos crudos inviernos que nos asombraban con sus copiosas nevadas, vistas

¹¹ Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria, Partido Democrático de Unidad Proletaria, Democracia

con recelo por ellos y agradecidas por nuestro embeleso

IV PARTISANOS Y GUERRILLEROS

O partigiano portami via, Che mi sento di morir...
Oh, guerrillero llevame al monte que yo me siento morir...

A partir del desembarco aliado en Salerno el 8 de septiembre de 1943, y de la ocupación alemana de Roma, después de conocido el armisticio firmado en secreto cinco días antes, Italia quedó dividida en dos, con la parte norte en manos de las tropas del tercer Reich y el sur a merced del avance de la invasión de los ejércitos británicos y norteamericanos. Habiéndose transformado de aliados en enemigos, la ferocidad de la ocupación nazi del Piemonte, la Lombardía, el Véneto y el resto de las zonas más ricas no se diferenció de la llevada a cabo en los países de Europa central en los primeros años de la guerra, sólo que ahora Alemania estaba en retirada y ante la evidencia de lo inevitable de su derrota.

Hacía mucho tiempo que los partisanos luchaban contra las fuerzas fascistas. En un principio fueron los jóvenes comunistas y anarquistas comprometidos con las causas de los obreros y campesinos quienes se alzaron en armas contra la tiranía musoliniana; en ese tiempo oponerse a los designios del Duce se correspondía con la posibilidad cierta de enfrentar la cárcel, los tormentos, el exilio y hasta la muerte. Eran los días en que a los opositores, si no eran demasiado peligrosos, se les obligaba a tomar aceite de ricino para inducir a los intestinos a la incontinencia y de esta manera golpear duramente la dignidad de intelectuales y políticos quienes, dueños de trayectorias ilustres, se veían sometidos por estos asquerosos vejámenes.

Los fatales resultados de la campaña en el frente ruso provocaron enormes cantidades de bajas entre los soldados enviados a las duras estepas sin preparación ni equipamiento, carentes de razones válidas para combatir en una guerra que no comprendían más allá de la escenografía aparatosa del régimen que pretendía participar de la conquista del mundo pero que por encima de todo evidenció la pobreza de sus fuerzas armadas, con la excepción de algunas formaciones destacadas con preparación especial. El desastre y la retirada fueron vaciando de contenido los grotescos discursos de Mussolini y los fastuosos desfiles de despedida cuando partían hacia el frente de batalla, enfrentando a los italianos con su verdadera realidad. Una realidad hecha de sueños de grandeza imperial, conducidos por un mesiánico con aspiraciones de trascendencia y un pueblo sacrificado, ofrenda inútil a esas ilusiones imposibles en un mundo que se encaminaba decididamente hacia la confrontación ideológica entre dos modelos que se excluían.

El regreso derrotado de los jirones y guiñapos que quedaban del orgulloso ejército italia-

no alimentó las filas de las fuerzas partisanas con miles de soldados casi niños que, después de los horrores sufridos, regresaban a sus pueblos decididos a incorporarse a la lucha partisana. La evidencia del engaño del fascismo en retirada y la debilidad del nuevo gobierno surgido pocos días antes del armisticio dio nuevas fuerzas a la resistencia, que ahora incluía a jóvenes provenientes de diferentes corrientes de pensamiento y posición ideológica unidos en su lucha definitiva contra el fascismo. La tenacidad y el valor puestos de manifiesto por los partisanos en batallas extraordinarias culminaron en la victoria final el 25 de abril de 1945 con la derrota total de las fuerzas alemanas y de los fascistas italianos arrinconados en el norte y alcanzaron su punto más alto con el ajusticiamiento de Mussolini y su mujer, el 28 de ese mismo mes. Era la última fase de lo que Sandro Pertini llamaría “el segundo renacimiento italiano”: desde la época de Miguel Angel que el pueblo italiano no alcanzaba una expresión tan alta de la fuerza de su espíritu.

Muchos de esos luchadores, que todavía mantenían frescos en sus memorias los avatares de sus batallas, se sintieron conmovidos cuando llegamos. Lentamente, casi con timidez, se acercaron a la escuela al conocer nuestra condición de combatientes, transformándose en los más entusiastas a la hora de apoyar sin restricciones nuestra postura acerca de que las luchas en América latina eran una continuidad de aquellas peleadas por ellos. El enemigo, con haberse ajustado a los nuevos tiempos, seguía siendo el mismo; las mismas oscuras fuerzas del poder económico que, asaltando las estructuras políticas y en un nuevo escenario mundial, volvían a sofocar los reclamos populares para imponer por la fuerza sus propios modelos de dominio y concentración de la riqueza. Con ellos resultaba fácil compartir emociones a partir de sus recuerdos y nuestras esperanzas. La condición de combatientes se manifestaba en una especie de mística guerrillera que difícilmente podría ser comprendida por quienes no habían combatido. El enfrentamiento cara a cara con el enemigo en un campo de batalla, sean las colinas del Piemonte, los montes tucumanos o las calles de cualquier ciudad argentina, disparaba un código de complicidades que facilitaba la comprensión y acercaba los afectos. A medida que iban acercándose a la escuela cada uno de ellos contaba sus anécdotas y refería con detalle los enfrentamientos y las duras circunstancias que debieron pasar; a la vez que se interesaban por nuestras propias experiencias en un intercambio que fue haciendo crecer nuestra admiración. Así descubrimos una parte de la historia desconocida, maliciosamente oculta por las informaciones oficiales que suelen mostrar a la guerra sólo como el enfrentamiento de los valientes americanos contra los perversos alemanes, obviando intencionalmente la magnífica epopeya de estos luchadores populares que le dieron verdadero sentido liberador al enfrentamiento contra el fascismo. En estas coincidencias sentíamos cómo se legitimaba la decisión de las organizaciones armadas que trataban de ofrecer a los pueblos oprimidos de Latinoamérica una alternativa válida para su liberación.

Nos mostraban sus medallas y condecoraciones, que muchas veces refrendaban con las cicatrices que en sus cuerpos no dejaban lugar a dudas acerca de la ferocidad del enfrentamiento, cuando no también las marcas indignas de los campos de concentración donde habían sido encerrados. Eran verdaderos sobrevivientes de una contienda que había visto caer a muchos de sus vecinos, hijos queridos de esos pueblos sencillos que eran recordados y homenajeados sin estereotipos ni grandilocuencias, con palabras y gestos simples llenos de grandeza y reconocimiento. Habían sido jóvenes en los tiempos en que combatieron, tanto como nos veían ahora con los mismos fervores y entusiasmos, reconociéndose en cada uno de nosotros y viéndonos como se veían treinta y cinco años atrás.

Algunos llegaron a revelarnos secretos celosamente guardados desde los tiempos, en que terminada la contienda, las leyes sobre el desarme los obligaban a entregar sus armas. Nos contaban como habían desobedecido aquellas leyes y aun guardaban las suyas, ocultas pero todavía listas para ser utilizadas en caso que fuera necesario. Incluso las limpiaban y mantenían en perfecto estado de uso.

No fueron pocas las veces que concurrimos acompañándolos a las reuniones y celebraciones del ANPI¹², donde los desfiles de las banderas y las formaciones de los viejos partisanos, con sus birretes y brazaletes identificatorios de las agrupaciones a las que pertenecieron, nos hacían estremecer y emocionar al compartir su orgullo por haber participado en la lucha contra el fascismo. Nos sentíamos aceptados como iguales por aquellos verdaderos héroes. Hoy, con nuestra derrota a cuestas y a la misma edad que ellos tenían cuando nos contaban sus historias, todavía abrigo dentro de mí una sensación muy parecida de orgullo sin arrepentimientos por haber entregado todo en el intento de construcción de un mundo más solidario.

Desde los trascendentes acontecimientos políticos surgidos a partir de las grandes movilizaciones estudiantiles que culminaron en el mayo francés de 1968, y que tuvieron también su reflejo en Italia, algunos grupos de jóvenes habían comenzado a expresarse en organizaciones que asumían la acción directa como método de lucha. Con la llamada Masacre de Estado, provocada por el atentado fascista de diciembre de 1969 en el Banco de la Agricultura de Piazza Fontana, en Milán, y que fue manipulada por los servicios secretos para llevar adelante una estrategia de máxima dureza como sistema para desactivar lo que ya se manifestaba en un crecimiento muy vigoroso de las movilizaciones y los reclamos populares, algunas de las inquietudes políticas de estos jóvenes entusiastas comenzaron a girar hacia posiciones más extremas.

Los años siguientes vieron a Italia desbordada por un auge gigantesco de las movilizacio-

¹² Asociación Nacional de Partizanos de Italia.

nes obreras.

Por una parte, el Compromiso histórico del PCI era lanzado como un intento por clarificar las posiciones de la izquierda, en sus planes para ser aceptada como fuerza política confiable, que coincidían con su alejamiento de los partidos comunistas del bloque soviético en una muestra inequívoca de alineamiento con Occidente en el frente de batalla de “la guerra fría”; por el otro, los trabajadores comenzaban a producir hechos sobresalientes con las luchas en las fábricas, dando inicio a la etapa de fervorosas movilizaciones obreras en busca de la participación de los sindicatos en la conducción de las grandes empresas, y en defensa de las fuentes de trabajo que ya empezaban a mostrar las primeras consecuencias de la agresividad de las grandes multinacionales. La aplicación estricta de las estrategias de mercado, con su principal argumento de reducción de costos en busca de competitividad, avanzaban sobre las conquistas laborales amenazando con la reducción de personal como principal variante. La cassa integrazione¹³, una especie de subsidio de desempleo, era agitada como coacción para atemorizar a los más débiles, en un intento por detener la movilización popular.

Italia afianzaba su sistema democrático, tanto en los aspectos políticos como en los económicos y sociales, con un gran avance de la influencia de las posiciones progresistas y con una importante tarea de los sindicatos en la definición del modelo democrático. En 1973, el golpe de estado en Chile puso fin de manera sangrienta a la experiencia liderada por Salvador Allende, que había sido tomado como modelo de construcción del socialismo por la vía legal, provocando una gran conmoción y exacerbando la repulsa de muchos sectores de la izquierda hacia las posiciones conciliadoras del PCI, que vacilaba a pesar de su extraordinario crecimiento en el electorado de toda Italia. En las grandes concentraciones populares comenzaban a aparecer, de manera desafiante, sectores armados reivindicando la violencia como método de lucha, a la vez que introducían el modelo de acción clandestina en contraposición con los amplios espacios de legalidad y legitimidad conquistados a partir de 1947 por los partidos de izquierda. La creación de las Brigadas Rojas, en 1971, nacidas de la unión entre representantes del movimiento estudiantil de la izquierda católica y de un grupo de ex militantes del PCI, fue el punto extremo de esta escalada.

Esta organización, con el secuestro de Aldo Moro el 16 de marzo de 1978 elevó la tensión política de toda Europa, y de Italia en especial, a su nivel más alto desde la instauración de la República después del fin de la Segunda Guerra Mundial. El hecho se produjo en el momento en que asumía el primer gobierno surgido del Compromiso histórico. Durante los cincuenta días que duró, hasta que se encontró el cadáver en el baúl de un auto abandonado en el centro de Roma, a mitad de camino entre las sedes centrales del PCI y la DC, como

¹³ Fondo de desempleo.

muestra clara del repudio de este grupo hacia el Compromiso histórico, las discusiones en el seno de las organizaciones de izquierda, con diferentes matices y énfasis, coincidieron en el rechazo a sus métodos que en definitiva beneficiaban las posiciones de los partidos de la derecha, que aprovecharon el momento para avanzar en sus campañas contra todo tipo de propuestas a favor del cambio social.

Empujadas por el gran desgaste a que sus propias acciones y la actividad represiva del Estado las habían llevado, las Brigadas Rojas entraron en un camino irreversible de aislamiento, hasta transformar sus operaciones en verdaderos atentados terroristas sin otra salida ni explicación política que la de demostrar su presencia activa en un país que los marginaba. Pero para nosotros, insertos como estábamos en un escenario desconocido, donde las circunstancias y los sistemas políticos de un país del primer mundo nos planteaban, por primera vez, las enormes diferencias entre su problemática y la de nuestros países latinoamericanos, con sus destinos todavía por definir, esos cincuenta días tuvieron consecuencias impensadas.

Recién instalados y todavía viviendo un tiempo de desconciertos, veíamos la conmoción a nuestro alrededor como algo ajeno a la realidad de nuestros planes y propósitos. No obstante lo reciente de nuestro arribo y la notoria precariedad de las condiciones en las que vivíamos, el mero hecho de ser miembros de una organización armada argentina, que llevaba adelante una lucha sin cuartel por construir para su pueblo una sociedad más justa, nos ubicó, a la vista de los italianos y casi en forma automática, del lado de los brigatistas. El secuestro de Aldo Moro sirvió para aclarar con mayor contundencia la condición política de nuestra estancia.

Comenzaron las discusiones acerca de nuestra opinión y las posiciones del Partido sobre la lucha armada como método legítimo, y debimos esforzarnos mucho, en innumerables reuniones, para tratar de explicar las grandes disparidades entre las realidades de Europa y las de América Latina en aquellos años. Pero si bien al principio nos refugiábamos en el desconocimiento de la realidad italiana y en el concepto de que debía ser cada partido quien puntualizara y opinara sobre sus propias condiciones, respetando y asumiendo como propias las líneas y los métodos definidos en cada país, lo cierto fue que veníamos de sucesivos golpes que habían debilitado fuertemente la solidez política de nuestros argumentos inhibiéndonos, en alguna medida, de plantearnos como defensores firmes de posicionamientos definitivos. Asumíamos con firmeza la estrategia de lucha armada para la realidad social y política Latinoamericana y nos aferrábamos a eso en nuestro afán por reconstruir las estructuras organizativas de nuestro partido, pero éramos conscientes de estar en un ámbito extraño y toda-

vía muy difícil de comprender.

Entendíamos la necesidad de la lucha armada como un elemento estratégico al comprobar históricamente que, en última instancia, las fuerzas armadas se convertían en el más firme sostén del sistema de opresión contra el que luchábamos. En cada ocasión en que el pueblo había conquistado posiciones de mayor participación desarrollando organismos y estructuras políticas que crecían en la consideración de las mayorías, y avanzaba con firmeza sobre los privilegios de los sectores mas encumbrados de la pirámide social, los militares utilizaban sus armas para reprimir sin consideración. Por eso asumíamos a la lucha armada y la necesidad de organizar un ejército popular como un camino ineludible, aunque de ninguna manera excluyente de las demás formas de organización y lucha.

También sabíamos que el ámbito fundamental en el que debía darse la contienda en pos de la instauración de un sistema social construido sobre otras bases, y que tomara como sostén principal las necesidades del pueblo, era el político. Esta noción con ser parte fundamental de las bases ideológicas de la línea del Partido, se había afianzado con mucha firmeza en nuestro pensamiento a partir del contacto con la realidad política europea, que nos mostraba sin dudas un escenario más amplio del que conocíamos. Incorporábamos nuevos conceptos y comprendíamos más serenamente la necesidad de la intervención conciente del pueblo en la lucha política. Aprendíamos a respetar sus propios métodos y a considerar sus tiempos. La movilización de la mayoría del pueblo como participante necesario en la construcción de ese nuevo orden social debía orientar los mayores esfuerzos del Partido hacia la tarea de conquistar su corazón, hasta ser reconocidos como su vanguardia dirigente. Para lo que debía nutrirse de sus mejores representantes. El Partido no debía asumir la tarea de hacer la revolución, sino la de conducir al pueblo en ese camino. Las acciones militares y la construcción del ejército del pueblo debían encaminarse en esa misma dirección, mostrando con cada operación militar la vulnerabilidad del enemigo y dejando en evidencia los intereses que cada uno defendía y representaba. La toma del poder se conseguiría a través de una guerra popular pero la construcción de la nueva sociedad se haría sobre la base de la organización del pueblo. Estábamos convencidos que para construir el socialismo había que tomar el poder, y el camino era la guerra popular. En eso no había entre nosotros ninguna diferencia.

En los días de Navante, el alineamiento automático con las Brigadas Rojas del que fuimos objeto en los primeros momentos hizo que se alejaron y tomaran distancia muchos compañeros del PCI que comenzaban a acercarse con intenciones de solidarizarse, mientras que los más cercanos, casi todos independientes o sin militancias activas orgánicas, tomaron una postura más condescendiente tratando de conocer nuestros puntos de vista, pero sin dejar en ningún momento de contenernos y darnos soporte y apoyo.

El clima de extrema tensión que se vivió y que exacerbó de manera increíble los ánimos públicos, alentados por la campaña de los medios de difusión donde la xenofobia y el racismo no estuvieron ausentes, nos involucró directamente cuando algunos días después del secuestro de Aldo Moro se presentó un comando de Carabineros fuertemente armado a bordo de una camioneta, con la intención de penetrar por la fuerza al interior de la escuela para hacer un reconocimiento. Exigían la documentación de cada uno sabiendo de nuestra débil situación legal con el objeto de encontrar una razón para expulsarnos del país. Intentaban hallar nexos entre nuestra organización y las Brigadas Rojas, a partir de la coincidencia en el apoyo a la lucha armada como método de acción. Su arribo a Naviente no pasó desapercibido, toda vez que su presencia no habitual alteró de manera muy dramática la tranquilidad de los vecinos, que de inmediato avisaron a nuestros amigos y se reunieron a las puertas de la escuela para defender nuestra integridad. Rápidamente se movilizaron todos y asumieron directamente la conducción de la entrevista con las fuerzas de seguridad que, ante esta presencia, cambiaron su actitud dejando de lado la prepotencia y la intimidación, para dar paso a una severa advertencia sobre los límites de nuestras actividades en la zona.

Dejaron una citación para que yo concurriera al cuartel de Carabineros en mi carácter de representante del grupo, con la documentación de todos y los motivos de nuestra presencia en el país.

Las amenazas expuestas en la violencia del procedimiento nos sumieron en el recelo y la desconfianza, y renació en nosotros una actitud combativa que habíamos dejado de lado desde la llegada a Italia. La primera reacción fue plantear una vía de escape y preparar una alternativa de no presentación y abandono del lugar, en una especie de pase a la clandestinidad internacional. Lo descabellado de esa postura y las dificultades de movernos en un país extraño y sin recursos la desactivaron rápidamente y decidimos apoyarnos en los italianos que eran nuestra única y muy fuerte muralla defensiva.

La citación no era formal ya que no habían dejado ningún requerimiento, y más bien tenía la forma de una invitación para aclarar las causas de la estadía de un grupo como el nuestro en el lugar, dejando entrever una velada actitud intimidatoria. Decidimos mi concurrencia al día siguiente al cuartel de Carabineros de la ciudad de Cúneo, para lo que apelamos a la ayuda de Reno, quien rápidamente se puso en contacto con el Sindaco¹⁴ al que ya había interesado en nuestra situación, encontrando muy buena disposición para apoyarnos.

Acompañado por Reno, que a su vez había movilizado a sus compañeros y amigos del PSI¹⁵ y del ANPI, entré dejando de lado las aprehensiones propias de quien está habituado a considerar como enemigo a cualquiera que vista uniforme, confiando en la seguridad que me brindaba su presencia firme y decidida. Ni bien traspusimos la puerta del despacho Reno

¹⁴ Intendente.

encaró al Mareshallo¹⁶ con un discurso sobre nuestra condición de combatientes por la libertad perseguidos por la Dictadura Argentina y le exigió respeto y consideración por quienes, siendo verdaderos sobrevivientes, merecíamos el trato de refugiados políticos. Éramos un grupo de familias que habíamos perdido todo en nuestra salida clandestina del país. Los vecinos del lugar nos habían acogido como muestra de apoyo y solidaridad con los motivos de nuestras luchas. Lo increpó duramente por la forma de llevar adelante el procedimiento y el Mareshallo, abrumado por la proclama que le lanzaba como un desafío, trató de defenderse apoyándose en las circunstancias particulares que se vivían en el país a partir del secuestro y atinó a pedirle que se hiciera responsable por nuestra estadía y por nuestras actividades, lo que fue recibido por Reno como una distinción. Y firmó con trazo seguro los papeles que le ponían delante. El circunspecto interés por la forma en que resolveríamos las necesidades cotidianas fue respondido por Reno diciendo que él, los vecinos y los organismos democráticos se ocuparían de eso, no sin dejar de reiterar que éramos trabajadores dispuestos a tomar cualquier posibilidad laboral que se presentase.

Mi presencia pasó a segundo plano, en este enfrentamiento donde quedaba muy en claro la contundencia del sistema democrático italiano, basado en la participación directa de las personas en la aplicación de las leyes y donde las autoridades no muestran la actitud prepotente y amenazante a la que estábamos acostumbrados. Las últimas palabras fueron en un tono mucho más amable, y hasta pareció que existía un dejo de simpatía por nuestra situación cuando, al despedirse, me dijo que ante cualquier dificultad no dudara en contactarlo.

¹⁵ Partido Socialista Italiano

¹⁶ Comisaro.

V
LA DERROTA A CUESTAS

E so io muoio da partigiano...

Y si yo muero de guerrillero...

En el verano argentino del año 2000 llegamos sin avisar a Cuneo. Desde la habitación del Hotel Smeraldo, cobijado bajo las recovas de la avenida Niza y pegado a una confitería que, desde las enormes vidrieras empañadas, nos provocaba con una extraordinaria exposición de bombas de crema pavonadas con coberturas de colores y sabores exultantes, consultamos la guía telefónica y marcamos el número de la farmacia de Carrú. Sara enmudeció por algunos segundos cuando le dije quiénes éramos y donde estábamos. Su voz dulce y suave tembló al superar la sorpresa y mientras llamaba por lo bajo a Mario, nos preguntó con sencillez como estábamos, con palabras un tanto entrecortadas que oscilaban entre la emoción, los recuerdos y el asombro. La medida que la caracterizaba se mantenía tal y como la conocíamos, pero la ternura se filtraba al insistir sobre cómo nos había ido a la vez que aumentaba la intensidad de la conversación, que comenzaba a fluir con naturalidad habiendo asimilado la realidad de nuestra presencia muy cercana.

Las preguntas y los silencios se combinaban, mientras nos reconocíamos en otra etapa de nuestras vidas, sin saber mutuamente de qué manera habíamos transitado por los años que nos transformaron de jóvenes impetuosos y decididos en personas maduras y reflexivas, pero sintiendo que el cariño se manifestaba con libertad.

Concertamos el encuentro y mientras recorríamos con alguna dificultad el camino que se internaba en las colinas, recuperando los paisajes que increíblemente se abrían paso en nuestra memoria, descubrimos los cambios producidos por el progreso edilicio y las nuevas carreteras. El desvío hacia Carrú estaba bien señalizado y desembocaba directamente sobre la calle principal que transitamos lentamente, mirando con atención para tratar de ubicar la farmacia que debíamos encontrar antes de un recodo del camino. No teníamos muy claro a qué distancia estaba y habiendo entrado en la ciudad el plano ya nos resultaba inútil. Sentimos un aluvión de imágenes de aquellos días que nos provocaban sobresaltos cuando creíamos identificar alguna señal, que desde el pasado nos indicaba el camino. Los esfuerzos por recordar competían con la ansiedad hasta que, desde la vereda de enfrente, el nombre pintado en la vidriera nos encontró primero.

Estacionamos casi en la puerta y decidimos tocar el timbre de la casa. Era un timbre redondo de metal dorado junto al tablero del portero eléctrico, a la izquierda del gran portón ubicado a un lado de la farmacia. El silencio nos encaminó hacia el local y al entrar vimos, detrás del mostrador, a una mujer joven que atendía a los clientes. Con un lento paneo

comprobamos algunos cambios que modernizaban las instalaciones sin hacerle perder su solemnidad. La sencilla cortina que comunicaba con la trastienda se descorrió y Mario apareció vestido con un guardapolvo blanco que le sentaba muy bien a los movimientos pausados de su cuerpo, un tanto cargado de hombros. El gesto sonriente y los ojos límpidos mostraban algunas arrugas, que se profundizaron cuando se acercó con los brazos extendidos. Nos hizo pasar a un saloncito contiguo desentendiéndose de los clientes que esperaban, y ante la inevitable pregunta de “cómo estás” respondió, como un remedo de Unamuno, con el inefable *insomma*¹⁷ que no oíamos desde veinte años atrás: lo importante no era el tiempo transcurrido sino el encuentro aquí y ahora.

El reloj retrocedió velozmente y lo vimos el primer día que llegó a Naviente trayendo un gran paquete de pañales para los niños y algunos medicamentos básicos para combatir los efectos que el clima comenzaba a provocar sobre algunos, con estados gripales y resfríos que por la convivencia se transmitían velozmente.

Mario formaba parte de las agrupaciones políticas que criticaban al PCI desde la izquierda, buscando alternativas válidas y de mayor compromiso con los cambios sociales y acercándose a posiciones más afines con los movimientos revolucionarios del tercer mundo, aunque previendo la inclinación de la izquierda tradicional hacia posiciones cada vez más conciliadoras. Era un activo participante que promovía la toma de definiciones claras y se comprometía hasta el punto de postularse para ocupar bancas de diputados en las elecciones provinciales y regionales. Sus análisis siempre resultaban medulosos y plenos de argumentaciones, a la vez que ardorosos y entusiastas cuando planteaba sin concesiones la exigencia de clarificar posturas frente a temas puntuales. Enfrentaba con dureza las vacilaciones y aunque entraba lentamente en una especie de desencanto, continuaba manteniendo sus puntos de vista con gran firmeza. Tomaba partido sin dudar y su presencia en movilizaciones y reuniones de discusión no pasaba desapercibida. Su relación con la escuela estuvo signada por su apoyo incondicional a nuestros planes y desde los primeros encuentros dejó entrever su calidad de hombre bueno y solidario. Sus ocupaciones no le dejaban demasiado tiempo, pero a pesar de la distancia siempre se hacía un espacio para llegarse hasta Naviente con el solo propósito de compartir un rato, aportando valiosos elementos a la cofradía que iría extendiendo sin cesar su influjo hacia lugares cada vez más alejados. Su inveterado bajo perfil no lo hacía partícipe de los momentos de mayor euforia y diversión prefiriendo observar, sonriente o conversando en voz baja, la algarabía y el desenfado en que invariablemente derivaban las noches, cuando amigos y camaradas llegaban a la escuela transformada en centro de reunión inexcusable. No fueron pocas las veces que debimos recurrir a su inagotable predisposición para solicitarle medicamentos o consejos sobre cómo tratar determinada

¹⁷ En fin.

situación sanitaria, que en muchos casos derivaron en atención médica con algún doctor de su conocimiento. Su sensibilidad y agudeza cubría las demandas de atención de un grupo tan numeroso como el nuestro sin que fuera necesario que le hiciéramos el mínimo pedido.

Ahora, mientras subíamos las escaleras hasta el primer piso donde nos esperaba Sara, avisada que íbamos a su encuentro, la conversación derivó por rumbos personales hacia los hijos, y el comentario de su reciente abuelidad coincidió con la llegada a la puerta entreabierta hacia el interior de la casa, que emanó un hálito de serenidad que nos abrigó ni bien cruzamos el umbral. A pesar de no ser la primera vez que entrábamos, nos maravillamos al mirar con atención cada detalle y al escuchar la explicación de que se trataba de una construcción del 1700, que había atravesado varias generaciones familiares, manteniendo algunas decoraciones y muebles originales restaurados en varias ocasiones, como las molduras de las paredes del amplio salón de casi cien metros cuadrados, con el techo pintado con motivos medievales que al mostrar algunos signos de deterioro le daban un cierto aire de elegancia y autenticidad, combinado a la perfección con los antiguos sillones cubiertos con mantas de colores. La gran mesa de madera noble con sus sillas en torno y la carpeta de brocados, los tapices y cuadros que desde las paredes se complementaban con las alfombras y las pequeñas mesitas donde se esparcían libros y publicaciones que parecían a la espera de ser leídos en los momentos de calma, predisponían el espíritu para cobijarse en ese ambiente en las tardes de invierno. No se notaba ni el más mínimo alarde de lujo o pomposidad a pesar del estilo que completaba la atmósfera íntima con una sensación de uso cotidiano, desestimando cualquier sofisticación.

En una habitación contigua, la biblioteca contenía muchos ejemplares de las más variadas materias donde sobresalían aquellos de temas farmacéuticos, políticos y de filosofía, además de los de historia, que era la materia que impartía Sara.

Todas las organizaciones políticas que asumían al leninismo no sólo como su referente a la hora de definir la línea, sino como modelo de construcción consolidado sobre la base de cuadros profesionales dedicados en cuerpo y alma a la tarea militante, instituían las escuelas de formación política como herramienta de gran trascendencia en el camino del afianzamiento de las estructuras internas.

El PRT las había desarrollado con mucha intensidad sin detenerse en los tiempos de mayor clandestinidad, obteniendo resultados muy alentadores y generando una experiencia muy valiosa en la formación de sus militantes y en la manera de llevarlas a cabo. En Argentina se hacían siguiendo un módulo de alrededor de quince integrantes, que eran conducidos desde sus lugares de militancia hasta las casas operativas donde debían internarse durante dos o tres semanas para realizar el curso de formación política. En general se trataba de compañeros que mostraban gran interés y compromiso con la lucha revolucionaria, pero

que todavía no habían tenido experiencias importantes en las tareas de construcción en los frentes de masas y necesitaban del bagaje teórico para completar sus herramientas en el camino de convertirse en militantes.

Funcionaban en las denominadas casas operativas; es decir, especialmente preparadas para ese destino y en las que se cuidaba con especial interés no alterar la actividad normal que realizaban quienes las ocupaban legalmente. Por ello todo el movimiento, desde el ingreso hasta la salida al finalizar el curso, se realizaba extremando las medidas de seguridad y tabicamiento a la vez que, durante el transcurso de las clases, se evitaba llamar la atención, para lo que los compañeros se mantenían siempre fuera de la vista de los vecinos evitando ruidos y voces disonantes.

Se distribuían las tareas internas relacionadas con la vida cotidiana, de manera de involucrar a todos en actividades sencillas como forma de combatir algunas tendencias hacia la sublimación de los temas políticos por encima de las cuestiones más elementales de la vida. Las clases eran impartidas por compañeros de mayor experiencia y formación que convivían con los integrantes del grupo durante el tiempo que duraban sus materias entrando y saliendo de la misma forma.

En Naviente desarrollamos el modelo habitual, adecuándolo a las condiciones particulares relacionadas con el hecho de tener que permanecer por un tiempo largo en un país extraño, con un estado de semilegalidad pero sin necesidad de ocultamientos, ya que era de todos sabido que nuestra presencia obedecía a razones políticas.

Decoramos el salón de clases con un gran mural obsequiado por los compañeros del PCI en el que se veía a Lenin en actitud de dar su discurso frente al Palacio de Invierno, incitando a la multitud a tomarlo por asalto. En un rincón, un precario mástil nos servía para la ceremonia cotidiana de izar la bandera del ERP que presidía las clases y reuniones partidarias junto a un cuadro con una imagen de Santucho. En la pared del frente un atril con láminas de papel y marcadores reemplazaba al pizarrón.

El programa de estudios incluía materias relacionadas con historia argentina, materialismo histórico, materialismo dialéctico, economía política, historia de las revoluciones, historia de las luchas populares argentinas, historia y línea del partido, y se le agregaban charlas sobre temas referidos al desarrollo de los frentes populares, como herramienta fundamental para representar a las mayorías en la batalla contra el poder cada día más concentrado.

Las clases eran dictadas por compañeros que hacían las veces de orientadores en cada materia y que llegaban desde sus lugares de residencia para incorporarse a la convivencia durante el tiempo que durara su participación. Esta incorporación incluía el trabajo político, consistente en relacionarse con los italianos que nos apoyaban y eventualmente concurrir como uno más a realizar actividades y trabajos. Era tal el clima de cordialidad que se gene-

raba con los vecinos y amigos, que estos compañeros se asimilaban rápidamente y eran aceptados como integrantes cabales del grupo a punto tal que las despedidas, cuando debían irse, se convertían en verdaderos agasajos con reuniones de augurios, que incluían los infaltables brindis y deseos de próximos reencuentros.

Estaban funcionando cinco escuelas al unísono instaladas en diferentes localidades. Además de la nuestra, había una en Sarzana provincia de La Spezia, dos en la provincia de Brescia, en Bedissole y Palazzolo sull'Olio y la última en Ivrea, provincia de Torino, y los compañeros que oficiaban de profesores debían coordinar los dictados de las materias para rotar en todas ellas. La de Naviante se transformó en la decana por ser la primera en instalarse, además de definir el método de funcionamiento al desarrollar la intensa actividad de contacto con los pobladores y la forma de obtener los recursos apelando a la combinación de solidaridad por parte de los vecinos, con el trabajo efectivo de los compañeros, unido a la tarea militante con las instituciones políticas y sociales.

Las clases se tomaban de lunes a viernes durante cinco horas, desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde, después de haber enviado los niños al asilo¹⁸ y organizado las tareas del día que comenzaba a las seis y media, cuando el compañero del último turno de guardia pasaba por cada habitación despertando a cada uno, habiendo cumplido con la tarea de poner a calentar el café, el agua y la leche, además de preparar el pan, el dulce y el queso para el desayuno que tomábamos en la gran mesa de la cocina.

Las mamás preparaban a los niños con los abrigos que dejaban apenas visibles sus ojos semidormidos, a la vez que ocultaban las sonrisas y los enojos matinales detrás de gorros, guantes y bufandas, en una especie de escafandra que les impedía el movimiento mientras aguardaban, con los brazos separados del cuerpo, el sonido de la bocina del pulmino¹⁹ o del auto de Mini para salir a la helada mañana, que mostraba las primeras luces recubriendo de magia el paisaje y las colinas.

El izamiento de la bandera del ERP daba comienzo a la jornada de estudio, retomando en el punto terminado el día anterior con los comentarios, preguntas y dudas surgidas de la lectura de los textos, antes de avanzar en la exposición de los temas que continuaban con el programa. Tomábamos apuntes y señalábamos las cuestiones más controvertidas que podrían implicar opiniones diversas, para discutir las en el seno de cada grupo de estudio que coincidía con la célula a la que cada uno pertenecía. El clima era de atención y seriedad, sin alcanzar a ser ceremonioso, y evidenciaba la importancia de participar en la preparación de compañeros para incorporarse a la lucha, con la convicción de no estar obteniendo una educación de interés personal ni adquiriendo conocimientos teóricos con fines académicos. Se aceptaban las armas para el combate y eso siempre provocaba tensión y reflexión. Al finali-

¹⁸ Guardería.

zar, el grupo se disolvía y cada quien tomaba sus obligaciones, algunas laborales, otras políticas o relacionadas con la solución de temas referidos a la obtención de elementos para la casa, alimentos o reparaciones. También estaban los que se ocupaban de los trámites legales o los relacionados con los niños o las actividades sociales a las que éramos invitados y que debíamos cumplir.

Las brigadas de limpieza, que rotaban semanalmente, realizaban sus tareas y los de cocina se abocaban a la preparación del almuerzo, mientras comenzaban a prever la cena consultando el calendario donde se anotaban las visitas previstas para su correcta atención. Por la tarde regresaban los niños y se realizaban trabajos de artesanías preparando obsequios con los que agasajar a nuestros invitados, que en general consistían en labores de pequeños telares con los que se entrecruzaban hilos de colores formando figuras, usualmente referidas a símbolos partidarios, entre los que se reiteraban las estrellas rojas de cinco puntas. Cuando, muchos años después, recorrimos con mirada ávida los estantes de la biblioteca en casa de Mario y Sara volvieron a trastocarse los tiempos llevándonos a aquellos días en los que, mientras Sara se dirigía a su escuela manejando el auto, arreglaba su maquillaje sin desatender el camino y conversando animadamente con Chela, a la que llevaba de paso hasta su lugar de trabajo. Y es que entre tantas maravillas alcanzamos a ver, en el rincón más destacado de la pared del frente, un cuadro de madera pintada de negro con una estrella roja trazada con hilos enhebrados entre clavos.

También se hacían pinturas sobre platos y tablas o pequeñas esculturas en madera o pastas preparadas por los mismos compañeros, donde se destacaban con nitidez aquellos que habían pasado por la cárcel, escuela si las hay de paciencia y concentración. Hoy, cuando todo esto parece haber ocurrido en un mundo que ya no existe, es posible encontrar todavía en alguna pared, o en un estante de las casas de los camaradas italianos, estos pequeños objetos transformados en íconos, no para su veneración mesiánica, sino como verdaderos testigos de una extraordinaria experiencia compartida, que dejó profundas huellas de afecto a ambos lados de la relación.

Al anochecer, los que habían ido a trabajar volvían casi siempre acompañados del italiano con el que colaboraban, o eventualmente con algún vecino que pasando por la zona se ofrecía a traerlos, ya que eran escasas las ocasiones en que debíamos viajar en medios públicos, tal era la atención que nos dedicaban. Se quedaban un rato esforzándose por asimilar algunas de nuestras tradiciones, que en el caso del mate era prácticamente indigerible para sus hábitos y sabores. Eran muy pocos los que se animaban a tomarlo, prefiriendo siempre un vaso de vino que bebían con una moderación que no dejaba de asombrarnos. El ritmo

¹⁹ Pequeño autobús escolar.

bullicioso, que era parte inseparable de la atmósfera de la casa, los inhibía un poco al darse de frente con sus modales siempre parcos, silenciosos y escasos de exageraciones. Sólo algunos compañeros del PCI, obreros de alguna fábrica importante de algún pueblo vecino, que siendo originarios del sur se asemejaban un poco más a nuestras formas inquietas de movimiento permanente, se animaban a competir en desparpajo y desenvoltura.

Junto con la noche llegaba el tiempo en que la casa se llenaba de gente. Algunos de los compañeros italianos de siempre eran infaltables, y era común ver grupos de personas o individuos venidos desde localidades cercanas que, sabiendo de nuestra presencia, querían tomar contacto para ofrecer su colaboración y apoyo, a la vez que tener la oportunidad de acercarse afectivamente o intentar algún encuentro político para conocer la realidad latinoamericana y nuestras opiniones. No faltaban ocasiones en que alguna personalidad política o de la cultura se sentía atraída por los ecos del grupo y también acudía a conocer este fenómeno que alteraba la tranquilidad, transformando el paisaje bucólico de las colinas en punto de atención para las autoridades, las organizaciones políticas y sociales que se sentían alcanzados por su influjo, movilizándolo y haciendo bullir grandes sentimientos de solidaridad.

Así se acercaron personajes de la talla de Nuto Revelli, extraordinario escritor y hombre comprometido con las luchas populares; Lidia Rolfo, partizana que pasó por experiencias durísimas en los campos de concentración, donde comprobó la utilización de los prisioneros como mano de obra esclava en la producción para las grandes fábricas, diputados provinciales y regionales tanto del PCI como del PSI, el Sindaco de Cuneo, importantes miembros de la dirección regional de la CGIL, CISL y UIL²⁰ y hasta el mismísimo obispo, quien se animó a bendecir las instalaciones. Las publicaciones de la zona e incluso algunos suplementos regionales de los grandes periódicos nacionales también dieron cuenta de los sucesos de Naviente, además de la trascendencia alcanzada por la presentación de algún compañero en programas de radio.

Todo esto ocurría siempre en un ambiente festivo, que incluía comidas y bebidas rematadas con canciones entonadas muchas veces a coro y en ocasiones por aquellos que, teniendo mejores condiciones, se animaban a la guitarra y el canto. Los acompañamientos rítmicos de palmas y golpes en las mesas elevaban su calidad cuando Güman, recordando las tradiciones campesinas, comenzaba a repiquetear con dos cucharas que tomaba con gran habilidad entre sus dedos, golpeando sobre los muslos y manos con gracia y velocidad envidiables. Canciones románticas, melancólicas, revolucionarias o picarescas se mezclaban con clásicas arias de operas famosas o tangos europeizados que eran respondidos como en una competencia por zambas y chacareras. Todas las voces se unían cuando llegaba el turno

²⁰ Las tres centrales sindicales.

de Bella Ciao o Que culpa tiene el tomate. Cuando se abría la puerta para dar paso a unas manos con una damajuana de vino, una botella de grapa, una bandeja de masas o una cacerola de comida, su entrada era festejada con grandes muestras de alegría que daba nuevos bríos a la reunión, augurándole una extensión más allá de lo esperado.

Hubo ocasiones clamorosas, como aquella de la Bagna Cauda, la comida típica del piamonte que según la tradición debe comerse cuando cae la primera nevada, y consiste en una sabrosa salsa hecha a base de crema de leche, ajos y anchoas que, a modo de fondue, se ubica repartida en la mesa en varias fuentes sobre calentadores en las que cada comensal debe remojar las hojas mas tiernas de verduras frescas en una especie de ceremonia circular que culmina en el bocado más exquisito. Los sabores contundentes se aplacan con sorbos de un vino ligero característico de la zona y especialmente aconsejado para beber en abundancia, tal y como lo requieren los poderosos resabios de las anchoas, pero que por sus escasos cinco grados se hace muy tolerable a la abundante libación requerida. No sólo el gusto de la comida lo hicieron inolvidable sino las más de cincuenta personas reunidas alrededor de la gran mesa, en un ambiente caldeado por las estufas y la euforia que enrojecían las mejillas y alzaban el tono de las voces en una algarabía desbordante. Afuera el temporal congelaba el Tanaro y acumulaba nieve en las calles, poniendo un marco encantado al pequeño caserío perdido en las colinas al pié de los Alpes.

Una copla que cantaban los republicanos españoles en las tertulias madrileñas y en los campos de batalla decía:

Con los bigotes de Mola
Haremos una escoba
Para barrer la inmundicia
De la falange española

Nosotros la habíamos adaptado y cantábamos entre risas, mientras golpeábamos las mesas y las botellas:

Con la cabeza'e Videla
Haremos una pelota
Para que jueguen los niños
Que ahora no tienen escuela.

La campaña mundial en repudio a la Dictadura estaba en su apogeo y en todas las ciudades de Italia se distribuían volantes, publicaciones y afiches que mostraban a los militares argentinos como émulos de Hitler mientras pateaban una pelota de fútbol, o se representaba a esa misma pelota con la cabeza de alguna víctima de sus crímenes y torturas, mientras el asesino la pateaba. También se veía a Videla, vestido de jugador, con un pié sobre una cabeza en forma de pelota. Eran muy variadas las formas que el ingenio de los denunciantes empleaba para poner en evidencia la utilización mediática del campeonato mundial de fútbol que se estaba realizando en Argentina, en un intento de la Dictadura por aprovechar para sus intereses la atención mundial puesta en el país, mostrando las magníficas bellezas natu-

rales y uniéndolas a un idílico ambiente de paz y tranquilidad logrado por el accionar militar en su lucha contra la guerrilla. En esos días se hizo famoso el patético slogan SOMOS DERECHOS Y HUMANOS con que intentaron, sin éxito, ridiculizar las denuncias internacionales contra la violación de los derechos humanos.

Nosotros tratamos de separar el ardor futbolero de la acción política; más allá de las manipulaciones espurias de los militares que concentraban de manera brutal el poder nos planteábamos que no se debía abandonar en sus manos una pasión del pueblo argentino. También en el campo de juego se daba la batalla ideológica y repudiar el evento por ser dirigido por los dictadores, desconociendo la adhesión popular a ese deporte, nos pareció una posición intelectual y completamente alejada de los sentimientos del pueblo. Había que denunciar los crímenes, mostrar los campos de concentración, esclarecer sobre la entrega de la economía a las transnacionales, informar sobre el brutal crecimiento de la deuda externa y del enriquecimiento mafioso de los militares y los empresarios ligados al poder. Pero también había que compartir con la gente sus ansiedades y deseos de triunfo deportivo. A pesar de la oposición cerrada de la izquierda italiana, que considera al fútbol como una expresión del más alto sentimiento fascista por su masividad y su concepción corporativa, unido al hecho de ser gerenciado por poderosos intereses económicos y elitistas, que manipulan el entusiasmo popular en beneficio de sus negocios, conseguimos un viejo televisor y lo ubicamos encima de la heladera frente a la gran mesa desde donde pudimos seguir los partidos sin estar demasiado amontonados.

Los goles de Kempes y las atajadas de Fillol arrancaban verdaderos alaridos colectivos en las tardes apacibles del verano navantino, sorprendiendo a los vecinos no habituados a estas expresiones de fogosidad desenfrenada. Sólo algunos amigos eran afectos al fútbol y no fueron pocas las ocasiones en que nos llevaron a ver los partidos del Torino en el estadio "Comunale". Pero en general, lejos de sentirse apasionados rechazaban la actividad competitiva profesional e incluso no se mostraban muy cercanos a las manifestaciones deportivas, excepto el ski y el montañismo que practicaban con verdadero deleite. Tanta era su pasión por estas dos disciplinas que el drama de mayor magnitud que nos golpeó al poco tiempo de llegar fue una horrible desgracia sucedida a un hermano de Roberto quien, junto con su esposa Lía, formaban parte de nuestro grupo protector. Un día de fuerte nevada llegó la noticia de que este hombre había sufrido un accidente en la pista de ski mientras practicaba bajadas veloces: perdiendo el control, cayó y fue a dar de cabeza en una montaña de nieve blanda a un costado de la pista; ahí quedó enterrado y perdió la vida de manera espantosa. La noticia nos había impactado, más que nada por la forma de morir de este joven apasionado por el deporte a quien no conocíamos directamente, pero del que nos sentimos muy cercanos en el dolor de sus familiares y amigos.

Pero la generosidad y el afecto que nos prodigaban eran tan grandes que decidieron, en medio de esta euforia, prepararnos una sorpresa organizando un partido para que enfrentáramos a un equipo de una localidad cercana que participaba en un torneo regional. El lugar elegido fue una cancha ubicada en las afueras del pueblo de donde eran originarios nuestros adversarios. Debíamos enfrentarlos en un match nocturno. La noche del evento se organizó una caravana de autos que, saliendo desde Naviente, se fue engrosando a medida que recorríamos los 10 kilómetros que nos separaban del campo de juego, en una verdadera manifestación que sorprendió a los habitantes del pueblo vecino y a los propios jugadores contrarios, cuando invadimos prácticamente su pueblo saturando las calles y los espacios de estacionamiento, llenando los alrededores de voces, risas y alguna que otra expresión desafiante típicamente futbolera.

El encuentro no era fácil porque el desarrollo del mundial estaba en su etapa de definiciones. Argentina e Italia eran rivales directos por la obtención del título y esa situación exacerbaba los ánimos de todos, incluso de los que debíamos enfrentarnos esa noche. Increíblemente contábamos con un grupo de hinchas mucho más numeroso y bullanguero que los propios italianos, quienes a pesar de actuar en su propia casa se vieron sorprendidos por la adhesión a esta verdadera armada brancaleone que convocaba gente desde los pueblos del entorno, sacudiendo los hábitos conservadores y recatados tan propios de los lugareños.

Para completar los once se nos unieron algunos amigos argentinos residentes en la zona que se habían acercado a la escuela ni bien conocieron nuestra llegada y con los que habíamos afianzado una relación muy amistosa a partir de la connacionalidad y de sus simpatías por el accionar del Partido en Argentina (más allá de su poco interés por la militancia eran personas siempre sensibles a los problemas del pueblo y apoyaban el repudio a la Dictadura con algunas participaciones en eventos de denuncia e incluso integrando organismos de solidaridad). Nuestros rivales entraron a la cancha vistiendo un conjunto completo de pantalón, casaca, medias y zapatos impecables. Nosotros apenas teníamos unas camisetas blancas que usábamos como abrigo todos los días y algunas medias cortas y dispares, además de las zapatillas que habíamos recibido por la generosa contribución de los amigos de la escuela. El fango resbaloso que cubría toda la cancha, donde el pasto era sólo una ilusión, fue el primer enemigo contra el que tuvimos que luchar: las suelas gastadas de las zapatillas no conseguían frenar y en cada jugada las patinadas hacían crecer el barro adherido a la ropa, las manos, los codos y las pantorrillas. Mientras tanto nuestros adversarios corrían seguros y veloces sobre los tapones de sus botines.

El primer tiempo terminó ocho a cero a pesar de mis esfuerzos por evitar la goleada. Cada uno de los goles repercutió en nuestro ánimo con una intensidad desproporcionada. La característica superioridad de los argentinos comenzaba a ser vapuleada y mientras nuestros delanteros intentaban caños, pisadas y gambetas, nuestros adversarios avanzaban in-

contenibles, ágiles y veloces culminando cada avance en un nuevo gol. Goles que al principio festejaron con euforia y entusiasmo, pero que a medida que se acumulaban en el marcador con mucha mayor facilidad de la que esperaban se transformaron en simples felicitaciones. Nos mirábamos un poco confundidos y los primeros reproches a quienes perdían las marcas en el medio o en defensa se fueron transformando en gritos y reclamos para poner más piedad. Los delanteros se quejaban de que no les llegaba la pelota y desde el arco se veía venir el naufragio. La sorpresa por la evidente superioridad de nuestros adversarios dejó paso a la resignación cuando nos dimos cuenta que el nivel que mostrábamos era muy parejo y no encontrábamos a quien recriminar. La evidencia del desastre nos ponía frente a un nuevo golpe, que a enorme distancia de los recibidos en el orden político y militar, se sumaba al peso de la derrota que llevábamos a cuestas desde nuestra salida del país.

El primer tiempo terminó ocho a cero a pesar de mis esfuerzos por evitar la goleada y cuando generosamente nos ofrecieron cambiar de arquero para probar al suyo contra la propia delantera, pasé a defender el arco italiano mientras mi colega atajaba para nosotros. Los goles que ellos hicieron en el segundo tiempo me reivindicaron: con mi arco ahora invicto quedó claro que no habían sido sólo por mi culpa los ocho pepinos recibidos; nadie tuvo dudas de que la diferencia entre ellos y nosotros era demasiado grande. La venganza recién llegó de la mano de la selección argentina, cuando ganó el título mundial.

VI RELIGIOSIDAD Y BLASFEMIA

Mi seppellisci lassù in montagna...
Me enterrarás allá en el monte...

Después de más de seis meses de estadía en Naviente habíamos conseguido despejar muchas de las dudas y recelos que los compañeros del PCI tenían sobre nosotros y sobre nuestra posición política, sobre todo a partir de la definición tajante y casi principista de la lucha armada como factor determinante de la línea del PRT. Esta posición contrastaba muy duramente con las posturas del Partido Comunista Argentino, que además había calificado a nuestros métodos de lucha y construcción partidaria como ultraizquierdista, foquista y terrorista, en abierto enfrentamiento con los postulados leninistas que asumíamos con firmeza y decisión inquebrantable. Su silencio frente al golpe militar de Videla y el alineamiento automático con el PCUS, que desde Moscú se acercaba a la Dictadura condecorando a sus principales representantes y afianzando las relaciones comerciales con el régimen brutal, nos ubicaba en veredas enfrentadas.

La profundidad del abismo de separación se agigantó con sus denuncias y señalamientos de militantes y combatientes, en un afán inexplicable por congraciarse con los asesinos del pueblo. El Partido Comunista trataba de conseguir una aceptación que legitimara su accionar político. No dudaban en diferenciarse marcando muy claramente su oposición a la lucha armada y proclamando sus postulados de métodos pacíficos cuando el pueblo era masacrado en los centros clandestinos de detención; justificaban el accionar de las bandas terroristas que desde el Estado reprimían con sadismo a los luchadores populares, callando en vez de denunciarlos en una clara demostración de renuncia a los más altos principios políticos y humanitarios que supuestamente estaban pregonando a los cuatro vientos.

Por una especie de alineamiento automático, los compañeros del PCI nos preguntaban sobre la posición del PCA. Al no contar con contactos directos y ante la carencia de actividad tanto en el país como en el campo internacional, donde las denuncias y las tareas de solidaridad eran llevadas a cabo por organismos de derechos humanos en los que el Partido Comunista se negaba a participar, dándole un repugnante respaldo a las posiciones oficiales. La Dictadura intentaba menoscabar esas denuncias manifestando que se trataba de campañas políticas de desprestigio cuando las aberraciones criminales cometidas por los militares en el poder, no sólo en Argentina, sino en Chile, Uruguay y el resto de América del Sur, habían trascendido las fronteras del país.

El contacto cotidiano y las excelentes relaciones con los pobladores fueron ablandando las reservas con que nos observaban y, al acercarse hasta lograr una relación amistosa y

casi fraterna avalada por la opinión de los compañeros del lugar, nos fueron integrando lentamente a algunas de las actividades que realizaban, sobre todo después de arduas discusiones políticas que fueron dejando en claro las notables diferencias entre las condiciones sociales y políticas de los países de Europa y las que se verificaban en nuestros países latinoamericanos. Con el correr de los días acordamos que esas diferencias también presentaban escenarios distintos y por lo tanto exigían métodos de lucha adecuados a cada realidad.

Los referentes partidarios de cada lugar recibían las opiniones de los compañeros que se mantenían en contacto con nosotros y comenzaban a interesarse por el fenómeno que se había creado en torno nuestro y que ya alcanzaba dimensiones que no podían ser desconocidas. El influjo de nuestra presencia y el accionar del grupo en casi toda la zona se había convertido en uno de los acontecimientos más notorios, que era aceptado con simpatía por los sectores más comprometidos con las luchas democráticas y antiimperialistas oponiéndose con firmeza a los intentos hegemónicos del gobierno norteamericano, que no ocultaba su participación directa en la instauración de los regímenes dictatoriales como aberrante sistema para defender sus propios intereses.

Así empezamos a participar en los festivales, verdaderos acontecimientos populares de gran repercusión. En la provincia de Cuneo eran varios los lugares en los que se desarrollaban, con diferentes magnitudes en relación directa a la fuerza de la seccional de la zona y a la influencia que ejercía sobre la población. En general duraban varios días y se hacían en los primeros meses del verano, en lugares abiertos y al aire libre, comenzando al atardecer y extendiéndose hasta bien entrada la noche. El Festival de L'Unità, organizado anualmente por el PCI, se llevaba a cabo simultáneamente en todos los pueblos y ciudades de Italia donde éste tiene alguna presencia. Era una magnífica oportunidad para mostrarse y para que la militancia se movilizara en una gigantesca demostración de fuerza, ya que la principal característica de estos eventos es la masividad de la concurrencia. Cuando llegan las fechas de su realización, una verdadera fiebre de actividad parece contagiar a los compañeros desde los días previos y durante su ejecución, cuando se muestran atareados y entusiastas, preocupados y eficientes. Estas fantásticas quermeses incluían actividades destinadas a la obtención de fondos y contaban con innumerables ofertas de comidas típicas, que iban desde el queso y los salames, pasando por los chorizos y salchichas asadas hasta llegar a increíbles exposiciones de hongos de las más variadas formas y colores, siempre acompañadas de exquisitos vinos regionales y dulces o conservas propias de la región. En el centro del predio era inexcusable encontrar la pista de balloliscio, un claro círculo con piso de madera pulida y rodeado de una baranda donde las parejas giraban incansables en un éxtasis alegre y melancólico. Nos sentíamos flotando en un romántico ambiente que alcanzaba su máxima expresión cuando llegaba el momento de las piezas lentas.

Fuimos varios los que descubrimos entonces las costumbres simples y profundas que se mantenían vigentes en el alma de aquellas personas simples pero de gran compromiso con su sociedad. Los mirábamos con sorpresa y al integrarnos en algún baile nos sentíamos agradecidos y cobijados por esas tradiciones que trascendían los tiempos, mezclando armónicamente a jóvenes y ancianos en una misma pasión por las cosas propias.

Aunque nuestro accionar se reducía a ayudar en las tareas de preparación de las instalaciones y en las labores organizativas, estábamos siempre dispuestos a colaborar en cuantas actividades fuera necesario como apoyo a los trabajos que, con entusiasmo desbordante, impregnaban de frenesí la vida de los camaradas durante esos días. Una vez inaugurado y cuando la satisfacción coronaba el esfuerzo, armábamos un pequeño quiosco para ofrecer algunos trabajos de artesanías, pero sobre todo para distribuir material de denuncia, tarea a la que se sumaban activamente algunos amigos argentinos que, aún sin pertenecer a la organización, se habían integrado de manera muy cercana y participaban con gran interés en las actividades. En general compartíamos con organizaciones chilenas, uruguayas y de varios países africanos el espacio de solidaridad con las luchas de liberación que formaban parte fundamental del festival, y en varias oportunidades integramos paneles de discusión donde debimos defender nuestra visión del mundo y de la lucha en nuestro país. En otras ocasiones la militancia consistía en efectuar alguna presentación en los auditorios debimos compartir con personalidades relevantes del ámbito local y con no pocos de notoriedad internacional.

Los chilenos, recibidos siempre con una deferencia muy particular a partir de las enormes simpatías despertadas por la experiencia de Salvador Allende, que fuera sacudida brutalmente por el golpe de Pinochet despertando amplias muestras de solidaridad, se encontraban a la vanguardia en la calidad y profesionalismo de sus presentaciones. Entre ellos se destacaban los grupos musicales que habían alcanzado gran renombre internacional imponiendo un estilo que los identificaba y que había sido muy bien recibido, cosechando fama y una difusión masiva que les facilitaba el acceso a los escenarios más importantes. La figura de Pablo Neruda y las canciones de Violeta Parra y Víctor Jara se unían a la imagen de Salvador Allende para alcanzar un altísimo nivel de presencia y respaldo. Lo nuestro, con ser mucho más modesto, se vestía con ropajes más políticos para tratar de explicar las razones de las luchas del pueblo argentino y dentro de ellas la participación de las organizaciones armadas.

La coincidencia en estas tribunas con importantes referentes de los principales partidos políticos, especialmente dirigentes regionales y hasta nacionales del PCI y la CGIL²¹, facilita-

²¹ Confederación General Italiana del Trabajo.

ron los contactos personales promoviendo el acercamiento y la convergencia de opiniones que abrieron una corriente de simpatía y preocupación, devenidas en invitaciones recíprocas para conversar en profundidad sobre los temas de interés mutuo: nosotros, convocándolos a acercarse a la escuela para compartir con el grupo y verificar in situ el apoyo de los pobladores; y ellos, a que concurriéramos a los despachos oficiales como invitados.

Su llegada a Naviente no se diferenció demasiado de las reuniones que habitualmente teníamos con los compañeros de base o de las seccionales locales, pero alcanzó una solemnidad impuesta por el hecho de tratarse de funcionarios públicos con rango de diputados, senadores o dirigentes sindicales, que se rindieron sin esfuerzo ante la llaneza del trato y la seriedad del compromiso manifestado por nuestros compañeros, que no soslayaba el contacto cordial combinado con la algarabía inevitable a la hora de las bromas.

A nuestro turno, concurrimos a sus despachos para tener reuniones formales en nuestro carácter de representantes del PRT y tomamos contacto con cada uno de ellos para establecer relaciones entre los partidos, en un gigantesco avance en el reconocimiento de nuestra organización por parte de las más importantes instituciones del estado italiano y de las estructuras políticas de la izquierda. El acceso al palacio legislativo y a las oficinas de los legisladores revistió de formalismo las relaciones políticas que, a pesar de nuestra precariedad material, implicaban un reconocimiento a la trayectoria y las postulaciones del Partido. Sin suponer compromisos de su parte, nos dio mayor impulso y seguridad, legitimando los apoyos solicitados como contribución al sostén de nuestros planes.

Andrea se acercó la escuela de Naviente con el pudor propio de su condición de hombre de campo, llevando entre risas una enorme damajuana rebotante de vino Dolceto de su propia cosecha con la recomendación de trasvasarlo a botellas y tomarlo a temperatura ambiente. Contrastaba su figura tosca y de gran físico con su mirada casi infantil y la sonrisa apenas asomada a un rostro manchado por las psoriasis, entre la barba áspera y despareja; afable, sencillo, simpático en su parquedad, Andrea era un hombre muy directo. Andrea volvía a la escuela casi siempre acompañado de su esposa, Graziela, una mujer de fuerte carácter y muy firmes convicciones políticas, forjadas en una larga militancia en el PCI; Carletto, su padre, un hombre de unos setenta vigorosos años, había participado activamente de las luchas contra el fascismo en esas mismas colinas no hacía demasiados años como comandante partisano. Las anécdotas de los combates y las emboscadas formaban parte usual de las conversaciones estimuladas por nuestro interés y entusiasmo por conocer los detalles. Verdadero personaje épico, era muy respetado por sus vecinos y había logrado transmitirle a Graziela todo su fervor de luchador antifascista, iniciándola en su juventud en la política como activa militante del PCI.

Andrea, el gigante campesino con ojos de niño y barba de titán, sin tener actividad política era igualmente un hombre con fuertes sentimientos progresistas, que apoyaba con entusiasmo las tareas de su mujer como delegada comunista a la Comuna de Dogliani. Y bien, desde el primer día que apareció Andrea mostró su condición de hombre práctico acostumbrado a resolver los problemas a través del esfuerzo y el trabajo. Sabiendo que nuestra condición era muy frágil, no solo en términos legales sino económicos, y que la presencia de mujeres y niños entre el grupo nos hacía más vulnerables en las conversaciones que tuvimos para analizar nuestra situación y la mejor manera de encararla, Andrea planteó que el apoyo solidario que conseguíamos por nuestra actividad política con los pobladores de la zona no debía sustituir a la necesaria tarea material de trabajar para obtener parte del sustento. Ofreció que algunos de los compañeros participáramos en las tareas agrícolas de su pequeña explotación en las colinas de Dogliani.

Concurrí durante varias semanas a trabajar en su plantación de vides ocupándome de tareas inesperadamente complejas como atar los sarmientos, apuntalar los sostenes, cortar las ramas secas, quitar la maleza, emparejar las zanjas, eliminar insectos o limpiar las acequias. Siempre que levantaba la vista veía a Andrea atareado como el que más, sudoroso y empeñado, y al cruzar nuestras miradas tenía un gesto de apoyo por mis esfuerzos frente a la tarea que, con ser simple, me resultaba increíblemente difícil. Cuando nos deteníamos un momento para tomar un sorbo de vino de su infaltable *bottiglione* -siempre complementado con pane, salame e *formaggio*²²- su sonrisa acompañaba los comentarios y consejos acerca de la mejor manera de trabajar para evitar el cansancio, los calambres en las piernas y los dolores, sobre todo de cintura, que la exigencia de pasar muchas horas inclinados sobre los surcos provocaba.

Su interés por el estado de salud de los niños, su preocupación por nuestras necesidades y por la forma en que éramos tratados por las autoridades eran una constante, que siempre expresaba al terminar la jornada y mientras regresábamos a la casa con el reflejo del ocaso sobre las bellas colinas de la Langhe, esos paisajes que inspiraron a Pavese en sus descripciones dulces e intensas: "Una viña sube por la ladera de una montaña hasta incrustarse en el cielo; son unas vistas familiares y, sin embargo, las cortinas de hileras singulares y profundas parecen una puerta mágica. Bajo las viñas está la tierra roja arada, las hojas esconden tesoros, y más allá de las hojas está el cielo. Es un cielo siempre tierno y maduro donde no faltan - tesoros y viñas también - las nubes tupidas de septiembre. Todo eso es familiar y remoto, infantil, para abreviar, pero quema cada vez como si fuera un universo".

Para llegar a Dogliani desde Naviente se debe tomar la carretera que pasa por Farigliano y sube la colina con las típicas curvas y contracurvas propias de los caminos de montaña. La

²² Pan, salame y queso.

subida es bastante abrupta y aunque no se deben sortear precipicios, exige mucha atención a los que manejan, sobre todo en el invierno por lo resbaladizo del pavimento helado. Después de las primeras vueltas, la nevisca y el viento que parecen formar parte de la montaña misma se transforman en una molestia que en ocasiones llega a ser una verdadera amenaza. Hacia fines de diciembre el invierno piemontes muestra todo su rigor y ese día cerca de las siete de la tarde ya era noche cerrada. Dentro del automóvil se había formado una atmósfera mezcla de humedad, frío, y niebla que los limpiaparabrisas transmitían desde afuera.

Nos habían ido a buscar hasta la escuela de Naviente como hacían habitualmente cuando nos ofrecían algún paseo o salida, con la seriedad de quienes asumen una tarea de responsabilidad no exenta de orgullo. Nos querían, nos cuidaban y, casi como quien adopta a un niño desvalido, nos habían tomado a su cargo, incluyéndonos permanentemente en sus propias opciones para llevarnos como compañía, pero también para permitirnos participar de eventos, actos, festividades, o acontecimientos. Así asistimos a conciertos maravillosos ofrecidos en atrios de iglesias, a fiestas patronales, festivales artísticos, mítines políticos, muestras de arte, teatros y exposiciones, incluso a sus reuniones familiares. Generalmente concurríamos dos o tres de nosotros para evitar el abuso y facilitar los traslados.

Esa vez fuimos con Juanita y las niñas apoyados en la clara corriente de cariño que había surgido entre nosotros, y en especial entre las mujeres. Además, en el tiempo en que ayudé a Andrea en el cuidado de sus vides creció un acercamiento como el que nace cuando se actúa en silencio, como hacen los campesinos y sin otro compromiso que el surgido del acto solidario de ofrecer el trabajo y la actitud de esforzarse para retribuir con responsabilidad y seriedad a pesar del desconocimiento y la falta de hábito.

Muchas veces habíamos subido y bajado hasta Dogliani, pero ese día íbamos para los festejos de la Nochebuena.

Graziela manejaba con el cuidado de quien conoce y respeta los riesgos de trasladarse en la oscuridad, por un camino de montaña en una noche de fuerte nevada. Charlábamos de cosas simples y a nuestras preguntas comenzó a responder contando los detalles de la fiesta y de las costumbres populares. Nos sorprendió entonces una mezcla extraña de religiosidad y tradición en sus palabras. Para nosotros Andrea y Graziela siempre habían sido agnósticos acérrimos y anticlericales rabiosos; de ello recibíamos muestras cotidianas a través de la infinidad de blasfemias y modismos repetidos en cuanta ocasión fuera posible propios de quienes eran parte de una vanguardia con firmes raíces marxistas y militancia muy activa en las diversas expresiones de la izquierda política y sindical.

La última curva enfrentaba al camino con la parte posterior de la catedral y obligaba a un rodeo. Bordeándola se abría a la plaza principal sobre el frente de este inmenso y majestuoso edificio del siglo XVI que, con sus portones abiertos de par en par, se preparaba para la ceremonia. Desde los ventanucos de vitreaux que rodeaban su enorme cúpula salían unos

rayos de luz que creaban un ambiente casi fantasmal, mientras un reflector apuntaba directamente sobre la cruz que la coronaba. Las luces de la plaza tenían ese halo irisado que produce la bruma húmeda y fría de la noche cuando recién ha dejado de nevar y todavía caen algunas agujas de lluvia congelada que vuelan y parecen preferir las farolas para arremolinarse a su alrededor.

Hacía frío y las calles estaban extrañamente vacías, como esperando una orden para dar comienzo a la fiesta. Todavía era la hora de la cena y a pocos metros de allí, en el corazón del centro histórico donde estaba la casa de Graziela, nos esperaban con la mesa tendida. Siempre que íbamos a la casa de alguno de ellos, los platos especiales preparados para la ocasión se vestían con la forma de verdaderos agasajos, pero esa noche adquirían el relieve de ser víspera de un acontecimiento. Todos se veían muy atareados, especialmente Andrea, quien tenía una participación muy particular en el evento y debía prepararse. En nuestra ignorancia e incredulidad no terminábamos de comprender de qué se trataba todo aquel frenesí alrededor de una fecha con connotaciones religiosas, que en esa etapa de nuestra vida nos provocaba no pocos sentimientos de rechazo.

Cerca de las diez de la noche y habiendo finalizado la cena en el clima de cordialidad y camaradería infaltable entre nosotros, con la calidez del calor de las estufas y los sabores magníficos del exquisito vino casero, notamos en las calles los rumores propios de la fiesta que comenzaba. Andrea había desaparecido y Graziela nos invitó a salir. Con abrigo, guantes y bufandas nos unimos a la gente que llenaba las veredas mientras notábamos que las luces eléctricas eran reemplazadas por grandes antorchas encendidas en las esquinas, logrando una media luz a pesar de la oscuridad propia de lo avanzado de la noche. Todas las puertas se encontraban abiertas de par en par, dejando ver el interior de las casas donde las personas entraban y salían con un movimiento más propio de una representación teatral que de la vida real.

Dogliani ya no era la que conocíamos. Parecía haberse transformado en un pueblo Palestino de la era romana donde la gente, aún siendo la misma y moviéndose con naturalidad dejaba ver algo especialmente preparado para la ocasión. Las calles estaban adornadas con guirnaldas de flores, banderines de colores, baldaquinos y estandartes. Mientras tratábamos de comprender lo que estaba pasando notamos que los vecinos y conocidos saludaban alegremente y con un dejo de complicidad a Graziela, que caminaba a nuestro lado charlando despreocupadamente. De pronto comenzamos a notar que las personas iban vestidas con ropas, sandalias y túnicas a la usanza de los romanos y el tráfico se transformó en un ir y venir de carromatos, mulas y caballos. Vimos con sorpresa mujeres montadas en asnos, niños arreando mulas cargadas con bultos, hombres que balanceaban sobre sus hombros pértigas que sostenían cestas llenas de frutas y verduras. Se los veía sonrientes, entusiastas y felices. En una choza se reunían las personas y Ana y Amanda, aferradas a nuestras ma-

nos, felices y asombradas por lo que veían nos mostraban a los tres reyes magos que caminaban muy despacio. Había vacas, gallinas, patos y conejos y al acercarnos con curiosidad, alcanzamos a ver en el interior de la choza a una pareja pobremente vestida y a un bebé sobre una cuna de paja.

Por una esquina apareció al galope un soldado romano con pechera de cuero, taparrabos a tiras y flecos, casco emplumado y espada a la cintura que se nos acercó sonriendo sofrenando su rocín. Mientras se inclinaba desde la altura de su cabalgadura para tendernos la mano descubrimos que era Andrea, el gigante campesino progresista esposo de la delegada comunista a la comuna y yerno del comandante partisano, participando con jovial entusiasmo del pesebre viviente para celebrar el nacimiento de Jesubambino.

Desde Cuneo la actividad de Reno alcanzaba niveles épicos, con un ritmo afiebrado que no mostraba signos de decaimiento. Sus reuniones con organismos oficiales, cámaras empresarias, cooperativas de trabajo, instituciones sociales, comités de la resistencia, asociaciones partisanas, funcionarios de gobierno y hasta dignatarios de la iglesia tenían un frenesí contagioso que obtenía resultados maravillosos en términos de ayuda solidaria y difusión de nuestra presencia. Los aportes en dinero que conseguía con su acción incansable los utilizábamos para efectuar compras de productos, complementando las donaciones en especie que recibíamos como otras formas concretas en que se materializaba la ayuda de los sectores más sensibilizados por nuestra condición de luchadores sociales.

Teníamos un economato a cargo de Luis, quien se encargaba de todos los temas referidos a la administración de los alimentos, productos de tocador y limpieza, ropas de cama y abrigos personales, que eran prolijamente asignados de acuerdo con las existencias y las necesidades de cada uno. Su tarea no se reducía exclusivamente al trabajo burocrático de contar y distribuir sino que mostraba un costado mucho más dinámico y con un importante componente político, que consistía en concurrir a aquellos organismos donde Reno y otros compañeros concertaban encuentros y visitas a establecimientos, fábricas o depósitos para plantear nuestras necesidades, siempre en el marco de los planes en ejecución y desplegando en cada ocasión la línea del Partido, con informes referidos a las luchas en el país y las duras condiciones en que se llevaba a cabo la resistencia contra la Dictadura.

La tarea daba frutos extraordinarios, consolidando nuestra condición de revolucionarios en etapa de preparación y consiguiendo que la sensibilidad y solidaridad giraran lenta pero seguramente hacia posiciones de apoyo a la propuesta política, legitimando ante los partidos políticos, sindicatos e instituciones la presencia del Partido como referente válido en la lucha contra la Dictadura y el fascismo en Argentina. En muchas ocasiones Luis se alternaba con otros compañeros o concurrían en conjunto para cubrir con mejor atención las demandas de

discusión política que se presentaban en esos casos. Siempre se hacía hincapié en diferenciar la ayuda que recibíamos como apoyo solidario a la lucha revolucionaria de la que pudieran venir como muestra de sensibilidad caritativa, que era rechazada sin ofender pero con firmeza como las colectas que en ocasiones se impulsaron en parroquias o iglesias.

Frigoríficos faenadores de carnes vacunas, equinas o de cerdos y carneros, competían sanamente con empresas elaboradoras de productos lácteos, huevos y pollos, además de depósitos de productos de almacén, distribuidores de artículos de tocador y limpieza o bodegas, para brindar su conmovedor apoyo solidario. Así recibíamos asignaciones periódicas de raciones de leche y quesos; pan, frutas y verduras; fideos y arroz; azúcar, aceite y sal; lentejas, porotos y garbanzos. Todos aportes solidarios conseguidos en nuestras visitas a los centros de producción y por la acción de los representantes sindicales, o directamente en acuerdos alcanzados con los administradores que pudieran recibir con simpatías las explicaciones sobre las condiciones de nuestra estadía y las razones de nuestra lucha.

Muchos de ellos respondieron con simpatía a las invitaciones y concurrieron solos o en delegaciones hasta la escuela para conocer a todo el grupo y manifestar directamente su apoyo, además de verificar de manera fáctica el verdadero destino de sus aportes. Siempre llegaban un tanto cohibidos, sin saber con qué se encontrarían, pero bastaba que sintieran las muestras de afecto y agradecimiento para que dieran rienda suelta a sus inquietudes referidas al deseo de conocer las motivaciones políticas que nos impulsaban y aflojaran sus tensiones al comprobar la magnífica calidad humana de los compañeros. Uno de los contactos que mostró mejor predisposición fue un frigorífico operado por una cooperativa de trabajadores de un pueblo cercano que faenaba pollos. Esta empresa mediana atendía las necesidades de los restaurantes proveyendo cortes que distribuía con vehículos refrigerados, portando pequeños cajones rebosantes de pechugas, muslos y patas destinados a engalanar los menús más elegantes y sofisticados o a convertirse en el relleno de simples y elementales sándwiches. En una visita programada concurrimos al establecimiento desplegando la estrategia habitual y encontramos un eco realmente conmovedor por parte de los trabajadores propietarios de la cooperativa, que mostraron un interés particularmente expectante por encontrar la mejor forma de colaborar. La reunión se extendió con el recorrido por las instalaciones y depósitos mientras escuchábamos atentamente la explicación de los procedimientos de industrialización y respondíamos a las inquietudes referidas a la situación en Argentina, que incluyó alguna ingenua pregunta acerca de nuestro eventual conocimiento de parientes de algunos de los trabajadores emigrados después de la guerra, para lo que nos brindaban informaciones como sus apellidos o la localidad donde residían, desnudando en toda su dimensión lo difícil que les resultaba asimilar las formas de vida en las mega ciudades latinoamericanas y las magnitudes de la inmensidad de los territorios de aquellos países, en

contraste con sus pequeños pueblos donde lo habitual era el conocimiento de todos los vecinos, incluyendo sus apodos familiares.

Finalmente resolvieron donar varios cajones de alitas de pollos. Nos las entregarían con su camión refrigerado en la mismísima escuela de Naviente una vez por semana. Resultaba obvio que estas alitas no formaban parte de los principales productos, por lo que podrían garantizar su envío durante un largo período. Las dos alitas estaban unidas por el cogote, formando una especie de aladelta compuesta por mucha piel, huesos y algo de carne, sobre todo cerca de su unión con las pechugas extirpadas mostrando algunas hebras blancas sobrevivientes del corte.

La noticia fue recibida con algarabía y los equipos de cocina comenzaron a pensar comidas que incluyeran este extraordinario aporte, hasta que llegó la ocasión de invitar a un numeroso grupo de amigos y compañeros italianos a compartir una cena. La brigada de cocina que estaba de turno se esmeró aplicando lo mejor de las recetas conocidas e incluso elaborando algunas de la propia cosecha. Cuando llegó el momento comenzaron a desfilar uno tras otro acercando a la mesa bandejas con alitas de pollo al horno con papas, a la cacerola con salsa de tomates, empanizadas a la milanesa, en escabeche, acompañadas con ensaladas y guarniciones de verduras cocidas que fueron colocando prolijamente sobre la gran mesa. Los más de cincuenta comensales que se apretujaban en torno esperaban con ansiedad frente a las copas llenas de vino y los panes crocantes recién calentados. Un aplauso siguió al silencio que provocó la espectacular presentación y comenzaron a servirse los platos hasta que en medio del murmullo se escuchó la voz del pequeño Luca pidiéndole a su mamá Lucia:

-lo voglio una gamba!²³

A lo que Chela, con su agilidad reconocida y antes de que la mamá pudiera responder, dijo con su voz alta y clara, que escuchamos todos:

-Gambe non ce ne sono piu, restano soltanto le ali!²⁴.

Menos el niño, todos sabían de la donación recibida, por lo que la explosión de risas y comentarios irónicos le pusieron un marco gracioso a los halagos conquistados por los cocineros, que habían logrado transformar los raquíticos aditamentos voladores en verdaderos manjares. Algunos meses después, y cuando ya nos habíamos ido dejando nuevamente la escuela abandonada, aunque con los ecos de nuestro paso todavía presentes, ese mismo niño se quejaría con su papá diciéndole que se aburría en el pequeño pueblo por no tener muchas cosas para hacer, agregando con melancolía:

-Non ci sono neanche più gli argentini!²⁵.

²³ ¡Yo quiero una pata!

²⁴ ¡Patatas no hay, sólo quedan alas!

²⁵ ¡No están ni siquiera los argentinos!

Siguiendo las tradiciones del lugar, una vez que se había dado cuenta de la comida llegaba el turno de los quesos y Plis, un magnífico compañero italiano a quien poco después la muerte le privó de vivir sus años mejores, recordó a los presentes que había traído algunos quesos elaborados por la cooperativa de la que era activo participante, un arco de paladares exquisitos que requerían, según las precisas indicaciones de los lugareños, ser realzados con el tipo de vino adecuado para conseguir el más alto nivel de placer en su degustación: los más suaves debían aparejarse con el dolcetto, los de sabor más contundente requerían del barbera y los definitivamente sofisticados solo aceptaban el extraordinario barolo. Las discusiones y apreciaciones sobre la calidad de estas combinaciones, que formaban parte del folclore del lugar, eran observadas por nosotros sin captar en su totalidad el significado de los gestos, al paladear chasqueando la lengua, o al mencionar el exceso de frío de las botellas.

Fue avanzando la velada cuando Mini propuso atacar el producto más exquisito del pueblo. Captada la atención se puso de pie y destapó un recipiente que contenía una pasta amarillenta de olor pestilente y casi revulsivo, tal era su contundencia. Con movimientos lentos y solemnes tomó una rodaja de pan, la untó con la pasta y la comió con un gesto de satisfacción que nos paralizó. Tomó un sorbo de barolo y lo pasó a su vecino más cercano sentándose reconcentrado en el sabor de su boca. Algunos se animaron, pero cuando dio la vuelta completa a la mesa el recipiente se mostraba casi lleno, en tanto que el vino de las botellas había desaparecido completamente. Así tuvimos nuestra oportunidad de conocer una auténtica horma de Tuma, el queso más típico de la zona, de masa blanda y blanca, elaborado a base de leche de oveja con un bouquet no muy definido que alcanzaba su mejor performance cuando era saborizado con diferentes especias, y que había alcanzado su mejor momento tras estar estacionada durante varios meses en la cantina de la cooperativa.

La mujer de Ricardo, María Rosa, tenía un carácter festivo con cierto dejo irónico, que la hizo rápidamente afín con las maneras permanentemente bulliciosas que la vida en grupo imponía a nuestra convivencia. Era común verla llegar sonriente y sentarse para charlar con cualquiera de nosotros que estuviera dispuesto a compartir un rato. Extrañamente para los hábitos recatados del lugar, se prestaba al trato familiar tan común en nuestras costumbres. Su condición de obrera textil la imbuía de las características propias de quien está habituada al trabajo duro, imponiéndole un trato franco y directo que contrastaba abiertamente con el de Ricardo, un representante genuino del piemontés cabal, siempre parco y medido en sus expresiones pero serio y responsable al tiempo de los hechos. Con sus silencios fue ganando espacio en nuestra consideración por la fuerza de su coherencia, que se manifestaba sin fisuras en un pensamiento claro y transparente y una acción encaminada sin vueltas a resolver problemas con eficiencia y practicidad.

La formación política de Ricardo no parecía a la altura de otros compañeros con mayor vuelo teórico, pero su consistencia ideológica quedaba expuesta en el apoyo sin titubeos a las propuestas que se identificaban con la defensa de los intereses de los trabajadores. Hombre laborioso, de una rectitud y honestidad intelectual intachable, percibió nuestro desconcierto al llegar y no dudó en implicarse con firmeza para colaborar activamente en la solución de todos los problemas relacionados con nuestra instalación, sin dejar de lado en ningún momento sus puntos de vista acerca de la necesidad de considerar al trabajo como un elemento primordial que debe caracterizar a los hombres comprometidos con las causas de la libertad y la justicia social.

Casi todas las noches se desviaba de su recorrido habitual hacia Farigliano, para entrar en Naviente y detenerse en la escuela a compartir un momento y preguntar si hacía falta algo. Con su andar cansino, como esforzándose para empujar su cuerpo macizo a pesar de su juventud, parecía siempre pedir permiso cuando se acercaba detrás de su sonrisa cordial, que predisponía al encuentro íntimo y casi susurrado de pocas palabras. De todos, era quien más utilizaba el piamontés, que en su decir se hacía todavía más cerrado y dificultoso para quienes, como nosotros, hablábamos con la boca muy abierta y en voz alta, a pesar de lo que pudimos aprender de él muchas palabras y expresiones, generalmente relacionadas con maldiciones y juramentos que tenían a algún representante de la religión como destinatario inevitable. Era capaz de enhebrar una retahíla inacabable de blasfemias y a la hora de competir con los otros amigos italianos, su capacidad inagotable para crearlas y decirlas a velocidad de rayo y sin repetirlas era insuperable. Las que alcanzábamos a entender, en medio de sonidos y palabras casi guturales para nuestros oídos, se referían a la virgen en términos como Diu Faus, Madonna Puttana o Porca vaca.

Acérrimo anticlerical, conocía en detalle las condiciones acústicas de las iglesias de los alrededores donde concurría habitualmente, no para serenar su espíritu ni pedir consuelo, sino para escuchar los magníficos conciertos de órgano que ejecutaban músicos del lugar. En varias oportunidades nos llevó a estas maravillosas sesiones de arte desarrolladas en los atrios más fantásticos que hubiéramos conocido. Generalmente se presentaba al atardecer para comentar de un concierto que se llevaba a cabo en algún templo cercano, y con cierto recato nos invitaba a acompañarlo, tras lo que recorriamos en su auto el camino siempre fascinante de las colinas en la noche, para llegar al lugar y encontrarnos ante el impacto inevitable de una construcción, que desde el medioevo nos incitaba a entrar con sigilo para encontrarnos en medio de un ambiente sobrecogedor, no precisamente por el aura espiritual o religioso que pudiera emanar, sino por la presencia de las personas que sentadas en los bancos reclinatorios no concurrían a orar, pero igualmente generaban un clima religioso en comunión con la música que se elevaba desde el balcón, donde los tubos del órgano expelían los sonidos magistralmente combinados desde el teclado. El músico siempre de espaldas e

invisible para quienes oíamos, transmitía su mensaje hasta el centro de nuestra sensibilidad interpretando las tocatas y fugas de Bach, involucrando al conjunto en una unión respetuosa tornando útiles, por primera vez para nuestras herejías, a esos monumentos majestuosos destinados a la fe y al sometimiento, que sentíamos tan ajenos.

Al regresar, siempre notábamos la sonrisa de Ricardo que aventaba sus temores sobre nuestro gusto por su propuesta. La fascinación que sentíamos expresada en agradecida e incontenible verborragia lo colmaba de placer, contrastando con sus pocas palabras que nos acercaban hasta galvanizar nuestros afectos, a la vez que lo hacía sentir conforme por haber cubierto un espacio que parecía inexistente cuando en la escuela se trataban acaloradamente los temas políticos.

Los dos hacían el mismo camino y llegaban para cumplir con sus obligaciones montados en sus bicicletas. Partían desde Farigliano, cada uno con su uniforme, y mientras el cura se esforzaba pedaleando con fiereza, sin aprovecharse de la suave inercia que le permitía acercarse siguiendo la pendiente de la colina, que se prolongaba bordeando el curso del Tanaro hasta la propia puerta de la capilla, varios metros dentro de Naviente, el otro se deslizaba suavemente y parecía absorber el paisaje.

El cartero venía sólo cuando era necesario. Cada vez que tenía alguna carta se acercaba casi sin pedalear, con su bolsa de cuero en banderola y pensando consternado que a la vuelta la pendiente se volvía ascendente. Su edad indefinible lo confundía con el paisaje y su atuendo azul, un poco gastado por el uso, lo identificaba más que el ostentoso cartel impreso en su gorra y repetido sobre su cartera semivacía. Su paso obligado por delante de la escuela hizo que al cabo de un tiempo se transformara en un personaje conocido y la reiteración de saludos y manos agitadas a su paso fue acompañado muchas veces de una detención innecesaria, pero simpática y afectuosa, con el solo objeto de intercambiar algún augurio.

Juan Carlos era el nombre que nuestro profesor de economía política había elegido para llegar a Naviente, y además de muchos conocimientos sobre esa materia, tenía un carácter jovial, con gran sentido del humor y muy afecto a las bromas. Más bien bajo, de cabello rubio y enrulado, siempre encontraba oportunidad para sus salidas jocosas que provocaban la hilaridad de todos. Militante con gran experiencia en el Partido, formaba parte de aquellos que pugnaban por quitarle ceremoniosidad a las relaciones entre los compañeros y facilitar el trato distendido, sin abandonar la responsabilidad al momento de asumir las tareas. Como todo petiso era muy movedizo y estaba siempre atento a encontrar la ocasión para organizar alguna jugada simpática, por lo que no escapó a su perspicacia la presencia del empleado postal.

Al verlo llegar, lo saludó sabiendo que regresaría desde el final de la calle apenas unos minutos después y se dispuso a preparar una de sus operaciones. Sobre el mediodía soleado

apareció caminando, llevando del manubrio su bicicleta y enjugándose el sudor de la frente, hasta acercarse a los escalones de la entrada a la escuela para apoyarla y sostenerla con los pedales trabados sobre el de más abajo, cuando abriendo la puerta salió apurado Juan Carlos y agitado le comentó que esperaba una carta desde Buenos Aires. Sorprendido, el cartero le contestó que no traía ninguna pero que verificaría a su llegada a la oficina del correo en Farigliano, y en caso de novedades se la alcanzaría de inmediato, para lo que necesitaba conocer su nombre completo, a lo que contestó: Juan Carlos Laguna.

A partir de ese día, cada vez que el cartero llegaba a Naviente y después de todo su recorrido por la larga calle que entraba y salía del caserío, se encontraba invariablemente con la pregunta de Juan Carlos que le decía:

-¿Y?

A lo que contestaba:

-Laguna niente!²⁶

Cuando terminado el curso de economía política Juan Carlos se fue, el cartero, al dejar de verlo en la puerta, se acercó a preguntar por él. Ante nuestro comentario de su alejamiento definitivo se lamentó por no haber podido entregarle la tan esperada correspondencia. Pero a pesar de ello cada vez que pasaba por delante de la escuela, y aunque no hubiera nadie en la puerta, siguió gritando durante un tiempo:

-Laguna niente! Laguna niente!

El cura venía todos los domingos después de dar la misa en la iglesia de Farigliano para reiterar el rito en la pequeña capilla naviantina. Al paso de su bicicleta, con la sotana recogida sobre las rodillas y su sombrero hundido hasta las orejas, los pocos feligreses se enteraban de su llegada y se aprestaban a acercarse para participar de la celebración. En nuestros quehaceres, los veíamos pasar andando apresurados para evitar el malhumor del sacerdote que se irritaba si veía su capilla desierta a la hora de dar comienzo a la misa. Después de confortar el espíritu de su rebaño regresaba siempre apresurado, pasando velozmente por delante de la escuela y respondiendo al saludo de cualquiera de nosotros que circunstancialmente se cruzara con él.

Un día nos sorprendieron sus golpes en la puerta. Al abrir lo vimos sudoroso y agitado, con sus dos manos tomadas sobre el regazo. El embarazo fue mayor para nosotros, que no sabíamos como enfocar el encuentro, y sólo atinamos a invitarlo a pasar. Sin muchas vueltas y luego de intercambiar saludos, nos dijo que un grupo de señoras del lugar le habían requerido sus servicios para bendecir la escuela y a sus ocupantes, en una muestra de preocupación que nos enmudeció. Eran alguna mujeres mayores, madres muchas de ellas de nuestros amigos y compañeros, que mantenían con firmeza sus creencias, a pesar de la re-

²⁶ ¡Laguna, nada!

beldía de sus hijos enfrentados abiertamente con sus tradiciones; las provocaciones e ironías de éstos sólo eran dejadas de lado frente a las admoniciones maternas. Ellas eran quienes nos acercaban, sin delatarse, los dulces y conservas elaboradas con técnicas familiares en esas cocinas tan acogedoras donde reinaban sin oposición. Y ahora ellas mismas, no hacían más que expresarnos su amor con los elementos que a su entender mejor lo contenían, apelando al poder más fuerte que podían concebir, que era el del mismísimo Dios.

La propuesta tuvo tal contundencia que nos hizo dejar de lado nuestras reticencias y aceptar sin retaceos el ofrecimiento. Dijimos que nos gustaría que de la ceremonia participaran las señoras, a lo que el cura respondió que en una hora regresaría con los elementos necesarios. Detrás de su partida quedó flotando una extraña sensación mezcla de crispación e incertidumbre, que se fue aflojando al comprobar la muestra de consideración que estábamos recibiendo, más allá de nuestro rechazo visceral al contacto con la iglesia.

Puntualmente llegaron y fueron aceptando nuestra invitación a pasar, parándose tímidamente en el pasillo sin atinar a adentrarse y dando pequeños pasos, acompañándose mutuamente con sonrisas tímidas, mientras entraban a la cocina. Mientras esperábamos la llegada del sacerdote la tensión fue dejando paso a la cordialidad y las charlas sobre los niños, las comidas y las incomodidades. A nuestros agradecimientos por los obsequios se sumaron la confesión de nuestras carencias a la hora de la fe.

El cura llegó acompañado por un niño y ataviado con las ropas ceremoniales blandiendo el esparcidor de agua bendita. No se lo veía muy a gusto pero, decidido a terminar rápidamente con su tarea, nos pidió que lo guiáramos por las instalaciones. Mientras comenzaba con los cánticos rituales fue echando agua bendita sobre cada uno de los recintos, que recorría seguido por las mujeres que respondían a sus oraciones. Su encuentro con el gran mural de Lenin en la sala de estudios no lo inmutó, y con un gesto de mayor firmeza sacudió su mano, mojando la cara y el cuerpo del gran revolucionario. Al retirarse, cumplió con su obligación de invitarnos a concurrir a su capilla, sabiendo que era completamente inútil.

VII AMOR MILITANTE

Sotto l'ombra di un bel fior...

A la sombra de una flor...

Dos grandes corrientes inmigratorias llegaron desde Europa a la Argentina y en ambos casos se trató de gente expulsada por las difíciles condiciones de vida que en cada ocasión sufrieron sus países. Obreros, campesinos, artesanos, comerciantes, intelectuales cruzaron el océano hasta la otra parte del mundo para intentar continuar con sus vidas. Polacos, rusos, alemanes, árabes, portugueses, yugoslavos, armenios, pero sobre todo españoles e italianos arribaron a la Argentina después de cada gran guerra. Algunos fueron con sus familias, otros mas jóvenes las construyeron en su país de adopción, pero todos llevaron consigo sus hábitos y sus idiomas, conformando un nuevo lenguaje hecho de la mezcla de todos ellos, superpuestos sobre el castellano, que en el origen se había implantado por la fuerza desde los tiempos de la colonia como sustituto imperial de las lenguas aborígenes.

La italiana fue una de las corrientes más poderosas, tanto por el número de personas emigradas como por la fuerza de sus tradiciones y participó activamente de los acontecimientos más importantes de la historia reciente, que alcanzó en los años setenta un momento de excepcional trascendencia. En esos años los sectores más dinámicos de la sociedad estaban formados por hijos o nietos de aquellos inmigrados, que abandonaban rápidamente las viejas costumbres para adoptar las nuevas pautas de vida del país en el que habían nacido y al que estaban tratando de mejorar.

Era muy común escuchar a los italianos hablar con palabras argentinizadas, pero manteniendo una cadencia muy particular que se expresaba principalmente en las terminaciones que le daban a casi todas y que generalmente finalizaban con la letra e. Para decir pan decían pane; para caminar, camminare; para comprar, comprare; para salir, salire; para comer, comere; etcétera, en un esforzado intento por asimilarse a los hábitos de su nuevo país. Eso también ocurría con el resto de las comunidades, pero la italiana se imponía por la potencia de su cultura y por la contundencia de su penetración cubriendo casi todos los ámbitos de la Argentina, pero especialmente los relacionados con el trabajo y la vida en los barrios.

A nuestra llegada a Italia, tan tumultuosa como inesperada, llevamos junto con el empuje arrollador de la juventud y la soberbia de pertenecer a las legiones de revolucionarios que por todo el mundo combatían en pos de un destino luminoso para la humanidad, la creencia de que con agregarle una letra e al final de cada palabra podíamos hablar italiano casi a la perfección. Sólo la extraordinaria calidez del fraterno recibimiento nos hizo comprender, de a poco, que manejar una lengua milenaria era mucho más complejo. Para quienes tuvi-

mos el privilegio de integrar los planteles de las escuelas, el aprendizaje fue acompañado por la serena persistencia de los camaradas italianos que nos enseñaban, corrigiendo con paciencia nuestros exabruptos. Pero para aquellos compañeros que viviendo en otros países se acercaban a la escuela, la forma de comunicarse con los italianos continuaba siendo el simple procedimiento de agregar la e al final de cada palabra.

Casi todos los compañeros que llegaban lo hacían para cumplir alguna misión y en muchos casos se trataba de miembros de la Dirección que ejercían sus funciones de consolidación política y cohesionamiento organizativo, pero que también eran exhibidos por nosotros ante los funcionarios y camaradas italianos como forma de demostración de estructura y organización.

En los encuentros organizados, sus palabras eran muy requeridas y generalmente derivaban hacia una explicación de la conformación social de la Argentina y de las características de las organizaciones políticas que actuaban, pasando inevitablemente por una rápida visión histórica donde siempre el elemento más difícil de describir era el fenómeno del peronismo. La irrupción en la escena social y política del país de este movimiento, que desde la visión del progresismo europeo se asociaba con ligereza al fascismo, se transformaba siempre en el tema de mayor atención e interés, pretendiendo encasillarlo en las categorías tradicionales de la izquierda y la derecha. En nuestras tortuosas explicaciones tratábamos de ubicarlo en su real contexto, como un movimiento de masas en busca de sus reivindicaciones, al que los partidos de izquierda no lograban representar, sobre todo el PCA que se mantenía intentando imponer metodologías y conceptos teóricos elaborados en países con condiciones muy diversas, pero alejados de la realidad de estos sectores que pugnaban por obtener una participación mayor en el reparto de las riquezas. El surgimiento de las organizaciones armadas intentaba darles respuesta a estos interrogantes, uniendo la línea política del socialismo con las características específicas de los anhelos de los trabajadores argentinos.

En una de estas visitas llegó Leopoldo desde España en su condición de miembro de la Dirección del Partido a cargo del desarrollo de las escuelas. Rápidamente se sumó a la tarea de consolidar las relaciones con los organismos italianos, repitiendo el procedimiento de intentar explicar las causas de la supremacía del peronismo por sobre el PCA en su influencia sobre el movimiento de masas y las estructuras de la clase obrera. Éste continuaba siendo el principal punto de atención y se transformaba en una cuestión un tanto irritante para todos los compañeros italianos, que muy cerca del PCI no comprendían las características de este movimiento que, sin forma ni ideología, constituía una parte trascendente de la historia del movimiento obrero argentino. Trataban de comparar la experiencia argentina con la chilena, donde el PC y el PS eran partidos muy consolidados manteniendo el modelo tradicional de las sociedades europeas, pero chocaban con este fenómeno que tratábamos infructuosamente de explicarles.

En una de estas acaloradas reuniones, donde las palabras se derramaban en cantidades exorbitantes en un intento por conseguir algún camino que condujera al entendimiento de lo que se trataba de explicar, Leopoldo relataba los acontecimientos históricos que dieron origen al peronismo, reiterando el nombre de Perón pero italianizándolo como Perone, en un vano esfuerzo por llegar a nuevos recursos de entendimiento para explicar en todos sus detalles la compleja conformación de la sociedad argentina de los últimos años. Luego de varias horas de charlas, aclaraciones y explicaciones decidimos ponerle punto final al tema, al menos por ese día, y el silencio que se produjo después de los denodados esfuerzos por asimilar que habían agotado la capacidad de las neuronas italianas, mareadas en su intento por asimilar lo que se exponía con contundencia y firmeza, la reflexión un tanto lastimosa de uno de los compañeros italianos que con más interés había participado nos dejó sin habla:

-Ho capito tutto, ma chi è questo Perone?²⁷

Nunca supimos bien porqué venían, pero cada tanto llegaban a la escuela. Lo hacían probablemente atraídos por los ecos de nuestra actividad, que dentro del Partido había adquirido una dimensión muy grande como un alto logro de consolidación militante. El trabajo en la escuela nos cohesionaba fuertemente, manteniendo con firmeza y entusiasmo la actividad organizativa como muestra acabada de compromiso con la línea partidaria y con la decisión inquebrantable de regresar fortalecidos para retomar la actividad política.

El Partido en el exilio mostraba debilidades extremas, tanto por las enormes dificultades que encontró para funcionar de manera integrada dada la dispersión geográfica que había esparcido a sus miembros por medio mundo, como por el hecho incontrastable de la lejanía del lugar donde debía actuar, lo que le impedía contar con análisis precisos para definir su línea. La falta de acción agotaba la capacidad de los compañeros, minando su moral y llenándolos de inseguridades y recelos sobre las posibilidades reales de supervivencia del Partido como herramienta válida para continuar la lucha revolucionaria. Los miembros de la Dirección viajaban permanentemente, en un intento esforzado por sostener la estructura orgánica y exhibían nuestro trabajo en las escuelas como ejemplo de afirmación ideológica, mientras preparaban nuevos contingentes para darle continuidad al programa de formación de cuadros.

De modo que las escuelas, y entre ellas la de Naviante, se habían constituido en un polo de atracción. Eran muchos los compañeros que viajaban desde otros países para conocerlas y no faltaron los casos de visitas de algunos que llegaron desde Argentina, arrancados de las cárceles de la Dictadura por la acción solidaria de los organismos internacionales, trayendo el mensaje de solidez y firmeza que desde las prisiones, enviaban quienes resistían en condi-

²⁷ Entendí todo ¿pero quien es este Perone?

ciones muy difíciles y que, habiendo recibido los ecos de nuestra acción, nos impulsaban a continuar sin desmayos hasta lograr la reinserción del Partido en el país.

Paco había conocido la dura experiencia de la cárcel en más de una oportunidad. Desde su paso por la universidad, mostró una gran decisión en la defensa de los derechos de los más humildes, trabajando en organizaciones de solidaridad hasta que se incorporó al PRT para alcanzar su más alto compromiso revolucionario. Participante activo en la organización de la toma del penal de Villa Devoto, donde se encontraba preso hacia los inicios de los años 70, había sido uno de los baluartes en la transformación de ese penal en una verdadera escuela de unidad revolucionaria y de conducción política. Desde el interior de la unidad carcelaria participó en la operación para apoderarse de la dirección de la cárcel en coordinación con las organizaciones populares, que desde el exterior presionaban al por entonces elegido gobierno de Héctor J. Cámpora para que éste se hiciera eco de las proclamas llamando a todo el pueblo para desarrollar un gran frente de unidad que impulsara la lucha definitiva en procura de las más sentidas reivindicaciones democráticas en la República Argentina. El creciente entusiasmo producido por la liberación en medio del gran auge de actividades sociales y políticas lo llevaron a continuar con sus actividades militantes, hasta que nuevamente fue apresado y confinado en Rawson, la tenebrosa cárcel de máxima seguridad del sur argentino, que se convertiría en un hito de la represión con la masacre de los revolucionarios que intentaron fugarse en el año 1972. Pese a la ferocidad que sufrió en esa cárcel, sólo superada por los campos de concentración de la dictadura videlista, Paco se fortaleció más aún hasta que, luego de deambular por celdas y calabozos que lo llevaron a conocer los más oscuros rincones de las mazmorras, fue expulsado del país.

En Roma, Paco debía hacerse cargo de la representación del Partido en sus contactos con los partidos políticos, los sindicatos, la iglesia, los organismos internacionales y de solidaridad, a la vez que ocuparse de difundir las denuncias sobre la Dictadura argentina y sus crímenes en cuanto foro fuera posible. Pero yo lo conocería recién cuando visitó la Escuela de Naviente para intercambiar experiencias con los compañeros que tratábamos de formarnos como cuadros revolucionarios a través del estudio y el contacto con la historia y los protagonistas de la lucha antifascista italiana. Apenas llegó me impactó su simpatía desbordante y su sentido del humor, tan distantes de mi permanente refugio en espacios de intimidad. Lo recibimos con alegría por su histrionismo desbordante, que llenaba de jolgorio las reuniones sin opacar la seriedad y responsabilidad con que se interesaba por nuestras actividades. Los informes que brindaba sobre el progreso de las tareas de solidaridad y de denuncias, además de las noticias que traía de los compañeros que se encontraban en distintos países, no desentonaban con sus dichos salpicados del portugués por su amor a Brasil, con una mezcla chispeante del sabor caribeño que traía de su exilio en Venezuela y de los acentos guaraníes venidos de su infancia en Paso de los Libres.

En aquellos días se hicieron famosos sus “Do de Saxo”, que siempre acompañaba con un movimiento de pierna mientras imitaba el meneo de un músico, y que utilizaba para refrenar alguna salida jocosa. O cuando queriendo marcar el exceso de verborragia de alguien se tocaba el cuello mientras decía entre risas:

-¡Garganta de acero inoxidable!

También llegaban personajes que, sin estar ligados orgánicamente al PRT, eran figuras simpáticas que habían logrado alguna relevancia internacional a través de su participación en foros de denuncia a las violaciones de los derechos humanos, o en eventos de esclarecimiento sobre las atrocidades cometidas por la Dictadura. Siendo muchos de ellos familiares de compañeros caídos, presos o desaparecidos eran cobijados por el Partido y tratados con gran consideración. Uno de los casos más impactantes resultó ser el de los padres de Santucho, una pareja de ancianos que desde la provincia de Santiago del Estero había logrado salir de Argentina para instalarse en Cuba con la ayuda de su gobierno, evitando el destino trágico de tantos familiares de combatientes que, por el mero lazo sanguíneo, fueron perseguidos con saña feroz por los esbirros del régimen, en un remedo de los métodos utilizados por las SS nazis para exterminar cualquier vestigio de resistencia presente o futura.

El hombre había pasado largamente los ochenta años y, habiendo sido en su juventud dirigente del Partido Radical, mostraba las características propias de los políticos tradicionales de las provincias más atrasadas de la Argentina, con el sello de paternalismo feudal de quienes están habituados a manejarse cerca del poder y dentro de una elite social. Su segunda mujer, bastante más joven, era la tía de sus hijos y lo seguía con mirada atenta sin perder detalle de cada una de sus travesuras, incentivadas hasta el paroxismo por la atención preferencial que le brindaba el grupo de jóvenes militantes que se sentían atraídos por ser el antecedente directo del Comandante. Instalado en una habitación puesta a su disposición, desde su llegada alteró el ritmo y los rígidos mecanismos que regían nuestra vida militante con sus horarios dispares y caóticos, naturales en una persona anciana y sin hábitos estructurados, y muy acostumbrada a imponer sus propios criterios. Al llegar la noche su histrionismo se elevaba casi sin esfuerzos, abonado por la curiosidad de los italianos y su proverbial inclinación a atender con preferencia a los recién llegados.

Pero las bromas y las anécdotas apenas lograban alejar los fantasmas que sobrevolaban permanentemente sobre los restos de esta familia, que ya había perdido más de la mitad de sus miembros a manos de la Dictadura. Los militares argentinos todavía mantenían prisionero a Amilcar, uno de los hijos por quien se estaba desplegando una gran batalla en todo el mundo, que culminó con su liberación un año después; todavía hoy me enorgullece el fervor de los actos públicos, denuncias y publicaciones con que nuestra escuela contribuyó a hacer realidad ese acto de justicia. Amante de las fiestas y la bebida, su capacidad inagotable para

la conversación y el buen vino que consumía sin inhibiciones contrastaba con la moderación de los italianos que apenas tomaban un sorbo pequeño de sus copas ocupadas hasta la mitad. Dejó como una marca indeleble su tradicional brindis, que siempre culminaba diciendo, mientras levantaba su copa:

-¡Por las palabras que hemos tenido! -tras lo cual apuraba de un trago su contenido hasta el final.

El caso de Roberto Guevara, el hermano del Che, fue muy diferente porque desde hacía mucho ya era un miembro destacado del Partido que, por razones obvias, desarrollaba sus tareas políticas en el ámbito internacional. La sola mención de su nombre y su parentesco con el gran Comandante era capaz de abrir las puertas más celosamente cerradas y facilitar el acceso a los recintos más elevados. De más esta decir que su llegada conmovió a los vecinos, impactados por la presencia de alguien tan ligado a un personaje de leyenda que había rebalsado todas las fronteras. El interés por conocerlo se traducía en prejuicios más ligados a las fantasías que a la realidad de su bajo perfil y de la humildad con que se expresaba. Aprovechando su sólida formación como abogado, utilizaba hábilmente las respuestas a las inquietudes sobre su famoso hermano como introducción para plantear la línea del Partido, muy ligada a los conceptos guevaristas. Esos conceptos no estaban referidos específicamente a la línea política sino más bien a la concepción del militante y a las formas de llevar a cabo su tarea revolucionaria. La convicción de la necesidad de crear un hombre nuevo como expresión de los más altos conceptos éticos y morales se tomaba como ejemplo en la formación de los miembros del Partido. La solidaridad, el compañerismo, el estilo de militancia serio y responsable, la ubicación en el primer lugar de las prioridades el cumplimiento de la tarea revolucionaria y el deseo de participar siempre en la primera línea de combate eran los paradigmas sobre los que se forjaban los militantes del PRT. Las anécdotas sobre la actitud del Che en los primeros días de la lucha revolucionaria cubana formaban parte de la mística militante y de allí se tomaban los ejemplos para definir el perfil de los miembros del Partido que queríamos formar.

Las invitaciones a participar en reuniones y eventos, incrementadas a partir de su llegada, sirvieron para difundir más y mejor nuestros puntos de vista, así como reclamar apoyo y reconocimiento hacia la legitimidad de nuestra lucha.

Mariano, con quien habíamos coincidido en el vuelo Río de Janeiro-Roma, se había instalado en Savona después de dejar la escuela de Navante. Vivía en un departamento prestado por camaradas italianos que facilitaron su uso para desplegar en esa zona el trabajo político partidario que se extendía sin descanso. Los habituales contactos con el PCI y la CGIL ya daban sus primeros frutos y, para consolidar nuestra presencia, organizaron la participación de Roberto en un acto público a realizarse en conmemoración del aniversario de la muerte

del Che, que se llevaría a cabo en una importante sala teatral del centro de la ciudad. Mi presencia solo cumplió el rol formal de representante de las escuelas de cuadros y se limitó a los saludos con los camaradas italianos y al apoyo a la gran tarea que desplegaba Mariano. El evento tomó estado público a través de la profusión de carteles y anuncios desplegados por las calles y organismos y congregó una verdadera multitud, convocada por la atracción irresistible del nombre del Ché, agigantada por la presencia de su hermano que, como miembro cabal del PRT, efectuó una sentida semblanza del gigante guerrillero pero yendo más allá al invocar la necesaria participación de todos en el combate contra el imperialismo, en cuya batalla estaba firmemente comprometido nuestro Partido. Los asistentes, entusiasmados, agitaban banderas y pancartas con la figura del Che fortaleciendo nuestra propia decisión de erguirnos nuevamente para volver a embestir contra el enemigo.

Un día llegó Emilio, un compañero de extendida trayectoria y de gran capacidad en el campo militar que había participado en muchas de las acciones guerrilleras urbanas y rurales, incluyendo los grandes combates contra importantes unidades militares. Su presencia no llamó demasiado la atención dada sus características reservadas, típicas de aquellos habituados a moverse en estrechos espacios donde la seguridad es prioritaria. Dos años después, ya en México, cuando todos los diarios del mundo dieron cuenta de la magnitud de su última acción, comprendimos en toda su extensión la dimensión de su figura. Después de la reunión de París se había unido al grupo de compañeros que fueron a Nicaragua a integrarse a la lucha contra los restos del somocismo y los contras que, financiados por Estados Unidos, trataban de impedir el progreso del proceso revolucionario encabezado por los sandinistas. Con su nombre de guerra y su grado militar, el ahora capitán Santiago participó en la defensa del gobierno revolucionario, que por esos días era duramente atacado, asumiendo responsabilidades muy altas y en coordinación directa con la dirección del FSLN. Un sentimiento insatisfecho de justicia invadía a los nicaragüenses al ver la impunidad con que el gobierno norteamericano protegía al ex dictador Somoza, garantizándole impunidad para moverse por diversos países de América hasta que decidió, con la complacencia de otro dictador sangriento, refugiarse en el Paraguay de Stroessner. Y allí alcanzaría su mayor expresión la convicción latinoamericana del combate global contra el imperialismo que formaba parte del ideario del PRT y que Emilio compartía en plenitud. Habían preparado hasta sus más mínimos detalles cada paso del operativo y cuando la fila de coches apareció por la avenida de Asunción, el comando disparó el bazukazo directamente contra el auto donde viajaba Somoza, ajusticiando al sangriento y despiadado dictador nicaragüense que había escapado cobardemente ante el triunfo del Frente Sandinista. En el combate contra los esbirros que lo custodiaban, Emilio cayó dejando un claro ejemplo de solidaridad latinoamericana.

Amilcar Santucho fue liberado gracias a la acción incansable de esclarecimiento sobre su situación de preso político encarcelado, por llevar el apellido del Comandante, en una mazmorra paraguaya donde había ido a parar como señal inequívoca de la macabra coordinación represiva del Plan Cóndor. Resultado de las incontables voluntades que desplegaron una campaña de denuncia por el mundo logrando quebrar la resistencia de la Dictadura, su llegada resultó muy conmovedora. El aparato represivo se había visto obligado a liberarlo en una muestra acabada del aislamiento internacional en el que estaba cayendo, al quedar al descubierto la tenebrosa magnitud de sus crímenes. Fueron momentos de festejos y alegrías inspirados por la liberación y su firme convicción de reincorporarse de inmediato a las filas del Partido para continuar con la lucha. No fueron muchos los días que pasó con nosotros ya que esa decisión lo llevaría a recorrer varios países para realizar su tarea de denuncia mostrándose como un ejemplo vivo de la incapacidad de la dictadura para quebrar el espíritu combativo de los revolucionarios. Sin embargo bastaron esos pocos días para que tuviera ocasión de contarnos sus experiencias en la cárcel y los aberrantes métodos que emplearon allí para tratar de quebrar su moral; dada la trascendencia de ser hermano de Santucho, para los militares significaba una carta de gran importancia si conseguían negociar con él su arrepentimiento público y su declaración de abandono de la lucha. Emplearon desde los sistemas de tortura más sofisticados hasta las propuestas de beneficios económicos, en un intento vano por conseguir sus objetivos. Contaba Amilcar de la importancia de saber que en el exterior se estaba denunciando su situación y que de esas campañas él obtenía las fuerzas para resistir. En la cárcel no le permitían conocerlas y le decían que había sido abandonado por sus compañeros, pero todos los militantes conocíamos la fuerte ligazón que nos unía y nadie dudaba de que el Partido haría todos los esfuerzos en procura de su liberación. La batalla ideológica se ganaba siempre frente a los esbirros que no comprendían las motivaciones de los revolucionarios, pero que se rendían frente a las evidencias de su moral inquebrantable. Al llegar, su estado de salud se mostraba muy endeble. Se ocupaba de tomar su medicación sin quejas y asumiendo su situación como una consecuencia de la lucha. Sus dolores y padecimientos los comparaba con las heridas de los combatientes y jamás se le escuchó un comentario sobre ellos. Cuando se fue dejó un recuerdo imborrable en cada uno de nosotros y en los camaradas italianos impactados por su firme convicción de continuar su participación activa en la lucha revolucionaria. Esa participación que lo llevó de vuelta a la Argentina pocos años después, donde murió el 17 de julio de 1995.

Oscarcito fue el último en llegar a la escuela de Naviente, cuando ya estábamos instalados. Al entrar a la escuela y encontrarse de frente conmigo, que lo recibía en mi carácter de responsable político, el abrazo intenso no pudo borrar su sonrisa cómplice que yo respondí con emoción.

Eleonora, la hija de Roberto, llegó un año después como una compañera más para incorporarse a la escuela que se estaba organizando en Palazolo sul Olio, una localidad de la provincia de Brescia y durante el desarrollo de los estudios la atracción entre estos dos muy jóvenes compañeros se fue transformando en amor. Él ya se había trasladado desde Navian- te hasta esa la escuela y, como era habitual en alguien que ya había hecho el curso de formación, fue designado colaborador en la organización interna para reforzar al nuevo contingente. A la vez que trasladaba las experiencias hechas, orientaba sobre la combinación del estudio con las tareas laborales y el trabajo político con los pobladores del lugar. El interés que ambos mostraban por absorber las enseñanzas de la historia de lucha de los pueblos impactaban en su ánimo entusiasta como hechos de magnitudes épicas que los impulsaban a comprometerse cada día más.

Era habitual que los compañeros de mayor experiencia debieran moderar sus impulsos que los llevaban a manifestarse siempre en una especie de euforia combatiente. Su energía juvenil y las urgencias propias de su corta edad los mostraban permanentemente en primera fila para desarrollar tareas, colaborar o participar en las cuestiones de mayor exigencia. Como aquella vez que se ofrecieron como voluntarios para concurrir junto a un contingente de jóvenes italianos a unas jornadas de trabajo para recaudar fondos destinados a colaborar con la lucha de los pueblos africanos. Eran brigadas organizadas para recoger la cosecha de uvas, y el pago por esos trabajos sería donado totalmente a esa causa. Como es habitual entre los jóvenes se produjo una sana competencia donde la meta no era obtener un beneficio personal sino ofrecer el mayor esfuerzo.

Al término de las cuatro agotadoras jornadas Oscarcito y Eleonora fueron reconocidos por todos como quienes más se esforzaron. El hecho es que se casaron, no con las formalidades legales sino en una emotiva ceremonia interna realizada en la escuela y en la que su responsable político, asumiendo la representación del Partido, dijo algunas palabras para ponerle un marco adecuado al acontecimiento. Entre risueño y solemne, el Gringo anunció que la decisión tomada por Oscarcito y Eleonora significaba una gran responsabilidad y que a partir de ese momento el amor entre ambos debía unirse al respeto mutuo, a la comprensión y al cuidado permanente de uno hacia el otro. Que las características del revolucionario debían manifestarse en la constante preocupación por la felicidad del otro pero siempre uniendo el destino de la nueva pareja con los destinos del pueblo, sobre todo en esta etapa de lucha abierta por la construcción de un mundo mejor. Los hijos que seguramente habrían de llegar deberían sentir el orgullo de pertenecer a una familia de revolucionarios y se educarían en la moral y la ética del servicio al pueblo anteponiendo siempre el interés del pueblo frente a las propias necesidades.

No debían confundir Oscarcito y Eleonora la vocación de servir al pueblo con el abandono de las necesidades propias, ya que el primer deber de todo revolucionario es forjar su propio

futuro junto al futuro del pueblo en la dirección de integrarse en un sistema social donde ninguna felicidad se construya sobre la desgracia de los demás. Después del brindis por la felicidad de la nueva pareja, y cuando la algarabía se mezclaba con las bromas típicas a los recién casados, uno de los amigos italianos que participaba de la fiesta pidió que se cantara alguna canción argentina que fuera conocida por todos. Oscarcito invitó a los presentes a ponerse de pié. Alzó con solemnidad su copa y con voz potente y segura comenzó a entonar las estrofas del Himno Nacional Argentino. Todos se quedaron con la boca abierta. Así fue contado por algunos de los que participaron, pero nunca se pudo comprobar si fue verdad.

VIII LA DECISIÓN TOMADA

Tutte le genti che passeranno...

Toda la gente que pasara...

Terminada la caótica etapa de nuestra instalación en Naviente, Ricardo nos propuso que designáramos a un compañero para que hiciera las veces de ayudante en su trabajo de electricista. El designado fue Coco. Ricardo se ocuparía de pasar a buscarlo con su auto, respetando los horarios de nuestras clases y le enseñaría los elementos rudimentarios de su oficio. En las tareas cotidianas se fue gestando una relación muy estrecha entre ellos que se manifestaba en salidas, paseos y entretenimientos, como aquella ocasión en que fueron juntos a una jornada de pesca de truchas, que para Coco resultó una especie de iniciación en un deporte desconocido, pero que tuvo un estreno sensacional por lo menos a la luz de los resultados. En efecto, al regresar mostraba eufórico una bolsa repleta de truchas que fueron recibidas con gran alegría pensando en lo bien que iban a quedar una vez cocinadas, al tiempo que se festejaba el éxito de la excursión y se alababan sus desconocidas condiciones de pescador. Algunos días después supimos que la salida le había resultado muy cara a Ricardo, ya que el lugar elegido para la “extraordinaria experiencia” no era otra cosa que un vivero de truchas cuyo precio debía abonarse al salir, inexorablemente.

Cuando llegó la primavera, el patio de atrás dejó de ser una montaña informe de nieve y quedaron a la vista una serie de tesoros inesperados, que se mostraban lentamente como los que se descubren cuando se descorre un telón. El deshielo transformaba en charcos de barro la nieve acumulada durante el más crudo invierno de los últimos cincuenta años, y lo hacía sin prisas como sabiendo que el almanaque marcaba la fecha prevista. Día a día quedaban un poco más a la vista las formas misteriosas de las cosas, que desde abajo de la nieve trataban de asomarse para comprobar que el sol indicaba el inicio de la primavera. Ya sabíamos que la vida continuaba debajo de la gran cubierta blanca, porque nos habían contado que la siembra del trigo se efectuaba a finales del otoño y que los brotes crecían en los meses fríos a pesar de las nevadas, hasta que al llegar los primeros calores se abrían paso entre la nieve acumulada, asomándose para buscar el sol. Era increíble ver los pequeños agujeros en los surcos nevados, por donde aparecían con timidez las primeras ramas que sobre el final de la primavera alcanzaban toda su altura, creando un paisaje encantador donde el color dorado de las espigas dejaba ver los lunares rojos de las amapolas que se mezclaban aprovechando la buena tierra.

No resultaba sencillo dar la vuelta, porque el lodo rodeaba la escuela por los pasillos laterales, pero la ansiedad por descubrir lo que el invierno había ocultado nos impulsó a efectuar un reconocimiento más allá de la pila de leña. Aparecieron restos de muebles, sillas desvencijadas, ruinas de un antiguo gallinero y lo más extraordinario, un antiguo elástico de cama que a primera vista parecía tan inservible como todo lo demás, pero que a los ojos avezados de Juan se transformó en una extraordinaria parrilla que podía ayudarnos a hacer realidad nuestras ensoñaciones sobre pantagruélicos asados con los que agasajar a nuestros amigos.

Juan era uno de los compañeros que estaba solo y que en su precipitada salida había decidido dejar a su esposa e hija en Argentina, ya que al no pertenecer a la organización no habían sido detectadas por la represión, al igual que el resto de su familia. Habiendo militado en la clandestinidad, los datos legales de Juan no constaban en los archivos de los servicios de seguridad, lo que hacía muy viable la posibilidad de desconectarse de su entorno sin comprometerlos. Además, al igual que todos, pensaba que la ausencia sería relativamente corta. Permanentemente recordaba a su hijita, pero sin lamentaciones, en sintonía con sus características sencillas de hombre de campo devenido obrero industrial y militante revolucionario.

Su alegría no tuvo límites cuando descubrió el elástico y de inmediato empezó a acomodarlo haciendo lugar para ubicarlo de manera de poder utilizarlo como improvisado asador. El desbordante entusiasmo nos contagió a todos hasta que Luis, en su condición de responsable del economato, nos desinfló con su habitual cuota de racionalidad:

-Los tanos no cortan la carne como nosotros -comentó con un dejo melancólico-. Además usan 100 gramos para la comida y nadie nos va a vender treinta kilos para hacer un asado para cincuenta personas. Aquí las carnicerías parecen boutiques y las achuras se las dan a los chanchos.

El silencio y la congoja que cayeron sobre todos volvieron a despejarse frente a la decisión de Juan, que respondió con firmeza que había que apoyarse en las masas y que el tema se lo debíamos plantear a los tanos para que fueran ellos los que nos dijeran si era posible o no. Por otra parte teníamos contacto con algunos frigoríficos y habíamos comprobado que en Italia se comían mucho los chorizos y las salchichas, y que también se podrían incluir algunos pollos, conejos e incluso algún corte de cerdo. Renacida la esperanza, comenzamos a organizar el gran asado para las semanas siguientes, a la espera de que terminara el deshiele y se secara un poco el piso.

De a poco fuimos invitando a los amigos, que recibían de diferente manera la noticia y de acuerdo con su condición. Los más intelectuales o que vivían en la ciudad eran un tanto más reticentes, mientras que los campesinos y los vecinos de los pueblos chicos más habituados a las cuestiones rudas, lo aceptaban con naturalidad. Pero todos se mostraban im-

pactados por nuestras demostraciones de entusiasmo y requerían explicaciones acerca de las características del asado, preguntando cómo era eso de comer carne sola, cuando lo normal era utilizarla como acompañamiento o formando parte de estofados o salsas. Por cierto, cocinarla directamente sobre las brasas les resultaba un poco salvaje. No obstante, la inquietud y la curiosidad fueron generando una enorme expectativa y todos esperaban con gran ansiedad la llegada del gran día. Como faltaban algunas semanas, el tema pasó a ser comentario obligado cada vez que alguno se acercaba por la escuela y al acercarse el momento fueron muchos, a decir verdad casi todos, los que se comprometieron a aportar el vino que nos habíamos ocupado de decir que era un complemento imprescindible.

Las ensaladas no eran difíciles de conseguir y al igual que el pan fueron resueltos sin dificultad, para dejar todo el tema centrado en la carne. Luis requirió la ayuda de Juan para la recorrida por los lugares habituales donde nos proveíamos y hasta donde había llegado, no sabíamos cómo, la noticia del gran evento en preparación, por lo que resultó sencillo el contacto para realizar el pedido. Las dificultades mayores se presentaron a la hora de explicar que tipo de cortes se requerían y la cantidad necesaria que alcanzaba, según el cálculo de Juan, a medio kilo por persona. En el frigorífico no lograban comprender cómo podíamos pedir que del costillar se efectuaran cortes transversales, de manera de tener tiras donde se mezclaran los huesos con la carne, cuando lo normal era deshuesarla para aprovechar la pulpa. Pero los que hacían el pedido eran los argentinos y a ellos no se les podía negar nada por lo que, pese a los gestos de desconfianza, se dispusieron a efectuar los cortes tal y como se solicitaban.

Esta vez los pollos que se consiguieron tenían todo el cuerpo y no tan solo las alas, y los cortes de cerdo se compraron sin problemas, igual que las largas tiras de salchichas que adaptaríamos como chorizos con solo agregarles un poco de chimichurri.

Como ocurría siempre que efectuábamos algún evento, la expectativa creció y creció hasta que el domingo señalado fueron llegando muy puntuales armando el jolgorio habitual en medio de risas, bromas y gritos. Una cosa increíble era que entre ellos se encontraban únicamente en ocasión de concurrir a la escuela, ya que a pesar de conocerse de años, no tenían relación y la coincidencia en nuestras convocatorias les permitía acercarse y compartir contagiados por el gran espíritu de camaradería que se creaba en torno nuestro. En verdad eran ellos quienes lo provocaban con su calor amistoso y solidario, pero éramos nosotros los catalizadores que permitíamos que las cosas sucedieran de esa manera.

Juan trabajó con ardor desde la mañana, ayudado por varios compañeros, y el humo que ascendía de detrás de la escuela fue concentrando la curiosidad de los vecinos que comenzaban a saborear el aroma que se desprendía de la enorme parrilla, pletórica de carne que crepitaba y se doraba con lentitud. Los invitados se acercaban para mirar el trabajo de Juan y contemplar embelesados el espectáculo de un asado argentino en plena preparación. No

podían creer la variedad de carnes y la tarea meticulosa de Juan que agregaba sal, adobaba con especias, movía brasas, tapaba algunos cortes especiales y volteaba otros, a la vez que manejaba con maestría las ristras de chorizos evitando las llamas que pugnaban por crecer impulsadas por las gotas de grasa que se destilaba sin cesar. A un costado Coco y Miguel se ocupaban de mantener el fuego siempre encendido para que no faltaran las brasas.

La comida se desarrolló entre comentarios halagüeños y manifestaciones de regocijo por el fantástico éxito del asado, que después de la sorpresa inicial fue recibido con gran entusiasmo por los amigos italianos que se acercaban por primera vez a estos manjares tan diferentes de los suyos y con sabores inesperados pero muy convocantes. No paraban de asombrarlos cuando comprobaban la manera exquisita en que se complementaban con los vinos piemonteses que, traídos en damajuanas y botellones, se servían generosamente.

Casi dos horas después apareció Juan con una fuente llena de un líquido espeso de color rojo muy oscuro, que puso en el centro de la gran mesa donde quedaban esparcidos algunos platos en el desorden habitual de la sobremesa que recién comenzaba. Nadie sabía de qué se trataba cuando comenzó a decir que lo que acababa de traer lo había preparado el día anterior y que era ni más ni menos que chanfaina, un plato típico de la zona de Córdoba de donde era oriundo y que le traía muchos recuerdos de su niñez. Ante la mirada expectante de todos y mientras comenzaba a probar con gestos muy placenteros su plato especial, explicó que se trataba de sangre mezclada con especias, pasas de uva y nueces, provocando de inmediato una sensación generalizada de asco y rechazo, más que por el probable sabor por la impresión que impactaba directamente en el cerebro y no en el paladar. Continuó diciendo que no era más que el relleno de las morcillas, pero no consiguió que nadie se animara a seguirlo excepto Miguel, para quien cualquier desafío era motivo de una aventura y que ya lo había acompañado en ocasión de la cabeza de chivo: no muchas semanas antes habíamos cocinado un chivo donado por un campesino de la zona que lo había carneado y limpiado; para prepararlo, después de muchas discusiones se decidió que el mejor método era el horno, lugar donde fue a parar en una gran asadera acompañado con papas y convenientemente adobado. Pero Juan había decidido aprovechar hasta el final toda la carga de proteínas del animal y a la cena de ese mismo día puso en medio de la mesa una gran bandeja con la cabeza entera del chivo, que había previamente hervido en un caldo y comenzó a comer parsimoniosamente, desgajando con los dedos pequeñas hebras de carne y relamiéndose ante la mirada atónita de todos los que lo observábamos. Sólo Miguel lo acompañaba sonriendo con malicia.

La vuelta a la Argentina estuvo marcada por un sentimiento de reconcentrada reflexión. Después de la reunión en París se abrió el horizonte hacia el regreso y cada uno comenzó a evaluar su situación personal. Los que teníamos mujer e hijos debíamos ocuparnos de ga-

rantizar la seguridad dentro de un marco de contención hacia los niños, que los pusiera a resguardo de situaciones conflictivas al reingresar a una Argentina todavía sumida en el terror que imponía la Dictadura. Creíamos que en pocos meses estaríamos concretando la vuelta y en ese sentido también se había decidido redoblar las tareas de denuncia para reforzar la sensibilización de los sectores más progresistas de Europa hacia nuestra decisión de regresar.

Para evitar repetir experiencias muy dañinas para la organización se resolvió centralizar las finanzas para el funcionamiento operativo; cada compañero debía esforzarse en el trabajo con los sectores populares de cada país donde se encontrara viviendo, para informar de la decisión tomada y conseguir apoyo, ya fuera para la acción política, como para la obtención de los fondos y la documentación necesarios para su propio retorno. De esa manera se fortalecería el concepto ideológico de la operación de reingreso y se reafirmaría la línea política de apoyarse en las masas como fuente principal de recursos.

De alguna manera se daba por terminada la etapa de preparación y comenzábamos a transitar el camino del ansiado retorno, lo que implicaba también el fin del grupo para volver a las actividades individuales y a la estricta compartimentación, tanto de las actividades como de la vida misma. A partir de entonces cada quien debería ubicarse separadamente manteniendo los contactos por las vías orgánicas, volviendo a estructurar la metodología celular, para que el camino de retorno y el propio reingreso a la Argentina de la Dictadura y la ilegalidad redujera en lo posible los riesgos y peligros. Llegaba el tiempo en que cada uno debía volver a conseguir sus propios recursos para su subsistencia, dejando el cobijo del grupo de convivencia para encontrar otra vez en la acción común pero compartimentada, el sentido de pertenencia y seguridad.

Pero cuando comenzaron las reuniones secretas e individuales con los responsables del operativo retorno se notó un deterioro en la espontaneidad de las charlas en el seno del grupo. Advertida por los camaradas italianos, con la delicadeza que los caracterizaba asumieron una actitud comprensiva al verificar el cambio y la seriedad que comenzaba a trocar el ambiente festivo y dicharachero en otro mucho más reflexivo y caviloso.

Desde la escuela lanzamos hacia el resto del Partido la consigna de desarrollar la iniciativa individual en un claro mensaje de cambio en la situación y con la intención de movilizar todas las fuerzas encaminadas a poner en marcha la organización, con el objeto de retomar la actividad revolucionaria en el país. Marcaba también la necesidad de no mantener una actitud pasiva de espera de las indicaciones desde la Dirección, sino de participar activamente en la definición de la línea para sacar al Partido de una especie de inmovilidad provocada por más de un año de exilio.

Las rutas y las formas del regreso eran diferentes según la condición de cada uno y su posible destino dentro del país, además de los apoyos con que pudiera contar. Las estructu-

ras del Partido estaban muy débiles y sus contactos con el pueblo en la Argentina se revelaban totalmente cortados por la dureza de la represión y el profundo y sensato repliegue del movimiento de masas, que todavía no conseguía reponerse de los golpes mostrándose muy cauto a la hora de manifestarse.

Teníamos claro que la tarea consistía en la reinserción y que durante un tiempo deberíamos mantenernos funcionando pero sólo a los efectos de constatar la verdadera situación política que se vivía en el país, para tratar de elaborar líneas de acción tendientes a acompañar las luchas por reivindicaciones democráticas que comenzaban a expresarse muy tíbicamente, aunque sin alcanzar todavía a plantearse como una amenaza para la continuidad de la Dictadura.

Sin abandonar la concepción estratégica de la lucha armada, sabíamos que no eran los tiempos de acciones militares sino de trabajar para acumular fuerzas en el camino de reconstruir las estructuras partidarias en contacto estrecho con el movimiento popular. Necesitábamos definir la nueva situación social provocada por los tremendos cambios operados por la brutal política económica y social que quitaba por la fuerza el protagonismo a los sectores trabajadores y obreros de vanguardia, en lo que se presentaba como una redefinición de la Argentina que dejaba su perfil industrializador promovido en las últimas décadas, para volver al papel de proveedor de materias primas más afín a los intereses de los sectores en el poder representados por Martínez de Hoz y Federico Pinedo, con la modificación del modelo social que ello llevaba consigo.

Los cierres de fábricas y el aluvión de importaciones estaban operando cambios fundamentales en la composición del espectro social y cultural del país, empujando a cantidades enormes de personas hacia la marginalidad y la pobreza, mutando a los sectores de vanguardia en una capa de desocupados que giraba rápidamente, y por los devastadores efectos de los planes de la Dictadura, hasta convertirse en lumpenes sin destino. El desinterés del Estado redefinido por los militares en el poder se manifestaba con crudeza hacia los sectores trabajadores. La destrucción sistemática de la legislación que garantizaba sus derechos iba dejando sin efecto cada una de sus conquistas, reemplazándolas por leyes represivas que liberaban las condiciones de contratación y trabajo en beneficio absoluto de las grandes corporaciones, lanzadas a copar los resortes principales de la economía resguardados por la atenta mirada de la Dictadura y sus personeros, que trabajaban activamente para garantizar sus intereses en función de los planes globales del imperialismo norteamericano en expansión agresiva.

Habíamos estudiado en profundidad las experiencias de los países europeos en su lucha contra el fascismo y asimilábamos con voracidad las enseñanzas referidas a unificar las fuerzas democráticas para aumentar las fuerzas del pueblo en su lucha sin cuartel contra el sistema de privilegios y marginación. El frente popular se mostraba como una opción muy

valida a la hora de proponer acciones políticas y al momento de dejar el sectarismo que define a todos como culpables de los sufrimientos del pueblo, sin medir responsabilidades y grados de compromisos. Muchos sectores políticos habían sufrido las terribles consecuencias de la represión y veían como posible la convergencia de las diferentes corrientes de pensamiento en una fuerza que golpeará en la misma dirección de repudio a la Dictadura y sus crímenes.

Renovados bríos movilizaron el accionar de los compañeros que con decisión y entusiasmo asumieron las orientaciones recibidas y pusieron en movimiento todas sus energías para resolver las enormes dificultades que se presentaban en el camino del retorno. De manera ordenada y pausada comenzamos a ocuparnos de cumplir con las etapas de seguridad estrictamente necesarias para devolverle al Partido su funcionamiento clandestino y compartimentado, tratando de no afectar el ritmo habitual de la escuela que ya había dejado de serlo en razón del cumplimiento total de los planes de estudio y de la partida de los compañeros que daban las clases. Continuaba la convivencia y las actividades políticas dentro de la escuela pero en cada una de las zonas donde los contactos políticos nos habían introducido en sus rutinas periódicas se veían reforzadas con participaciones activas en manifestaciones, actos, congresos y reuniones. Sin dilaciones se reorganizó el funcionamiento y comenzó una febril tarea destinada a facilitar la llegada y la ubicación de un grupo de compañeros que se disponían a iniciar una nueva escuela, pero ya no en Naviente.

Pronto se definieron tareas relacionadas con las despedidas de los lugares donde se habían realizado tareas políticas, de manera de no abandonar abruptamente los contactos y reforzar los lazos conseguidos para dar muestras cabales de que la ayuda y el apoyo recibidos se concretaban en los primeros pasos en dirección a retomar la lucha en Argentina. Habíamos mantenido con firmeza las reglas de tabicamiento interno y nadie conocía datos de los otros; sólo sus nombres de guerra y eventualmente los que figuraban en sus documentos, que al momento del reingreso volverían a ser cambiados por otros más adecuados a las circunstancias que cada uno debería afrontar. Las nuevas orientaciones no modificaron de inmediato el trato con los amigos y compañeros italianos y se continuó por un tiempo sin alterar el ritmo normal en la casa.

Le comunicamos a Mini nuestra decisión de desactivar la escuela y abandonar Naviente para iniciar el retorno. Para ello debíamos organizar la partida ordenada de cada compañero con destino a su lugar de encuentro con los miembros de la Dirección para que recibieran allí las instrucciones precisas incluyendo su ruta de reingreso a la Argentina.

La actividad se tornó febril a partir de que Mini le informó a sus compañeros de esta situación y de la necesidad de evitar despedidas muy elocuentes que pudieran poner en evidencia los movimientos que comenzaban a realizarse. Cada quien fue partiendo con la cer-

teza del abandono definitivo de Naviante y de Europa. El entusiasmo del retorno se mezclaba con esa rara sensación de quien se pone en marcha hacia un destino largamente esperado pero a la vez temido.

Las visitas de los camaradas italianos se hicieron cada vez más espaciadas y una sensación de cosas trascendentes envolvió a la escuela y al lugar. Parecía que algo importante se había puesto en marcha.

En nuestros contactos con los dirigentes del PCI regional habíamos conseguido su apoyo para la instalación de la nueva escuela en Ivrea y mientras continuaba el proceso de desmantelamiento en Naviante debí viajar en varias ocasiones para coordinar con ellos la llegada de los compañeros que la integrarían. Así ofrecieron las instalaciones del castillo que administraba la comuna y que se encontraba deshabitado.

Una semana después de dar por finalizada la escuela de Naviante con Juanita y las dos niñas nos trasladamos definitivamente a Ivrea, la pequeña ciudad medieval de la provincia de Torino, sede de la fabrica Olivetti, para instalarnos en el castillo y comenzar a consolidar las relaciones con la gente del lugar que resultarían fundamentales para nuestro retorno a la Argentina.

Ivrea, colonia romana fundada en el año 100 AC con el nombre de Eporedia, debe su origen a un oráculo de la Sibilla Cumana que preanunciaba la construcción de una ciudad al pie de los Alpes para dedicarse a la cultura y la educación de los jóvenes romanos, sobre todo en el ejercicio de las artes militares y ecuestres. De ese tiempo son el acueducto y el anfiteatro, pero lo que fue el magnífico Templo del Sol ha quedado debajo de la actual basílica construida sobre él.

El castillo de Ivrea es una construcción de fines del siglo XVIII ubicado en la cima de una colina desde la que, asomándose a los almenares de la muralla que lo circunda, se puede apreciar en toda su extensión la ciudad que descansa a sus pies. La muralla no es una simple construcción que rodea la casa principal sino que acompaña todo el recorrido que desde el pie de la colina llega hasta la entrada principal atravesando un espeso bosquecillo. El camino que sube parece seguir los recodos del fornido paredón entre cuyas rendijas se cuelan raíces, ramas, musgos y plantas que separándose de la foresta intentan cubrirlo en un abrazo que al cabo de casi trescientos años transformó la dura argamasa en fértil suelo para su desarrollo. El piso húmedo y los pequeños hilos de agua que se cuelan entre las piedras provocan un clima muy propicio para el avance sin límites de la espesura, mientras los árboles muestran sus raíces descubiertas tratando de encontrar tierra blanda donde hundirse mientras que sus ramas, cargadas de lianas, parecen extenderse en un esfuerzo por aferrarse a la pendiente siempre amenazante de las colinas. Siguiendo el zigzagueante recorrido tardábamos casi una hora en subir, en tanto que para bajar muchas veces utilizábamos el

recurso más rápido de deslizarnos directamente por la ladera agarrándonos de ramas y plantas para disminuir la velocidad de la inercia del descenso con la seguridad de que abajo no importaba en qué lugar parábamos ya que todos los caminos llevaban al centro de la ciudad.

La construcción era imponente. Sin ser de los más grandes ni suntuosos había pertenecido a una familia feudal y en la actualidad estaba en poder de la Comuna, que nos lo había cedido para nuestros propósitos de desarrollar la nueva escuela. La gestión realizada con los compañeros del PCI que estaban a cargo del gobierno de la ciudad no resultó fácil ya que si bien el castillo estaba desocupado no preveían que fuera utilizado y mucho menos por un grupo numeroso de personas. Pero las referencias de los camaradas de Cuneo unidas a su sensibilidad hacia los militantes latinoamericanos y a su propia historia combativa allanaron el camino.

El edificio de dos plantas mostraba todavía partes de su antiguo esplendor, sobre todo en los mármoles de los pisos y en las nobles maderas de sus puertas y ventanas. Los amplios balcones de las salas que miraban hacia atrás se asomaban al barranco en tanto que las del frente se extendían con elegancia sobre el amplio jardín que, aunque un poco descuidado, permitía imaginar la perfecta distribución de los canteros de flores bordeados por senderos de grava roja. La entrada principal con un amplio portón blanco de doble hoja daba paso a una pequeña sala de distribución desde la que salían los pasillos hacia las dependencias y la suntuosa escalera que llevaba al piso superior. A un costado de la casa principal estaban las habitaciones del cuidador y su familia, con el infaltable huerto que incluía unos pocos surcos plantados con maíz.

En ese escenario propio de las aventuras de Robin Hood se llevó adelante la nueva escuela con el último grupo de compañeros llegados desde varios países, y tal como había sucedido con los otros casos los camaradas y amigos del lugar comenzaron a acercarse, aunque la ubicación un tanto alejada de la zona urbana conspiraba un poco contra la posibilidad de un intercambio fluido.

Habiendo cumplido con la tarea de instalación del nuevo contingente, me dediqué a buscar un lugar donde alojarme con mi familia ya que no tenía sentido continuar conviviendo en la escuela y debía comenzar a ocuparme de las tareas relacionadas con nuestro retorno. En eso estábamos cuando conocimos a Lilia, una bella mujer algunos años más grande que se acercó al saber que un grupo de argentinos había llegado al lugar. En cuanto conocimos su historia, que descubrimos contaba con un castellano sorprendentemente fluido, nos sentimos muy unidos.

Su padre había sido un importante dirigente anarquista, activo participante de las luchas de principio de siglo hasta que con el advenimiento del fascismo fue desterrado junto con la mayoría de estos heroicos combatientes de la libertad, muchos de los cuales continuaron militando en otros países de Europa. El hombre fue a recalar en Argentina tras una de esas

verdaderas epopeyas de inmigrantes que cruzaban el océano en barcos atestados de personas ilusionadas con encontrar una oportunidad para continuar con sus vidas desechas por el hambre, la miseria y la guerra. Por esos días el anarquismo se había constituido en la vanguardia indiscutida de las luchas populares en la Argentina que comenzaba a dar los primeros pasos hacia un capitalismo incipiente mientras las fértiles llanuras la convertían en el principal proveedor mundial de trigo y carnes. Simón Radowsky y Severino Degiovanni desarrollaban su acción política al frente de las principales organizaciones anarquistas en estrecho contacto con sus compañeros de Europa convocando con su prédica a los más entusiastas militantes llegados de ultramar y que comenzaban a conformar el embrión del proletariado argentino llevando adelante importantes luchas junto con los trabajadores del campo y de los frigoríficos.

Después de ser contratado para trabajar en condiciones muy duras el hombre consiguió instalarse en una casa del barrio porteño de Caballito, y mientras militaba activamente esperando la oportunidad de regresar a Italia para unirse a la lucha contra el fascismo, completó su familia cuando la mujer que lo acompañó en su aventura americana tuvo una hija a la que llamó Lilia. Durante varios años se esforzó para superar las dificultades y soportar las nostalgias pero murió sin alcanzar su sueño de retorno dejando a su mujer y a su hijita en condiciones muy difíciles. Siendo una adolescente Lilia acompañó a su madre en el regreso a su país de origen, todavía envuelto en las feroces luchas contra la invasión nazi que siguió al desmembramiento del gobierno de Mussolini empujado hacia el norte por el desembarco aliado en Salerno, y por los golpes cada vez más fuertes de los partizanos. Influenciada por el espíritu combativo de su padre y de la determinación de su madre se incorporó a la lucha en las colinas del Piemonte realizando tareas de correo junto con el que luego sería su esposo, integrados a una columna que combatió fieramente hasta el triunfo final.

Después de unas semanas de estar en el castillo alquilamos un pequeño departamento ubicado en el corazón del Centro histórico en un cortile²⁸ con una gran puerta de madera ubicado a escasos cien metros de un puente que cruza el río Dora. El lugar mantenía muy firme sus estructuras del tiempo de los romanos, mostraba una placa de mármol para recordar tanto sus orígenes como los importantes personajes de la época que lo cruzaron. Frente al cortile había una bonita capilla de características medievales a tono con el resto de las construcciones que le daba un toque romántico al lugar, a pesar del rechazo que provocaba en todos los compañeros y amigos muy ligados a las concepciones ideológicas de la izquierda y absolutamente enfrentados con la iglesia.

²⁸ Antiguo grupo de casas con entrada única por un acceso para carros.

Gracias a nuestros amigos italianos, que presionaban a las autoridades para que obviarán las tramitaciones burocráticas en mérito a nuestra condición de perseguidos políticos, nuestra hija mayor, Ana, fue admitida en el primer grado de la escuela local. También resultó muy importante el apoyo de las maestras, que la recibieron con muestras de cariño y decididas a darle el soporte que necesitaba, tanto por su situación particular como por sus lógicas dificultades con el idioma y las costumbres. Y de una en particular, de apellido Buzzo, quien allanó con más firmeza que nadie todos los obstáculos generados por la debilidad legal en que nos encontrábamos. Amanda era todavía una beba que comenzaba a caminar y fue recibida con gran cariño en el asilo, como llaman en Italia al jardín de infantes, por la maestra Patalano, que era a la vez mamá de Andrea, un niño al que Amanda llamaba su novio.

Estos mismos amigos que allanaron todas las dificultades fueron quienes nos facilitaron el acceso a trabajos remunerados, si bien en condiciones de precariedad formal, pero con la seguridad de recibir un ingreso que nos permitiera solventar las necesidades básicas. Su ayuda desinteresada y solidaria nos hacía sentir contenidos y protegidos, evitándonos en todo momento la sensación de angustia propia de quienes viven una situación excepcional y extremadamente vulnerable. Uno de ellos era el representante de la CGIL en la región del Piemonte y miembro del Congreso regional como delegado de los metalmecánicos.

Bruno desarrollaba su actividad principal en la ciudad de Novara, donde funcionaba la dirección gremial piemontesa, pero vivía en Ivrea, y se convirtió desde el primer día no sólo en uno de los contactos de mayor relevancia con quien desarrollé una actividad intensa, sino alguien con quien consolidamos lazos de afecto muy profundos que incluyeron a su familia y la mía. En varias reuniones familiares en casa de Bruno, un bonito departamento en las modernas urbanizaciones del sector nuevo de la ciudad completamente alejado del estilo del centro histórico donde nosotros vivíamos y que tanto nos sorprendía, fuimos relatando y explicando las conclusiones a las que habíamos llegado y las líneas de acción que se habían definido. Analizamos las alternativas y Bruno asumió el compromiso de conducir las acciones tendientes a apoyarnos para conseguir nuestros objetivos que culminarían con el ingreso a Argentina.

Es sabido que en la Italia de posguerra las organizaciones políticas de la izquierda, con el PCI y la CGIL a la cabeza, se constituyeron en el principal sostén de la construcción democrática. A su vez ese sostén se apoyaba fuertemente en la participación muy activa de los trabajadores en todas las decisiones políticas de importancia. Como responsable político de las escuelas de cuadros de Italia había tenido oportunidad de mantener relaciones muy estrechas con representantes importantes de esos partidos políticos y de las principales organizaciones y sindicatos de Cuneo y los alrededores de Naviante.

En Ivrea continué desarrollando un plan de contactos con representantes gremiales que incluyeron mi participación en algunas asambleas y reuniones internas donde tuve oportunidad de informar sobre la situación en curso en Argentina a partir del golpe militar de 1976 y la ofensiva lanzada por la Dictadura contra los trabajadores organizados, como parte fundamental de su plan de debilitamiento del campo popular. Si bien era conocida la situación general, al dar detalles referidos específicamente al genocidio emprendido contra los trabajadores que estaban siendo masacrados y componían el mayor porcentaje de desaparecidos, asesinados y torturados, comenzó lentamente a aceptarse nuestra postura y puntos de vista acerca de que la resistencia que se llevaba a cabo en Argentina, y de la cual nosotros éramos parte, resultaba ser una continuidad de la misma lucha hecha por los trabajadores italianos en su resistencia contra el fascismo. Nuestro planteo de apoyarnos en ellos para conseguir los recursos y el sostén necesarios para el plan de retorno los conmovió. Fue notable cómo, al escucharnos, volvían a sentirse parte de una lucha que creían terminada a partir de sus logros en Italia y en Europa.

Desde entonces su apoyo no tuvo techo. Mis participaciones ya no se limitaron a las reuniones internas sino que pasé a formar parte de cada acto masivo propio de sus movilizaciones, al haber incluido en ellas un punto de solidaridad con la lucha de los trabajadores argentinos. Las movilizaciones callejeras del movimiento obrero lideradas por las centrales sindicales unidas, en reclamo de importantes reivindicaciones, poseían un altísimo grado de conciencia de clase y la firme decisión de lucha que convocaba masivamente a los trabajadores en la defensa de sus derechos; participar como actores principales de la construcción democrática que se llevaba a cabo en esos días, en los que el enfrentamiento de posiciones entre los diversos sectores sociales y políticos se mostraba en toda su dimensión, era una prioridad que no dejaba de admirarnos en cada ocasión que se reiteraba.

En más de una ocasión, y después de caminar en primera fila asido firmemente por los brazos de los dirigentes más importantes de la región encabezando las marchas por las calles y las plazas de las principales ciudades del norte italiano, me encontré subido a un palco para hablar frente a los miles de trabajadores mejor organizados y más consecuentes de la Europa de esos años. Y sentí su apoyo al decir que la sangre que se derramaba en esos días en las calles de la Argentina era sangre de la misma sangre de aquellos mártires de las luchas obreras y partisanas de la resistencia antifascista. Sentí cómo se fortalecía mi propio convencimiento al escuchar al fin de mis palabras el aplauso de apoyo y la consigna de “No pasarán” coreada con acento italiano y firmeza solidaria.

Se me abrieron las puertas de las asambleas de fábrica donde repetí la experiencia, ahora frente a los obreros en sus lugares de trabajo, sintiendo cómo la propuesta decidida en aquella reunión de París se mostraba correcta al ser confrontada con la opinión de aquellos magníficos compañeros. Pancartas, afiches, publicaciones, boletines de fábrica, anuncios calleje-

ros, festivales, colectas, asambleas, reuniones, congresos y cuanta manifestación pública llevaran adelante los trabajadores piemonteses en esos días, incluyeron nuestras denuncias dentro de sus propias reivindicaciones.

La claridad que se hacía cada vez más transparente detrás de las montañas todavía no se había transformado en ese sol pálido y lejano de las mañanas heladas del Piemonte, cuando la corriera²⁹ azul dio vuelta a la esquina siguiendo el recodo del río hasta detenerse justo frente a mí haciendo remolinos con la nevisca seca. Nos separaban apenas treinta kilómetros de Biella pero teníamos que cruzar las montañas y tardaríamos no menos de una hora. Me arrebujié en el tercer asiento del lado de la ventanilla y en lo que tardé en sacarme los guantes y la bufanda ya habíamos dejado atrás la ciudad y corríamos por la carretera subiendo la cuesta.

Ya me había acostumbrado al paisaje montañoso pero no podía evitar una especie de sensación de fantasía incentivada por mis propias ensoñaciones al ver detrás de cada recodo y a lo lejos los caseríos con las volutas de humo saliendo de las chimeneas y el movimiento que apenas se percibía a la distancia.

En el cotonificio³⁰ sabían de mi llegada porque Bruno ya había acordado mi participación en la asamblea y mientras admiraba boquiabierto el paisaje invernal de las increíbles colinas recordaba la información que él me había dado en su casa, cuando me contó de la buena recepción que había tenido su pedido y del entusiasmo de las trabajadoras por conocer nuestra situación y ayudarnos. Sabía que se trataba de una fábrica textil con gran experiencia de lucha, donde todas las trabajadoras eran mujeres y cuyas delegadas gremiales se caracterizaban por su firmeza en la defensa de los derechos de los trabajadores y su participación muy activa en los reclamos y reivindicaciones democráticas.

Bajé justo frente al portón de entrada y seguí las indicaciones del vigilador que desde su garita me indicó el camino para llegar a la recepción. Después de anunciarme y mientras esperaba me asomé a un gran ventanal que daba sobre el enorme espacio de la planta baja donde los telares resoplaban con un ritmo cadenciosos asimilándose a la respiración agitada de lo que parecía un ser con vida propia alimentado por cientos de mujeres que se movían a su alrededor. No pude evitar fijar la mirada en una de las máquinas. Tenía a un lado un gran recipiente lleno de una especie de estopa grisácea desde la que se desenrollaba una espiral peluda que, retorciéndose en sí misma, pasaba por un laberinto de engarces, alambres, tubos y agujas hasta salir aceleradamente por el otro extremo convertida en un hilo que se bobinaba sobre un cono de cartón, engordando a una velocidad de vértigo para caer sin ruido en una cinta transportadora.

²⁹ Autobús interzonal.

Me indicaron que pasara para unirme a la asamblea que ya estaba preparada para sesionar y mientras me acercaba para sentarme a la mesa donde estaban los miembros que presidían noté que se habían detenido las máquinas. A las delegadas de fábrica se les sumaban un representante regional, otro zonal de la CGIL y yo, como un exiliado argentino para informar sobre la situación en el país y acerca de las luchas en curso.

En frente y cubiertas de una pelusa blancuzca propia del trabajo en la hilandería, siempre sumida en una bruma húmeda y pegajosa que envolvía el ambiente, trescientas cincuenta trabajadoras en uso de la hora de licencia gremial permitida para desarrollar sus actividades sindicales, enfundadas en los uniformes con sus cofias y barbijos, silenciosas, firmes, exigentes, alertas, atendían a los oradores expectantes por saber cómo se resolverían sus reclamos en mejora de las condiciones de insalubridad y a la jornada laboral planteados a la patronal.

Previo presentación de quienes ocupábamos los lugares en el estrado se dio inicio a la asamblea comenzando por la lectura del orden del día donde se incluía, como último punto, mi participación para hablar sobre los motivos de mi presencia e informar sobre la situación de las luchas en Argentina y Latinoamérica. Al proponerse el tratamiento del primer punto una trabajadora pidió la palabra para decir que la cuestión más importante era la referida a la solidaridad con los trabajadores argentinos y propuso que se cambiara el orden y se pasara a tratar primero ese tema. La votación que aprobó por unanimidad esa iniciativa me produjo un impacto difícil de medir. Sentía cómo la emoción me golpeaba al notar el profundo sentido solidario de esas mujeres dispuestas a posponer sus propios intereses para atender las necesidades de compañeros de lucha de un país muy lejano. El silencio y la atención con que esperaban mi palabra aceleraron mis pulsaciones poniéndome frente a la evidencia de la responsabilidad que estaba asumiendo.

Me pasaron el micrófono y después de agradecer que me hubieran recibido comencé a expresar con palabras lo que esas mujeres me impulsaban a decir. Conté con detalles algunos casos muy resonantes de delegados gremiales torturados, de comisiones internas desaparecidas, de representantes de fábricas asesinados y continué con los militantes masacrados, con los campos de concentración, con la coordinación de las dictaduras del cono sur, con la participación norteamericana. Hice un breve racconto histórico de las luchas populares en Argentina, conté el papel de los primeros gremialistas ligados al anarquismo; hice hincapié en la trascendental participación de las mujeres en las luchas y cómo eran especialmente atormentadas en los centros de detención clandestina; hablé de la firmeza y decisión de sus puntos de vista y su voluntad inquebrantable de construir una sociedad más justa para sus hijos. Finalmente informé sobre la resistencia en el país y las luchas en condiciones durísi-

³⁰ Hilandería.

mas bajo el acoso de la represión, concluyendo con un detalle de nuestros planes de retorno para reincorporarnos a la actividad política contra la Dictadura, ahora con el agregado de lo que habíamos aprendido de la experiencia italiana y habiendo recibido el cariño, el soporte, la ayuda y la solidaridad de los sectores de este país comprometidos con las luchas democráticas.

Para despedirme dije que por las venas de la mayoría de los argentinos, muchos de ellos desaparecidos, presos, torturados, asesinados, pero también de los que resistían corría sangre italiana, y que sólo hacía falta leer los apellidos en las listas de víctimas y luchadores para darse cuenta de qué tan juntos estaban los sentimientos de allá con los de acá.

De pronto comenzaron a corear “El pueblo unido jamás será vencido” y una mujer de unos cincuenta años se puso a entonar las primeras estrofas de “Addio Lugano Bella”, la canción que homenajea a los anarquistas desterrados en los primeros años del siglo XX. Las voces de todas aquellas trabajadoras fueron creciendo al tiempo que la cadencia de la música pasaba de un tono melancólico a un final casi épico y muy parecido a una consigna de lucha.

Hoy, al recordarlo, no puedo evitar la evocación de las escenas de Novecento, la película de Bernardo Bertolucci que tanto nos había impactado, en la que un grupo de mujeres campesinas encabezadas por la bellísima Stefanía Sandrelli enfrentan a los esbirros fascistas al mando de Donald Sutherland cantando

Sebben che siamo donne
Paura non abbiamo
Abbiamo delle buone belle lingue
Vogliamo la libertà
La libertà non viene
Perché non c'è l'unione
Crumiri col padrone
Son tutti da ammazzare.

Cuando me retiraba tembloroso y tenso por la experiencia vivida se acercaron dos mujeres que se separaron del grupo y una de ellas, casi sin palabras, me entregó un sobre con el resultado de una colecta realizada en ese momento como ayuda para nuestros planes de retorno. Era el equivalente a mil quinientos dólares, una suma verdaderamente importante para los sueldos de ese momento. Sin embargo no era sólo una ayuda material sino que significaba el apoyo a nuestras definiciones políticas que estaban mostrando una madurez nacida de los duros golpes recibidos y que eran comprendidas por aquellas luchadoras que con firmeza inquebrantable avanzaban hacia la conquista de sus reivindicaciones, concientes de la trascendencia de su participación en la construcción del modelo democrático en el que estaban empeñados la mayoría de los italianos en aquellos años. Se despidieron con un beso

en cada mejilla, me desearon suerte y retornaron a su asamblea para tratar el siguiente punto del Orden del Día.

Treinta y cinco años después de la llegada a Italia de Lilia para integrarse a los partizanos durante la guerra nosotros emprendíamos el viaje inverso. Poco antes de partir nos invitó a cenar a su casa para compartir junto con la exquisita comida y los fabulosos vinos que nos ofreció, una velada plena de emociones, recuerdos, interrogantes, angustias y alegrías. Le contamos sobre su barrio de Caballito, que conocíamos muy bien (intentamos ubicar con la memoria la casa que había sido suya, rememorando lugares, esquinas, plazas, cines y cuanto referencia fuera posible). Su esposo en un silencio pleno de afecto y respeto por una parte de la historia de su mujer que no conocía y que se revelaba con una vitalidad inesperada, nos miraba sonriente como si no se sintiera parte de esa cofradía formada por Lilia y nosotros unidos por los recuerdos del paisaje de su juventud. Antes de los saludos de la despedida Lilia se apartó con Juanita por un momento y la llevó hacia las habitaciones interiores. Regresaron casi enseguida abrazadas con un gesto de complicidad misteriosa y sosteniendo un pequeño envoltorio mientras reían por lo bajo. Al llegar a casa abrimos la caja y Juanita me mostró una bella peluca de cabello natural de color rojizo que Lilia le había dado para que la usara en el caso que tuviera que cambiar de fisonomía para reingresar a la Argentina.

IX DESPEDIDA

Mi diranno «che bel fior!»....

Me diran que bella flor...

Al trasponer el portón del cortile, y después de caminar unos cincuenta pasos por el adoquinado de la entrada de carros, subíamos las escaleras de la izquierda, que se iban angostando y retorciéndose en el estrecho espacio por donde pasábamos. En el último escalón la puerta daba acceso a la cocina a través de cuya ventana podía verse la continuidad del passo carrabile³¹ hacia la casa donde Gianni y Sandra y sus dos hijos vivían y trabajaban en su pequeño taller de artesanías y serigrafía.

Una especie de pasillo balcón abriéndose sobre la entrada era el espacio común de las otras casas y dejaba entrever estantes colmados de frascos con conservas de pomodoro, zucchini, melanzane³², dulces de colores y sabores envidiables, botellas de grapa y vino mezclados con los aparejos usados en su elaboración. Bellísimos y antiguos aparatos para triturar, para filtrar, para tapar, para producir el vacío que facilita su conservación. Una fascinante exposición propia de un mundo de fantasía que nos había acogido sin preguntas a pesar de nuestra diversidad.

La habitación grande tenía una ventana que se abría a la calle y nos enfrentaba con la capilla de aspecto medieval a tono con el barrio antiguo de Ivrea; a un costado, el baño. Y eso era todo.

En las noches de invierno mirábamos hechizados cómo el puente se cubría de nieve, repitiendo con sonrisas autosuficientes los relatos escuchados de nuestros amigos y vecinos acerca del cruce de ese mismo puente por Carlomagno y sus tropas. Nos lo contaban con la seriedad y convicción de quienes se saben continuadores de algo que forma parte de su propia historia y que para nosotros sonaba como fantasías propias de cuentos infantiles o epopeyas de caballeros tan distantes de nuestras urgencias. Partíamos avellanas al calor de la estufa y trazábamos planes de retorno mientras analizábamos la situación de nuestra organización y tratábamos de definir posiciones en la discusión abierta con respecto a la línea política y los caminos a seguir.

Cada golpe de martillo sobre una avellana provocaba sin saberlo nosotros un reflejo en nuestros vecinos acostumbrados al uso del cascanueces, hasta que un día Gianni golpeó suavemente la puerta para preguntar en voz apenas audible si necesitábamos ayuda y

³¹ Paso de vehículos.

³² Tomate, zapallitos, berenjenas.

después de darse cuenta que rompíamos nocchie³³ nos dijo en su dialecto piemontes con reminiscencias francesas:

—Pensavamo che stavate piantando chiodi³⁴.

La charla continuó entre risas, ahora en un italiano más comprensible para nosotros mientras derivábamos hacia su ingenua curiosidad que fue descubriendo un profundo y sentido interés solidario a medida que revelábamos los detalles de nuestros próximos pasos en dirección a Argentina. La preocupación por saber en qué condiciones podríamos llegar, cómo retomaríamos las actividades cotidianas, qué haríamos con la escuela de las niñas, de qué manera conseguiríamos los recursos para la vida, en qué trabajaríamos fueron mostrándose como angustias de quienes presumían amenazas reales en nuestro futuro inmediato pero sabedores de nuestra decisión y apoyando nuestro proyecto deseaban paliar en todo lo que estuviera a su alcance los riesgos que imaginaban inevitables.

La invitación a conocer su casa y su taller nos introdujo en su vida que se abrió sin límites para ofrecernos todo aquello que pudiera resultarnos de utilidad. Así fue como aprendimos la forma de manejar los instrumentos de serigrafía, un método artesanal de transferencia de imágenes que puede ser empleado en actividades gráficas, textiles o artísticas y que era lo que Gianni utilizaba para su trabajo. Las explicaciones tenían la seriedad de quien está mostrando las bases de un oficio aprendido de artesanos siguiendo tradiciones milenarias. Su ofrecimiento estaba imbuido de la fuerza propia de quien transmite un elemento material útil para desenvolverse en situaciones difíciles, como la que presumía con certeza que nos esperarían en Argentina. Sabía que con ese método podríamos tanto trabajar para sobrevivir, como imprimir propaganda política. El clima de secreto y conspiración se notaba en el tono bajo de su voz y alcanzó su apogeo cuando su esposa Sandra se acercó y le entregó a Juanita una bolsa de la que extrajo un mantel con delicados diseños mientras le explicaba que se trataba de un regalo de bodas que había recibido y que fuera bordado por monjas de clausura de un convento. Ante nuestra mirada entre encantada y asombrada ella simplemente dijo:

—Si hace falta lo pueden vender ya que es de gran valor.

El mantel adorna la mesa principal de nuestra casa y todavía hoy, casi treinta años después, cada vez que partimos una nuez, una almendra o una avellana, escuchamos la voz de Gianni diciendo:

—Cacho ha piantato un chiodo.

Suaves ondulaciones prolijamente cultivadas hasta la saciedad conforman un paisaje que parece emerger de las pinturas impresionistas y hace que uno comprenda la desespe-

³³ Avellanas.

ración de aquellos artistas cuando trataban de capturar lo que sus ojos veían. Dejábamos a Ana y Amanda en la escuela y mientras Juanita concurría a su trabajo en una exportadora de papas yo subía y bajaba por el camino todas las mañanas recorriendo los once kilómetros en la bicicleta prestada por los amigos italianos, abrigado con ropas apropiadas a ese durísimo clima invernal, para llegar a Montalto Dora donde el Sindaco, a su vez dirigente zonal del PCI, con la naturalidad propia de quienes se sienten parte de lo mismo me había conseguido un puesto para realizar trabajos de mantenimiento urbano.

Los pueblos esparcidos por las colinas del Piemonte son muy parecidos entre sí, pero cada uno tiene su característica especial. A Montalto Dora, pueblo de origen romano se lo distingue desde la carretera que lleva a Valle D'Aosta, la bellísima zona alpina que se une con Francia, por el imponente castillo que se alza sobre la cima de la montaña mirando a la derecha. El diseño urbanístico desplegado en los escasos 7,49 kilómetros cuadrados de su territorio ubica al palacio municipal frente a la plaza como todos estos fascinantes burgos medievales.

En su entorno de no más de un kilómetro cuadrado se concentra la población urbana compuesta en esos días por 1.762 varones y 1.803 mujeres. Yo los veía pasar a las mismas horas ocupados en sus quehaceres cotidianos, hasta que después de varios días de encuentros y respetuosos saludos, terminaron por incluirme en su paisaje habitual tratándome como a uno más. Dejaba la bici en la puerta del despacho del Sindaco y pasaba a saludarlo bien temprano antes de presentarme al encargado de mantenimiento para tomar las tareas del día. En la pared derecha de su despacho, una vitrina con una serie de informaciones que se actualizaban periódicamente indicaba:

Población a la fecha:	3.565
Varones:	1.762
Mujeres:	1.803
Núcleos familiares:	1.441
Nacidos en el año:	31
Fallecidos en el año:	22
Saldo natural:	9
Inmigrados en el año:	108
Emigrados en el año:	103
Saldo migratorio:	5

Mi arrogante incredulidad ante tanta precisión que indicaba el conocimiento personal de cada uno de los habitantes del lugar, y que estaba tan alejada de las estadísticas frías de las grandes ciudades donde siempre viví, era respondida con una sonrisa candorosa al

³⁴ ¡Pensábamos que estaban clavando clavos!

nombrar a cada una de las personas que formaban esa estadística, por quien se sabía el cabal representante de sus vecinos. Su pregunta infaltable era siempre para saber como marchaban las “cosas” refiriéndose de manera conspirativa a nuestros planes de regreso. No quería conocer los detalles, sólo saber si hacía falta algo en lo que pudiera colaborar.

Sabíamos que iba a pasar, pero igualmente nos sorprendió ver como de pronto comenzaba a cruzar el puente una multitud agitando banderas y estandartes. A medida que avanzaban y cubrían todo el espacio de las calles del centro histórico, transformaban mágicamente la fisonomía del lugar hasta convertirlo en un paisaje de leyenda. Casi todos vestían trajes de época, coloridos ropajes medievales que armonizaban con las características de la zona vieja de la ciudad. No eran sólo los habitantes de Ivrea, también estaban los que llegaban de las localidades vecinas e incluso desde mas lejos.

Turistas y curiosos no perdían detalle de este evento casi inaudito que durante cuatro días retrotraía a la ciudad a sus orígenes, transformándola en un antiguo burgo. Los gorros frigos, símbolos de libertad y fraternidad heredados de la revolución francesa, adornaban casi todas las cabezas y su uso se tornaba indispensable en esos días del carnaval. Las escuadras vestían uniformes propios de los guardias de palacio, con sus pantalones a media pierna, enfundados en medias con calzado de época y blusones de largas mangas englobadas que terminan en puños con volados y manos enguantadas. Generalmente a rayas y de colores contrastantes, se los veía rojos y amarillos, verdes y azules, lilas y anaranjados, siempre de telas brillantes.

El carnaval de Ivrea se celebra todos los años desde el 1.200 de la era cristiana y tiene sus orígenes en una historia de libertad que fue protagonizada por una doncella llamada Violetta, quien se rebeló contra el tirano que, como era habitual por esos días, pretendió pasar con ella la primera noche de bodas, haciendo uso de su derecho de *jus primae noctis*.

Cuenta la leyenda que Violetta decidió resistirse a la pretensión del señor cortándole la cabeza, y asomándose al balcón se la mostró al pueblo que estaba reunido en la plaza al pie del castillo. Ello dio comienzo a una rebelión popular que asaltó el palacio y derrocó a la tiranía. Desde entonces, y sin detenerse ni en los momentos más difíciles de su historia, se reitera la batalla de las naranjas, típica muestra del carnaval de Ivrea que recrea estos episodios; los naranjeros de a pie representan al pueblo y aquellos que van en carros resultan los émulos de los defensores del castillo.

La leyenda popular que da sustento a la fiesta se refuerza con un episodio que cuenta que hasta el 1.600 esta celebración se realizaba separadamente en dos comarcas vecinas, las que, sin encontrarse, fueron desarrollando con cada festejo crecientes sentimientos de rivalidad, hasta que en 1.808 el gobierno napoleónico que por entonces tenía bajo su do-

minio esta región, decidió unificar el carnaval en la Ciudad de Eporedia, antiguo nombre de Ivrea, para poner punto final al enfrentamiento.

Como siempre sucede cuando se pretende resolver con medidas burocráticas cuestiones que involucran al pueblo, este acto de gobierno en lugar de terminar con el conflicto provocó la exacerbación del encono entre ambos grupos de pobladores, reforzadas ahora las causas que dieron lugar a la batalla de naranjas pero esta vez entre los vecinos rivales quienes decidieron adoptar cada uno una posición en el enfrentamiento, ya sea montados en sus carros o a pie, como indica la tradición.

Los preparativos que se realizan durante todo el año convocan verdaderas multitudes en cada agrupación, y los detalles de la organización, estrategia, vestimenta, adornos y estratagemas de combate son celosamente guardados por sus integrantes. Las reglas del enfrentamiento, que incluyen las rutas de desplazamiento y los colores de las divisas, son definidas con mucha precisión y su aplicación se acuerda todos los años en los encuentros previos entre los líderes rivales, quienes emiten juramentos de honor para garantizar su estricto cumplimiento. El lugar de la batalla final es la plaza principal, y se destinan a la lucha más de 3.600 toneladas de naranjas.

Armados con cientos de kilogramos de naranjas en cada vehículo, los naranjeros montados en sus carros, ya sean parrillas tiradas por dos caballos, o cuadrillas tiradas por cuatro, se acercan encolumnados al centro de la ciudad vestidos con armaduras que les cubren el cuerpo entero y, cual caballeros de aquellos años, portan yelmos y escudos para defender sus partes más vulnerables. En medio de la multitud que cubre todo el trayecto, con los caballos a paso de hombre por el aglomeramiento humano que los circunda, acuden al lugar del encuentro con el enemigo, que de a pie e igualmente armado los espera para el combate.

Todo el pueblo está en las calles. Más de 25.000 ivreenses, acompañados de los visitantes ocasionales, participan del evento que va creciendo en intensidad hasta alcanzar su clímax incluso antes del encuentro definitivo en la plaza. El desarrollo de escaramuzas a lo largo del trayecto comienza a manifestar el encarnizamiento de la batalla, cuando los naranjeros de los carros, asomando medio cuerpo por las barandas, arrojan con fuerza inaudita sobre los caminantes y a una velocidad y con una puntería asombrosa, toda su carga de munición naranjera. Los gritos y las provocaciones entre los grupos rivales calientan el ambiente, mientras los pedestres responden a las agresiones con sus naranjas, que son portadas en cestas y canastas de dimensiones y pesos descomunales, por equipos de cargadores que se ocupan de proveer de munición a los lanzadores, organizando una compleja operación de logística.

Las terrazas y balcones adornados con baldones y banderas son verdaderos alcázares desde donde los vecinos se unen a la batalla también con sus vestidos de época, arrojando

naranjas sobre los carros, los peatones y los simples paseantes que se ven involucrados en el juego del que es imposible apartarse. La alegría y el festejo crecen hasta el paroxismo y el colorido de las vestimentas se mezcla con el atavío de los carros haciendo imposible no sentirse parte de la celebración.

En medio de esa algarabía, no exenta de inocente nostalgia, nuestros sentidos se veían rebalsados en su capacidad para comprender, y sobre todo para absorber el magnífico espectáculo, que se desarrollaba en ese lugar hasta hacía muy poco absolutamente ignoto, y del que participábamos tímidamente con la sensación extraña de encontrarnos en un lugar y en un tiempo que no eran los nuestros.

La multitud nos arrastró hacia la plaza principal, escenario de la batalla final y agarrando fuertemente de las manos a las niñas mientras esquivábamos naranjazos, descubrimos con asombro sin límites cómo estos vecinos tan circunspectos, formales y educados en sus vidas cotidianas, mutaban en verdaderos guerreros del medioevo dando rienda suelta a sus sentimientos de pertenencia y tradición.

Terminada la batalla sin vencedores ni vencidos, la fiesta continúa ya sin rivalidades, con bailes, risas, cantos y banquetes servidos en las calles donde todas las casas dejan ver sus puertas abiertas de par en par.

Mi tarea consistía en pintar un número correlativo en los postes de luz plantados en cada una de las calles del pueblo. Recuerdo que había cinco cada cien metros. Las calles siguiendo las formas del terreno y sin ser tortuosas se curvan en su continuidad hacia arriba o abajo de la colina hasta finalizar de pronto en la última casa. Sólo las rutas que comunican con los otros pueblos parecían no tener fin. Mis herramientas eran un tarro de pintura negra, un rodillo y un juego de planchas de metal con los diez números troquelados que debía combinar para formar el correspondiente a cada poste. Caminaba por las calles envuelto en una calma sólo interrumpida por las señoras que hacían sus compras o los niños que iban rumbo a la escuela, para detenerme en cada poste y pintar su número con la prolijidad de quien sabe que está respondiendo a una oferta solidaria. Mis compañeros de labor pasaron a ser el cartero, el barrendero y los reparadores de servicios de gas, luz y agua, con quienes coincidía en cualquier esquina. Sabiendo quien era yo y porqué estaba haciendo esa tarea me saludaban con un dejo de simpatía y apoyo no exento de compasión. Conocían mi condición de refugiado político, pero ignoraban mi compromiso revolucionario.

Numerados todos los postes del pueblo, mi siguiente tarea fue pintar las verjas que se extienden a lo largo de ambos márgenes del río Dora por la calle principal incluyendo las del puente que lo cruza y que hace las veces de frontera final, ya que una vez franqueado se entra en la ruta que continúa hacia el horizonte. No eran demasiado largas, porque en

algunos tramos la ribera se abre a una especie de playa y sólo en los lugares donde el barranco amenazaba se erguían las verjas. La tarea era simple, pero el frío que helaba el metal y endurecía los dedos dejó una huella imborrable en mi memoria.

Me acompañaba siempre el pensamiento de sentirme en una situación irreal, no me resultaba normal estar en esos lugares haciendo esas cosas. Si bien gozaba intensamente de la sensación de estar siendo parte de algo realmente trascendente y de encontrarme en paisajes fascinantes cobijado por personas tan cálidas y solícitas, no podía dejar de sentir una especie de extrañeza sabiendo que cuando terminara sería una parte de mi vida transcurrida como en un sueño. ¿Qué hacía yo, contador de profesión, habitante de Buenos Aires, asiduo concurrente a cineclubes y teatros, seudointelectual politizado por las circunstancias, arquero por vocación y militante tardío, pintando los postes de luz de este increíble pueblo al pie de los Alpes?

Un día cualquiera fue el último y esa vez el saludo matinal con el Sindaco tuvo un sabor especial. Nunca nos despedíamos al finalizar el día, sólo nos encontrábamos por la mañana cuando yo llegaba. Pero cuando me fui para no regresar al día siguiente, me esperó a la tarde al volver de mi ronda. Le dije que quedaba una parte de la tarea sin terminar, pero que no podía seguir viniendo. Entendió rápidamente y en el abrazo silencioso que me dio expresó todo su sentimiento de hombre, que en la serenidad de su madurez envidiaba de alguna manera lo que era nuestra vida y nos deseaba éxito con el temor y la angustia de quien deja ir a alguien por quien se empieza a sentir el afecto nacido no de la convivencia de años, sino de la coincidencia de aspiraciones y de sentimientos que se descubren al primer golpe de vista. Sabíamos ambos que éramos compañeros.

Luis y Chela habían conseguido ubicarse en Raconigi y vivían en una casa propiedad de la Comuna. Teníamos muy buena relación y cuando apareció la oportunidad de un trabajo nos lo comentaron para que viéramos las posibilidades de aceptar la propuesta. Era sólo para él y para mí y planteaba la necesidad de separarnos de nuestras mujeres mientras durase. No era fácil la decisión, ya que no estábamos habituados a estas separaciones, pero la posibilidad de reunirnos con algunas liras no podía ser despreciada. Además contábamos con el apoyo de los amigos y compañeros del lugar que nos facilitarían las cosas en lo referente al contacto con quien nos contrataría.

Pese a los más de 60 kilómetros de distancia que había desde Ivrea nos decidimos y un fin de semana fuimos hacia allá para conversar y analizar el tema. Aceptada la propuesta, Juanita y las chicas se volvieron a Ivrea con la promesa de viajar los fines de semana para vernos mientras durasen los trabajos.

El cambio de tren en Torino hacía mas largo el viaje y nos llevaba a una zona que no

conocíamos. Más llana, con menos colinas y con un paisaje diferente al que estábamos habituados. Allí los cultivos eran un poco más extendidos y no se veían tantos viñedos. Bajamos del tren en un pueblo típico de la campiña piemontesa, de casas bajas en el centro histórico y con barrios modernos en los alrededores, que hacían presumir la prosperidad de sus habitantes.

Luis y Chela vivían en una casa en los altos del Palacio comunal, por lo que resultó muy fácil encontrarlos. Los abrazos, los saludos, la alegría del encuentro, los comentarios sobre los compañeros y la situación de cada uno no traspasaron el umbral de los detalles. La actitud conspirativa y la compartimentación de la información formaban parte de nuestro estilo. Además continuábamos militando y estábamos en una etapa crucial donde se acercaba el tiempo del regreso y debíamos reforzar las medidas de seguridad. Nos presentaron a los compañeros italianos quienes inmediatamente, y como era habitual, organizaron una comida para recibirnos donde tuvimos oportunidad de conocer al resto del grupo que los apoyaba. Esa sensación de sentirnos protegidos se volvió a manifestar a partir del primer contacto y las charlas sobre nuestra actividad en Ivrea y la ayuda que recibíamos disparó un pequeño sentimiento de sana competencia que se reiteraba en cada lugar donde había compañeros cobijados por amigos italianos. Cada grupo quería ser el que diera mayor muestra de solidaridad y se esforzaba por conseguir mayores y mejores ayudas para nuestro proyecto de retorno.

La apariencia de llanura que en realidad es más un valle entre colinas, le permite a Racconigi, según dicen los lugareños, contar con un microclima muy especial que hace apropiadas esas tierras para cultivos muy diferentes de los habituales en la zona. La provincia de Cúneo tiene casi todo su territorio en zona montañosa prealpina, y su característica principal son las colinas sobre cuyas laderas se cultivan principalmente vides y avellanas. Es la tierra del barolo, del dolcetto, del barbera, vinos de exquisitos sabores que aprendimos a gozar con respeto y deleite.

Las explotaciones agrícolas se desarrollan de maneras muy diferentes a las formas usadas en Argentina. Las limitaciones de la topografía imponen fronteras a su extensión, pero además la producción está en manos de pequeños propietarios que trabajan no en forma industrial a gran escala, sino de manera familiar con atención personal de sus dueños y en contacto permanente con la actividad. Resaltan en el paisaje los cultivos de manzanas con las que, aprovechando las condiciones especiales del terreno, los pobladores obtienen buenas cosechas de gran calidad. En la cercana localidad de Villafalletto se encuentra una de las zonas con mayor cantidad de estas plantaciones donde las haciendas cubren prácticamente toda la superficie cultivable. Allí teníamos que integrarnos a un grupo de recolectores, porque había llegado el tiempo de la cosecha.

Los trabajos se encontraban en pleno desarrollo y nuestra llegada no interrumpió la

continuidad, sino que debimos sumarnos a las tareas apenas presentados al dueño de la plantación, que nos esperaba por haber recibido nuestras noticias de parte de los amigos italianos que nos habían recomendado. El trato con ser cordial, no manifestó ninguna de las características a las que nos habíamos habituado cuando hacíamos trabajos con el apoyo solidario.

A la raccolta³⁵ se incorporan gran cantidad de personas con los más diversos objetivos; muchos estudiantes se costean los estudios participando de ella en diferentes lugares y los inmigrados ilegales son aceptados sin demasiadas preguntas.

Después de dar nuestros nombres y de una brevísima charla de cortesía, fuimos subidos a un acoplado tirado por un tractor que nos condujo directamente a la plantación. Mientras viajábamos entendimos que viviríamos en una barraca común para los hombres separada de otra para las mujeres y que al regresar cada día del campo con poco tiempo para la higiene, nos sentaríamos a la mesa para cenar. Así de lunes a sábado y de sol a sol hasta el último día.

Al acercarnos fuimos viendo la plantación, que era realmente extensa, con altos árboles muy frondosos en medio de cuyas ramas se movían los recolectores arrancando manzanas para ponerlas en cestas de mimbre apoyadas en el primer escalón de las precarias escaleras. Eran muchos y de todas las edades. Mujeres y hombres confundidos entre el ramaje.

Nos dejaron al pie de la arboleda en una especie de pasillo entre dos filas de manzanos. Desde la cima de las escaleras y sin dejar de trabajar nos saludaron cordialmente pero con poquísimas palabras. El capataz nos indicó donde podíamos conseguir nuestras escaleras y nuestras cestas y se fue.

Un poco desorientados recibimos con alivio la indicación precisa de una mujer de edad indefinida que, bajando de su escalera con la cesta rebosante de manzanas, se nos acercó sonriente habiendo percibido nuestros temores.

—Al poner la escalera deben tener cuidado de no voltear manzanas—nos dijo.— Pónganla siempre de costado y busquen una rama gruesa para apoyarla —continuó mientras volcaba su carga en el furgón depósito que se llenaba al pie.

Sin detenerse un minuto volvió a subir, y allí nos dimos cuenta de que estaban cantando. Ella también se puso a acompañar la melodía que coreaban todos. Alcanzamos a entender que se trataba de una triste canción campesina típica de la región que hablaba sobre la muerte de la mamá y del cementerio cubierto por la nieve. La cadencia acompañaba el movimiento de las manos al elegir y arrancar cada manzana marcando una especie de ritmo de trabajo. Algunos cantaban y otros seguían el ritmo tarareando pero nadie estaba callado, era una forma de unión y compañía.

³⁵ Cosecha.

Agarramos con firmeza nuestras cestas y elegimos las escaleras que descansaban acostadas sobre la tierra. Eran verdaderamente altas y muy angostas en la punta pero con la base más ancha, de una sola hoja y con los escalones muy separados. Al levantarlas para acercarnos a los árboles notamos que eran muy difíciles de manipular y nos costaba mantenerlas erguidas por lo que empezamos a trastabillar tratando de mantener el equilibrio mirando de reojo la cesta que deberíamos subir hasta la punta del manzano. Sin decir palabra, pero pensando que iba a resultar imposible meterlas entre el ramaje dimos algunos pasos mientras notábamos que se silenciaba el canto. Avanzando y retrocediendo, mirando hacia arriba, lo que nos hacía tropezar con las irregularidades del terreno, nos vieron como una amenaza real y decidieron ayudarnos.

Un experimentado recolector tomó con firmeza mi escalera y hablando en un piemontes ininteligible me explicó cómo debíamos agarrarla apoyándola sobre el hombro para guiarla sin dificultad. Con una destreza asombrosa la introdujo en el espeso ramaje pletórico de manzanas sin rozar ni siquiera una y una vez ubicada la giró para apoyarla con firmeza. Con un gesto me quiso decir que era sencillo y me invitó a sacarla y volver a ponerla para que pudiéramos comenzar a trabajar sin convertirnos en un estorbo.

Pasé mi brazo izquierdo entre el tercer y cuarto escalón, como me había enseñado, y la saqué sin que cayera ni una manzana. Todos me miraban. Envalentonado me dirigí veloz para volver a ponerla y en ese momento me cayeron encima no menos de diez hermosas manzanas rojas provocando la explosión de risas de todos los recolectores. Recuperando la humildad del ignorante y recordando los movimientos que me habían mostrado apenas un minuto antes lo volví a intentar y esta vez recibí la aprobación generalizada que daba fin al recreo al tiempo que recomenzaba el canto. Esta vez se trataba de una canción festiva con una especie de contrapunto jocoso entre los hombres y las mujeres, que entre risas se provocaban respondiendo con tono picaresco a cada estrofa.

Sobre el mediodía y sin mediar aviso comenzaron a bajar. Nosotros, ensimismados y con nuestros pensamientos a kilómetros de distancia de Villafalletto, continuamos recogiendo manzanas cada uno en su árbol sin notar que desde abajo nos invitaban. Eran más de treinta y los veíamos juntos por primera vez reunidos alrededor del carro recolector, sentados o tumbados sobre la hierba nos hacían señas para bajar. Nos miramos de árbol a árbol y decidimos bajar. Nos acercamos lentamente, algo cansados y doloridos por la tensión de quien no se encuentra en su ámbito, y vimos a una joven que nos ofrecía pan, queso y salame que cortaba en rebanadas. Los demás estaban comiendo y comprendimos que se trataba de una merienda que formaba parte del trato. Las charlas eran muy amenas y tenían la ingenuidad de quienes han estado todo el día juntos y comparten las trivialidades de la vida cotidiana. El experto recolector con la gorra recostada sobre una oreja y apoyado sobre la rueda del remolque nos tendió una botella de vino rojo mientras nos

hacía un lugar a su lado.

Camillo Olivetti, empresario socialista y judío, fundó su fábrica de máquinas de escribir en Ivrea en 1908 y desde entonces toda la vida de la ciudad giró en torno suyo. Prácticamente todas las familias vivían del trabajo de alguno o varios de sus integrantes en la Olivetti, además de concurrir a sus escuelas y participar de sus instituciones sociales y deportivas. La concepción de sus fundadores estaba imbuida de aspiraciones sociales de cooperación entre dueños y trabajadores, en un intento por oponerse a las corrientes de explotación extrema vigentes en esos años, y al influjo de estas ideas fue creciendo la ciudad en un ambiente armónico de desarrollo y prosperidad.

Durante el fascismo y la ocupación nazi la empresa se transformó adoptando las nuevas reglas impuestas por la autoridad omnímoda y brutal, que definía con precisión prusiana el lugar que cada uno debía ocupar en la escala social. Los sistemas de producción se modificaron y se perdieron una a una las condiciones de participación y cooperación, a la vez que la empresa crecía en su potencia de producción, absorbiendo con voracidad los resultados del trabajo de sus obreros.

Finalizada la guerra y bajo el influjo de la fuerza de la democracia que se fortalecía con la activa participación de los sindicatos y los partidos políticos populares, Olivetti intentó retomar su línea dándole nuevo impulso a Ivrea, que vio crecer rápidamente su estándar de vida al compás del avance de la fábrica que modernizaba sus sistemas, alcanzando dimensión internacional.

Pero ya a finales de los setenta, la furiosa concentración económica que anticipaba la globalización empezaba a mostrar sus nefastos efectos amenazando a los pobladores con los fantasmas de la capacidad limitada de la empresa para absorber trabajadores, impulsando a muchos jóvenes a unirse a las columnas que se dirigían a las grandes ciudades en busca del futuro que no encontraban en sus pueblos. La mayoría estudiaba en las universidades de Torino y algunos se desplazaban hasta Bologna o Milano, donde además de encontrar los conocimientos que iban a buscar, se mezclaban con los que discutían las cuestiones políticas que inquietaban a los estudiantes y trabajadores de las grandes concentraciones urbanas. De esta manera se enteraban y comprendían las motivaciones que impulsaban a los pueblos de los países más pobres en sus luchas por construir sociedades más justas y comenzaban a involucrarse en tareas de denuncia y solidaridad con esas luchas.

Bruno y María habían agigantado sus figuras hasta convertirse en apoyos imprescindibles, tanto para nuestra vida cotidiana en Ivrea como para la obtención de ayudas, y enterados de que nuestros tiempos empezaban a acelerarse su actividad en la búsqueda de elementos imprescindibles para nuestro viaje se tornó frenética. Conmovía verlos tan invo-

lucrados, asumiendo como propios nuestros problemas y compartiendo las preocupaciones para su resolución. Comenzaron a convocar a sus amigos y compañeros de mayor confianza, para lanzarlos a una verdadera cruzada para la obtención de fondos, que veían como el tema de mayor importancia por las circunstancias en las que deberíamos movernos.

En el delicado tema de los documentos decidieron apoyarse en una pareja de jóvenes estudiantes muy comprometidos con las luchas populares y participantes activos de las movilizaciones de denuncia y solidaridad con los pueblos rebeldes, que siendo oriundos de Ivrea se habían trasladado a Torino para estudiar en la universidad. Prepararon una reunión en su casa con Mauro y Ana María para que nos conocieran y tuvieran oportunidad de intercambiar algunas opiniones. La cena fue muy cordial y necesitó de varias horas para explicar quienes éramos, qué pensábamos y cuáles eran nuestros planes. Como siempre, evitamos dar detalles precisos acerca de las maneras de concretar el regreso, y ellos tampoco los pidieron ya que comprendían y compartían nuestros recaudos, en la conciencia de estar enfrentando a enemigos muy poderosos que habían dado acabada muestra de su decisión de oponer todos sus recursos en la lucha mundial entre el imperio, que buscaba su consolidación, y los pueblos que trataban de evitar su sacrificio.

Era casi de madrugada y la corriente de afectos y coincidencias había crecido mucho, cuando se ofrecieron a tramitar sus pasaportes italianos para entregárnoslos, de manera de brindarnos sus nombres como cobertura para la delicada tarea de atravesar medio mundo en nuestro camino de retorno a la Argentina. No fue preciso que les pidiéramos, ni tampoco hizo falta ninguna intervención de Bruno o María. Su decisión surgía claramente de la comprensión política y el compromiso solidario en un país donde la consolidación democrática alejaba cada vez más las posibilidades de procesos revolucionarios, pero involucraba seriamente a las personas con conciencia política en el apoyo sin límites a las luchas en Latinoamérica.

Una semana después nos encontramos caminando por la costanera del Dora. Estaban muy conmovidos por nuestra próxima partida y se mostraban insatisfechos por haber hecho sólo eso: darnos sus identidades. Cuando nos dieron sus documentos, prometimos cuidar sus nombres, y en los abrazos finales nuestro agradecimiento se convirtió en compromiso.

Capítulo X

EL DÍA DEL GUERRILLERO

E questo è il fiore del partigiano...

Esta es la flor del guerrillero...

El encuentro con Leopoldo fue como siempre entre abrazos y risas. Sus dientes blancos y la pulcritud característica de sus pantalones claros no se alteraban ni en los momentos de máxima tensión. Me llevó directamente hasta el “piso” donde vivía con su familia en el barrio de Aluche y me instaló en la habitación de sus hijos a pesar de mis protestas. Apenas llegaba yo de Italia donde los efectos de las resoluciones del VI Congreso comenzaban a mostrarse en inequívocas dudas y vacilaciones con respecto a las definiciones políticas que emanaban desde la Dirección recién nombrada, debilitando aún más las endeble estructuras partidarias que se mantenían expectantes a la espera de las indicaciones precisas acerca de los planes de regreso al país.

Aunque nos habíamos conocido tan sólo un año y medio atrás, en medio del vértigo de la salida hacia Brasil donde (empujados por la brutalidad de la represión,) me convertí sin esperarlo en un integrante del comité encargado de recibir y organizar a los compañeros que llegaban a Río de Janeiro, cumpliendo la orden del Partido de reagruparse en el exterior, la calidez y la confianza que seguía manifestándome cuando me vio no había disminuido en lo más mínimo.

((Nos reunimos con Jorge para evaluar las condiciones en las que nos encontrábamos después de)) El Congreso realizado en Italia había definido una estructura partidaria con nueva Dirección, relegando a los compañeros que manteníamos en alto las bases históricas de la línea política. El cambio en la orientación era muy profundo y dejaba en claro la fuerte disminución en la claridad política y en la firmeza ideológica sufrida por el Partido, a partir de la pérdida de importantes cuadros estratégicos y de la separación del movimiento de masas producido en la opción de la salida al exterior. La ausencia de la Argentina en los dos últimos años ponía una distancia insuperable entre la realidad y nuestras propuestas. Se habían producido modificaciones fundamentales en las componentes sociales del país, a consecuencia de la aplicación de las nuevas medidas tomadas por la Dictadura conducentes a promover un rediseño pretendidamente definitivo de la sociedad argentina, con definiciones contundentes acerca de los roles de cada sector social y puntualizando sin dudas la primacía de los poderosos. Era perentorio exigir una acción decidida de reinserción como paso necesario para cualquier decisión, tanto política como organizativa. Se imponía además un esfuerzo de humildad y vocación de servicio, que parecía haberse esfumado de nuestro horizonte, desdibujado por la lejanía de la acción concreta y la relación

muy estrecha con una realidad muy diferente de la que pretendíamos modificar. Nuestra decisión fue continuar dentro del Partido, acatando las disposiciones de la Dirección en el camino del regreso organizado hacia la Argentina, pero impulsando la concreción de los planes y acelerando los tiempos.

Volví a Ivrea con una sensación dual de entusiasmo por el regreso y preocupación por el lugar que me asignarían en el seno del Partido para esta importante etapa que se abría. De hecho fui nombrado secretario del nuevo Buró Político recién asumido y me apresté a preparar todo para nuestro traslado a México, que había sido definido como la primera etapa.

Al cabo de un año del fin de la escuela y de nuestro traslado a Ivrea, todo era muy diferente de aquel primero de nuestra llegada. El mágico ambiente de Naviante ya no estaba y cada uno se aprestaba a retomar sus actividades individuales en el camino del retorno. Tampoco era igual la situación de los compañeros que soportaban los avatares internos de la organización, roída por las garras de la derrota que se presentaba a nuestros ojos con mayor claridad de la que habíamos entrevisto en el momento de nuestra salida del país. Las divisiones, las deserciones y las diferencias de criterio, más allá de los bienintencionados intentos por soslayar su profundidad, ponían al descubierto el proceso de desgaste profundo que estábamos sufriendo.

El entusiasmo por el pronto regreso no alcanzaba a disimular la sensación de debilidad manifiesta que nos circundaba. Si bien habíamos conseguido muchos recursos y apoyos, la falta de claridad en las cuestiones políticas y las indefiniciones en la línea y en las prioridades condicionaban nuestro estado de ánimo. El único elemento válido parecía ser la resolución misma de volver para, una vez adentro, intentar el trazado de las acciones a seguir en relación directa con el panorama social que encontráramos y la aceptación con que nos recibieran los antiguos contactos y compañeros que aún continuaban en el país, muchos de ellos a la espera de la presencia del Partido para sumarse a las tareas de recuperación.

En México existía una buena base de compañeros que habían salido con ese destino y que después de concurrir a las escuelas en Italia regresaron a ese país al finalizar los cursos. Hacia allí nos dirigimos una buena parte de nosotros como primera escala en el camino de vuelta. Era necesario reeditar todos los procedimientos de seguridad, tabicamiento y clandestinidad que implicaban, entre otras cosas, el cambio de la documentación y la separación del grupo para recobrar los movimientos individuales, imprescindibles en la preparación para reinsertarnos en un terreno controlado por el enemigo, que seguramente conocería nuestros movimientos y que intentaría eliminarnos para completar la tarea de limpieza ideológica llevada a cabo por la Dictadura.

México ofrecía, además de la presencia de estos camaradas, una tradición de apertura y aceptación de exiliados y perseguidos políticos que se remontaba a los años del éxodo de los combatientes republicanos españoles y de los dirigentes bolcheviques enfrentados al estalinismo, además de haber sido base de sustentación y preparación para la epopeya del Moncada. En esos años, muchos combatientes latinoamericanos andaban por las calles de esa increíble megalópolis y no era extraño concertar encuentros con organizaciones que en sus países llevaban adelante luchas revolucionarias, convergiendo en un momento de dificultades continentales al influjo de la brutalidad de los planes globales del imperio.

La decisión de tomar a México como etapa necesaria en la ruta de vuelta estaba impregnada de estos elementos que se sumaban a la necesidad de alejarnos de las comodidades y seguridades que nos brindaba Europa, tan distante de las convulsiones políticas y sociales de América Latina.

Ya teníamos los medios necesarios, los fondos y los documentos que habíamos preparado nosotros mismos cambiando las fotos y adecuando los datos. En previsión de estas necesidades, Juanita había aprendido los conceptos básicos para hacerlo, y para mantener en el más estrecho círculo posible el conocimiento de nuestros movimientos no recurrimos a las estructuras partidarias y lo resolvimos por nuestra cuenta. Por esos días los pasaportes italianos no tenían sus hojas plastificadas, lo que hacía más fácil transformar los que nos habían dado Mauro y Ana María para que, con nuestras caras, nos travistiéramos en ellos.

Trazamos la ruta previendo la salida desde Milán por vía ferroviaria hasta París, desde allí nos dirigiríamos al aeropuerto para viajar con destino a Londres, allí cambiar de vuelo y tomar la combinación de Pan Américan hacia Ciudad de México con escala en Nueva York. Eran los tiempos en que Panam dominaba el mercado de aerotransporte y ofrecía vuelos intercontinentales que giraban continuamente alrededor del mundo, con paradas en las principales aeroestaciones para el ascenso y descenso de viajeros, como si se tratara de un transporte público urbano.

Cuando tuvimos confirmada la fecha del viaje nos propusimos dar una pequeña vuelta por los principales lugares de Italia que no habíamos tenido oportunidad de conocer. Contábamos con algunos dólares que nos había mandado la familia de Juanita desde Buenos Aires, y decidimos utilizarlos para eso, emprendiendo una minigira que nos llevó a Florencia y Venecia antes de hacer una última escala en Naviante.

La llegada a Europa había sido tan inesperada como remota en nuestros pensamientos y al encontrarnos a punto de abandonarla, creíamos que una vez reenvueltos en la vorágine revolucionaria de Argentina las ocasiones de volver serían todavía mas lejanas, en razón de lo incierto del futuro que nos aguardaba. De modo que, teniendo al alcance de la mano

la posibilidad de disfrutar de algunas de las maravillas mas extraordinarias de la creación humana, resolvimos no dejarlas pasar.

La capital toscana nos quitó la respiración ni bien pusimos un pie en la Piazza della Signoria con su Palazzo Ducale y la increíble galería de la Loggia haciendo de antesala al museo de la Galleria degli uffizi cuando se abre a la ribera del Arno con el Pontevecchio como punto de máxima fascinación. Caminar por la via dei calzaiuoli hasta Santa María in Fiore con su campanile y el Battistero de puertas de bronce cinceladas, acabó con nuestras fuerzas y nos obligó a tomar un respiro. Nuestra fatiga no era provocada por el esfuerzo físico de recorrer esos pocos centenares de metros, sino por la magnificencia de la hermosura plasmada en cada detalle. Una extraña mezcla de emoción, alegría y estupor ante tanta belleza nos aplastaba, a la vez que nos impulsaba a mirar una y otra vez esas magníficas obras de arte. La visita al David de Miguel Ángel y las Prisiones que la anteceden en el pasillo que conduce hasta él, nos brindó una clase magistral de talento y humildad al comprender la magnitud del genio, cuando decía que las formas estaban prisioneras dentro del mármol y que su tarea se resumía, simplemente, a ponerlas al descubierto.

Al día siguiente continuamos camino hacia la ciudad acuática deteniéndonos en Mestre, la penúltima estación de trenes donde nos esperaban en casa de unos amigos de Edo, artistas como casi todos los que no son comerciantes en esa zona, que nos brindaron alojamiento por tres días para que pudiéramos visitar Venecia. Hasta entonces creíamos haber alcanzado el nivel más alto en nuestra capacidad de asombro, pero al bajar del tren en Venecia Santa Lucia y descender las escaleras que desde el amplio espacio de la estación se abre al Canal Grande, comprendimos que todavía faltaba mucho por ver. En el trayecto del vaporetto³⁶ hasta Ponte Rialto no pudimos suprimir una sonrisa permanente por la inmensa felicidad del goce que experimentábamos. Recorrimos las calles de Venecia hasta el ghetto³⁷, donde todavía están frescas las huellas de las deportaciones plasmadas en magníficos frisos de bronce sobre las paredes, como recuerdo imborrable de la barbarie nazi, y desembocamos en Piazza San Marco; desde allí seguimos en lancha hasta la isla de Murano para ver la magia del vidrio y los artesanos haciendo sus maravillas. Ana y Amanda comían sus sándwiches mientras nosotros no podíamos parar de reír.

El regreso a pie sorteando canales, girando por los pasajes y pasando debajo de increíbles puentes y pasadizos envueltos en la bruma del atardecer, apenas iluminados por las luces lilas de las farolas que teñían el aire dándole color, nos llevó de vuelta hasta la estación y al subir las escaleras rumbo al tren que salía a los pocos minutos, no fuimos capaces de resistirnos a la tentación de volver la cabeza para mirar una vez más aquella maravilla. El expreso Venecia-Torino nos volvió a la realidad de nuestros planes. A medida que

³⁶ Lancha colectiva.

nos acercábamos a Porta Nuova³⁸ rumbo a Cuneo recuperábamos la compostura un poco desmantelada en esos fantásticos días.

Hacía más de un año que no veíamos a los amigos italianos y habiéndoles anticipado nuestra llegada, pero sin adelantar los motivos, nos aguardaban con la ansiedad y la alegría de quienes no se ven desde hace un tiempo. La idea era visitarlos a todos, algunos en sus casas y otros en encuentros fugaces o coincidiendo en alguna comida que inevitablemente se presentaría. Nos esperaban en Naviente, en Dogliani, en Carrú y en Cúneo. Ninguno sabía de nuestros planes concretos, pero todos esperaban esas novedades.

El domingo por la mañana de la última semana de abrilabría el paisaje de las colinas con todo el esplendor de la primavera. Al entrar a Naviente, el Tanaro se mostraba libre de los grilletes de hielo y recorría su curso, como quien reconoce sus dominios en busca de cambios y novedades. Todavía no recibía el gran caudal que, desde las montañas, recién comenzaba a deshelarse, pero su vitalidad empezaba a desperezarse para competir con los lagos de trigo que, sobre las colinas, ya habían develado el misterio de su crecimiento bajo la nieve que los abrigó durante el invierno, y crecían verdes y vigorosos alimentados por el suave goteo que la transformaba en agua.

El blanco, el amarillo, el ocre y el marrón, opacos y típicos de los fugaces días invernales, ya se transformaba en los verdes, rojos y azules deslumbrantes de las hierbas del prado, de las amapolas, las violetas y los cerezos en flor. Pasamos delante de la escuela sin detenernos para evitar molestar a los nuevos fantasmas que detrás de las ventanas cerradas estarían ocupando el lugar que les habíamos dejado. Volvimos a ver los avellanos cuya recolección nos había enseñado la inutilidad de los cercos y alambrados a la hora de respetar la propiedad de cada plantación, recogiendo sólo aquellas que eran propias y dejando para el vecino las que le pertenecían, a pesar de caer mezclada cuando se agitaban las plantas para cosecharlas de rodillas, en el suelo, enredados en el follaje bajo y tupido.

Mini, Stella, Ricardo, Beppe, Lucia, Adriano, Sara, Roberto, Lia y Cristina nos recibieron al mediodía con la mesa lista pero todavía atareados en la preparación de la pasta. Mientras el gallo³⁹ se cocinaba a fuego lento y las verduras se remojaban en el agua fresca el vino, ya abierto, esperaba.

Las preguntas eran pocas, pero las miradas trataban de suplir lo que las palabras no decían en un ambiente cargado de angustias y emociones contenidas ante la inminente despedida hacia un futuro incierto. Ninguno se atrevía a pensar si esa sería la última oportunidad para el encuentro pero, en un acto que supera toda posibilidad de magnitud,

³⁷ Antiguo barrio judío.

³⁸ Principal estación ferroviaria de Turín.

³⁹ Típica comida piamontesa.

el papá de Mini, con sus ojos profundos de mirada clara, trajo desde su cantina una botella de vino guardada desde su juventud para ocasiones trascendentes, y como obsequio de despedida y augurio de felicidad la descorchó para brindar por nosotros. Después de más de tres horas, que culminaron con una gran bandeja de quesos donde no se mezclaban los duros con los blandos, ni los dulces con los picantes, nos fuimos sin volver la mirada.

Al pasar por Farigliano vimos el bar que todavía no era de Ricardo y María Rosa, porque no había nacido la hija que les cambiaría la vida, y al subir hasta Dogliani nos encontramos con Andrea en la plaza frente al bar. Las primeras horas de la tarde iluminaban su barba espesa y nos conmovimos al ver que en su casa aguardaban Graziela y Sandra, junto a Carletto, que todavía no había sido llevado por los caminos de las colinas a hombros de sus compañeros, partisanos, combatientes, amigos y familiares, encolumnados y llorosos en el último homenaje a un héroe. La copa de grapa disimuló el brillo de los ojos con su sabor fuerte y definido, que continuamos saboreando junto con los recuerdos, mientras recorríamos el camino hasta Carrú.

Ya era el atardecer cuando Mario y Sara nos convidaron con té en unas tazas de porcelana transparente, antes de convertirse en una imagen imborrable que comenzaba a transformarse en recuerdo, cuando alzaban sus manos en el saludo final en la puerta semiabierta de la farmacia. Era difícil encarar lo que faltaba después de un día tan agitado y vibrante, pero llegamos a Cúneo con el pecho cerrado por la congoja y la emoción que anticipaba el momento de la despedida. Todas habían sido difíciles, pero ésta que habíamos retrasado hasta el final en un intento inútil nos golpearía muy duramente.

Luciana se esmeraba con las papas en la preparación de los gnocchi con crema, mientras Ornella vigilaba el conejo que se cocinaba en su exquisita salsa. Las exclamaciones, bromas, saludos y la alegría por el encuentro trataban, sin conseguirlo, de alejarnos del momento dramático que se avecinaba sigilosamente.

Vera ocultaba detrás de su aparente ironía y su gesto adusto toda la emoción que la embargaba y que se mostraba sin tapujos en sus caricias interminables con Ana y Amanda. El comedor con ventanales sobre el balcón, que tantas veces nos había reunido, parecía más iluminado y la temprana cena se prolongó cuanto fue posible.

La noche cálida nos hizo temblar a pesar su tibieza cuando bajamos por el ascensor, al abrir junto con la puerta de entrada, que se transformaba en salida, las compuertas que habían contenido a duras penas las emociones que nos desbordaban. Las recomendaciones, los ruegos, las precauciones, los augurios, los saludos, los abrazos y besos, las advertencias, las plegarias, los deseos, los consejos se confundieron en el saludo final para transformarse en el más valioso equipaje.

Reno callaba.

El tren bordeó el lago Maggiore en medio de un paisaje sobrecogedor, acercándose velozmente a la frontera suiza. Nuestro nerviosismo iba aumentando a medida que se hacía inminente el primer control fronterizo. Revivíamos la experiencia que cuenta Jorge Semprún cuando al pasar por esa misma frontera, viajando con su pasaporte español emitido por la República, y en momentos en que el franquismo asaltaba las últimas defensas de Madrid, fue obligado a descender del tren por carecer de documentación en regla. Frontera que pasó reiteradamente durante su exilio francés y como dirigente de la Internacional Comunista, utilizando pasaportes falsificados y recibiendo un trato ceremonioso y respetuoso de los mismos guardias que luego lo humillarían al presentarles su pasaporte legal, emitido por un gobierno que no resultaba aceptable para sus frías mentes reaccionarias, anticipo del triunfo del fascismo en toda Europa.

El majestuoso cruce de los Alpes nos depositó en Lausana, como última estación antes de entrar en territorio francés, aumentando la sensación de abandono que nos invadía al dejar atrás el seguro refugio de Italia. Las ocho horas hasta llegar a París ya no ejercían sobre nosotros la fascinación de los primeros viajes, prueba notable de las diferencias que puede adoptar el espíritu humano cuando se producen iguales acontecimientos pero en circunstancias tan diferentes. Ahora nos dirigíamos derecho hacia el infierno, pero por decisión propia y con la seguridad de quienes cumplen una tarea. Serios y reconcentrados, nos desentendíamos de los detalles del entorno. Imbuidos en las obligaciones militantes, tratábamos de cumplir cabalmente cada una de las etapas establecidas para arribar en tiempo a la cita en la otra parte del mundo.

Gare de Lyon, más imponente que Torino Porta Nuova o Roma Termini, no dejó en nosotros ninguna huella y la búsqueda ansiosa de nuestro contacto se robó toda la atención. La siempre delgada Elena, de aspecto frágil y como a punto de quebrarse, con su timbre de voz ligeramente cadencioso a tono con la mirada triste que parecía guardar secretos dolorosos, desembocó en un bar para cambiar algunos saludos, reconfirmar detalles y darnos las últimas indicaciones para la continuidad del viaje. Como encargada de documentación, nos pidió los pasaportes italianos para verificar la calidad de la falsificación, que aprobó con un comentario risueño acerca de las bondades de su alumna para aprender la tarea que le había enseñado. Luego de entregarle los pasaportes argentinos que habíamos utilizado hasta allí y que a partir de ese momento deberíamos cambiar por los de Mauro y Ana María, que nos cobijarían hasta llegar definitivamente a Argentina, nos orientó acerca de la manera de llegar hasta el aeropuerto Charles De Gaulle, la forma de comprar los pasajes y de comportarnos con naturalidad en los controles aduaneros, definiendo un enmascaramiento coherente para justificar el motivo del viaje ante cualquier requerimiento de información. A partir de allí deberíamos seguir solos hasta la cita en México.

El trasbordo en Londres y una breve escala en Nueva York nos remitieron a Martí y su frase más famosa: "Viví en el monstruo y conozco sus entrañas". Por un desperfecto en el avión fuimos obligados a bajar y a todos aquellos que no poseíamos pasaporte norteamericano, cual si fuéramos indeseables a quienes se trata de manera descortés y prepotente como si tuvieran la intención de entrar ilegalmente al país, nos movieron agrupados hasta una oficina de migraciones. Para nuestra desesperación, retuvieron los pasaportes dándonos a cambio una tarjeta junto a una reserva de hotel para pasar la noche a cargo de la compañía aérea, con la prohibición de trasponer la puerta bajo la amenaza de ser severamente sancionados.

Pasamos una de las noches más larga de las que tengamos memoria, hasta que a la mañana siguiente nos reubicaron en el avión, previa devolución de los pasaportes con una disculpa formal por los inconvenientes. Al cerrarse las puertas y comenzar el carreteo por la pista lanzamos una mirada desafiante a la bandera con las barras y las estrellas, que se empequeñecía mientras nos dirigíamos hacia el sur.

La estadía en México se prolongó mucho más allá de nuestras expectativas, transformando las pocas semanas esperadas en tres largos años, al cabo de los cuales, el 8 de octubre de 1983, regresábamos a Argentina. Habían transcurrido siete años de la salida. Faltaban pocos días para el restablecimiento de la democracia. Fecha simbólica si las hay, el 8 de octubre se conmemora en todo el mundo la caída en combate del Comandante Che Guevara, instaurada en Cuba como Día del Guerrillero Heroico.

Capítulo XI DE VUELTA

Morto per la Liberta....
Muerto por la libertad...

Paso de los Libres es una población fronteriza que se une con Brasil a través de un puente internacional por el que pasa, entre otras cosas, gran parte del contrabando. La ciudad de Uruguayana, del lado brasileño, tiene una importancia mucho mayor y el tránsito de argentinos hacia sus tiendas y mercados es permanente. Un extraño idioma propio de los pueblos que crecen junto a los límites, creado por el constante flujo entre ambas márgenes y surgido espontáneamente de la mezcla de las lenguas, da origen a una especie de dialecto que en este caso es el portuñol nacido del esfuerzo de los brasileños por hablar castellano y de los argentinos por expresarse en portugués. El portuñol permite la comunicación fluida haciendo habitual el traslado hacia el otro lado incluso para concurrir a espectáculos, generando a la vez entre personas de los dos países relaciones amistosas y familiares que incentivan los permanentes movimientos. Los transportes de carga y de pasajeros unidos al constante ir y venir de peatones y autos provocan un flujo que no se detiene debilitando la capacidad de control de las autoridades aduaneras, que apenas consiguen vencer el tedio tratando de retener algún artefacto electrónico. La excusa de no cumplir con todos los requisitos para su importación pueda ser motivo de una negociación espuria.

Después de pasar la noche en Uruguayana nos dispusimos a cumplir el penúltimo paso del operativo regreso. Lo primero era desembarazarnos de los pasaportes italianos con los que habíamos llegado hasta Brasil para recuperar nuestra documentación legal argentina, que guardábamos celosamente desde la salida. Para resolver la dificultad que significaba la carencia de la visa de entrada que nos permitiera pasar la frontera, como si se tratara del regreso de unas vacaciones denunciarnos ante la policía un supuesto robo de la documentación que habíamos sufrido en las playas de Río de Janeiro, donde este tipo de arrebatos es habitual.

En la medianoche que va del siete al ocho de octubre tomamos un taxi para que nos pasara con las valijas y bultos incluyendo un hermoso radio grabador Panassonic que habíamos utilizado en nuestra estadía en México, y que a la vista del agente aduanero resultó un botín difícil de despreciar: nos solicitó la boleta de compra, que por supuesto no teníamos, y ante nuestra explicación de que se trataba de un aparato usado con gesto imperturbable y decisión inflexible nos comunicó que deberíamos dejarlo y efectuar el trámite de importación en horario de oficina, o en su defecto, regresar al Brasil para intentarlo el

día siguiente. Nos fingimos indignados pero sin dejar traslucir la impaciencia que nos carcomía. Decidimos continuar hacia Argentina con la promesa de volver a la mañana siguiente para llenar los formularios correspondientes y pagar los aranceles. Cuando vimos por la luneta trasera del taxi la figura del control aduanero, sosteniendo por la manija el radio grabador en tanto se alzaba la barrera para nuestro paso, sonreímos aliviados sabiendo que habíamos pagado un precio increíblemente bajo para pasar la frontera a la vez que tranquilizábamos a las niñas que, inquietas, preguntaban por el radio grabador en el que estaban habituadas a escuchar sus canciones.

Faltaban pocas semanas para las elecciones generales y los militares en retirada estaban más preocupados por ocultar sus crímenes y borrar sus huellas que por controlar, pero el peligro mayor acechaba por la corrupción generalizada y el desbande producido en los últimos días del régimen que se derrumbaba sin remedio. Una numerosa y amenazante presencia de soldados y policías en la estación donde nos dejó el taxi, para abordar el ómnibus que nos trasladaría hasta Buenos Aires, vinieron a confirmar nuestras aprehensiones y temores. En medio del caos y la confusión habitual en estos ámbitos, donde gran cantidad de personas se mueven nerviosamente arrastrando bultos y buscando destinos, me dirigí al baño y rompí en pequeños pedazos los pasaportes de Mauro y de Ana María. Los arrojé al inodoro en una especie de ceremonia secreta de homenaje y agradecido adiós, pero con un sentimiento de pérdida y melancolía. El control de equipajes fue minucioso. Nos advirtieron acerca de la posibilidad de alguna parada imprevista en medio de la ruta para verificar el posible traslado de mercaderías contrabandeadas; por esos días estaban muy de moda los llamados “Tours de Compras”, muestra palpable del nivel de corrupción que infectaba a la sociedad argentina que proponía viajes a la frontera para efectuar compras en los mercados ilegales. Agotados por la tensión del viaje, decidimos bajar en Puente Saavedra en lugar de continuar hasta la terminal de Retiro y cuando nos vimos, exhaustos, parados bajo el puente de la Avenida General Paz, rodeados de los equipajes, comprendimos que estábamos de vuelta.

La actividad electoral estaba en su esplendor. Después de ocho años de oscuridad política y sin oponentes a la vista los partidos tradicionales se aprovechaban de la ausencia de los sectores progresistas aniquilados por la represión, aliviados de las presiones de la derecha militar y reaccionaria que se retiraba derrotada por su propia ineptitud mostrando sólo el triunfo mayor del brutal golpe contra las organizaciones populares. Una vez más se aprestaban a disputarse el gobierno sin mirar atrás en un nuevo intento por frustrar las esperanzas populares en la construcción de un sistema político que le facilitara el acceso a una vida más digna y por la que habían ofrendado sus hijos más valiosos.

Los actos de cierre fueron multitudinarios y mostraron las enormes distancias entre los

requerimientos y esperanzas populares y los no comprometidos discursos de los candidatos, llenos de frases huecas y vanas promesas que no lograban enfriar la euforia generada por la huida de la Dictadura. Los organismos de derechos humanos tomaron rápidamente la vanguardia de los reclamos populares, e inmediatamente después de las elecciones comenzaron a exigir al nuevo gobierno que juzgara a los militares y avanzara en el esclarecimiento de los crímenes cometidos. Su ofensiva daría parte de sus frutos en el juicio a los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas que habían asaltado el poder para instaurar el régimen más cruel del que tenga memoria la Argentina.

Ya estábamos todos en el país aunque muchos habían decidido no volver o hacerlo por su cuenta abandonando su deseo de continuar en la militancia.

El regreso resultó completamente diferente del que suponíamos cuando salimos del país siete años antes. Los tres años pasados en México habían acentuado el proceso de desmembramiento y a pesar de continuar dentro de una estructura que nos unificaba, se habían diferenciado claramente dos posiciones. Los que se aferraron a las concepciones originales del Partido decidieron continuar con los métodos de acción clandestina tanto en su actividad política como en el funcionamiento orgánico. Se estructuraron alrededor de una dirección que intentaba unificar el discurso y retomar los antiguos sistemas de pintadas callejeras y distribución de la prensa partidaria, para promover la presencia del Partido a través de denuncias y llamados a la resistencia. De esta manera retomar lo que había sido interrumpido siete años atrás con la salida del país. Otro grupo de compañeros pensábamos que no tenía sentido darle continuidad a una lucha que había sido perdida y tratábamos de retomar los contactos con una realidad que mostraba signos evidentes de cambios tanto en la composición social como en los intereses y reivindicaciones populares. La lucha de clases tal y como la habíamos asumido, se mostraba diluida en medio de manifestaciones y reclamos. El enfrentamiento social entre la clase obrera como motor de la historia y la burguesía y el imperialismo ya no existía. El Partido Revolucionario como vanguardia del proletariado para liderar la lucha por la toma del poder, se mostraba claramente como algo inútil al haber desaparecido la lucha de clases. Ya las clases sociales no respondían a las características que desde principios del siglo XX habían sido los parámetros que clarificaban la lucha y definían al enemigo. Ello nos llevó al convencimiento que no eran tiempos de organizaciones cerradas, sino de construcción de propuestas políticas a partir de acompañar el nuevo proceso de liberalización que se estaba produciendo desde la caída de la dictadura. Para eso era imprescindible detectar los deseos y las necesidades de quienes habían sido marginados del nuevo modelo social instaurado.

Contábamos con el apoyo de un sacerdote que estaba a cargo de una pequeña capilla en la zona sur del Gran Buenos Aires, y allí nos reuníamos para analizar lo que cada compañero traía como resultado de sus contactos. Eran reuniones muy serias y orgánicas, con

un intento esforzado por darle continuidad a los métodos de trabajo partidario. La emoción por volver a funcionar en el país estaba siempre presente y se unía a la extraña sensación de seguir en esa especie de ensoñación que nos había envuelto en el exterior. Era una muestra inequívoca de la enorme distancia que nos separaba de la realidad social y política que se vivía por aquellos días. Hacíamos grandes esfuerzos por desembarazarnos de los temores y las inclinaciones hacia la conspiración, intentando abrir nuestros movimientos para hacerlos coincidir con la búsqueda de trabajo y la resolución de los problemas de la vida cotidiana. Los contactos con los familiares y antiguos amigos que habían sido cortados por la exacerbación del enfrentamiento abierto contra los militares y la vida clandestina, fue un camino que comenzamos a recorrer con alivio pero como quien regresa a un ámbito del que había sido excluido. Sentíamos que casi todos no esperaban nuestro regreso y mucho menos nuestra intención de reasumir nuestros lugares en la sociedad. En ese proceso fuimos haciéndoles comprender que nuestra separación y alejamiento, no había sido consecuencia de una decisión de abandono, sino una consecuencia de la brutalidad de la lucha. Notábamos que nuestra manera de analizar las cosas de la vida cotidiana y de las cuestiones sociales y políticas se diferenciaban mucho de las que se manifestaban en las personas que reencontrábamos. Los conceptos de solidaridad y confianza desarrollados en el seno del Partido y agigantados en nuestra experiencia europea, no eran comprendidos y a veces provocaban sorpresa al chocar con las concepciones más individuales en boga.

Poco a poco cada quien fue insertándose en su ambiente para resolver los acuciantes problemas de la vivienda y el trabajo diario. Por mi parte, después de las primeras semanas de indecisiones e inseguridades resolví reencontrarme con mis antiguos contactos profesionales para pulsar cómo me recibirían y cuáles serían las posibilidades de reinserción laboral. Fui directamente hasta las oficinas de una pequeña empresa de servicios contables donde había trabajado muchas veces antes de la clandestinidad instalando sistemas de registración. Toqué el timbre a las diez de la mañana de un miércoles cualquiera y después de casi siete años de ausencia uno de los socios me abrió diciéndome con simpleza:

-¿Qué tal? ¡Tanto tiempo! ¿Cómo va? -mientras me franqueaba la puerta y me invitaba a pasar.

Los otros socios y empleados me saludaron desde sus puestos de trabajo hasta que Silvio se acercó tan cordial como siempre para invitarme a su oficina y ofrecerme el consabido café.

El cálido apretón de manos fue el inicio de las preguntas acerca de lo que había hecho en estos años. Nuestra relación, con ser cordial, nunca había traspasado el umbral de los temas laborales, por lo que le comenté que había estado trabajando en el exterior y que al regresar buscaba alguna ocupación dentro de la profesión, dejando entrever mi intención

de retomar algunas de las actividades que habíamos hecho juntos. Él se acordaba con mucho respeto de aquellos trabajos y del buen equipo que formábamos cuando su empresa proveía los equipos y yo instalaba los sistemas.

Bordeamos la situación política sin introducirnos en detalles y me comentó que un cuñado suyo que tenía una empresa de construcciones estaba a la búsqueda de un contador y que si a mí me interesaba podía darle un golpe de teléfono para recomendarme.

Mi respuesta afirmativa fue inmediatamente seguida de la comunicación y al cabo de pocos minutos me dijo:

-¿Puede ir ahora? Lo está esperando.

-Pero estoy así nomás -dije poniéndome de pie y mostrando mis vaqueros y mi remera. Tendría que ir a cambiarme y pasar más tarde.

-No, no. Mejor vaya ahora. Eso no importa. A lo mejor, si le cae bien, mañana empieza.

Así comencé a trabajar en la empresa constructora tratando de asimilar muy rápido los enormes cambios que la concentración económica y la penetración brutal de las entidades financieras internacionales habían operado en las actividades comerciales. Pero a pesar de que en empresas mexicanas había llevado a cabo las mismas labores, me resultaba verdaderamente dificultoso seguir el nuevo ritmo alocado que las variables financieras habían adquirido en el país.

Continuábamos a la vez con nuestras reuniones en un firme intento por relanzar el funcionamiento orgánico. Recogíamos información tratando de tomar conocimiento de la situación del movimiento de masas para hacernos una idea del nivel político y organizativo de los trabajadores. Nos esforzábamos por conocer las posiciones de las otras organizaciones y partidos a la vez que medíamos la profundidad de las heridas recibidas. Nos presentábamos con un perfil bajo y reflexivo evitando la confrontación y buscando puntos de acuerdo mientras recuperábamos los contactos con los compañeros que, desde las sombras, empezaban a mostrarse para conocer, preguntar, asumir la verdadera dimensión de nuestra condición política después de siete años de ausencia.

Por su parte, quienes en la reunión de París decidieron incorporarse a la lucha en Nicaragua y Centroamérica, regresaron como una organización independiente para crear el Movimiento Todos por la Patria que culminaría su accionar con el sangriento intento de copamiento de La Tablada, en una muestra clara de persistencia en una línea de acción que revivía los más trágicos errores cometidos en el pasado.

Era evidente que el país de mediados de los ochenta distaba mucho de aquel que habíamos conocido en los sesenta y setenta. La furia despiadada del terrorismo de Estado y las pautas de vida liviana y superficial impuestas por el régimen habían reemplazado el

compromiso militante cambiándolo por la indiferencia. Ya la solidaridad no se mostraba como el valor ético y moral que le había dado su impronta a toda una época. El desmembramiento del tejido social ocupaba todos los espacios. El temor, la falta de compromiso, el recelo, la competencia, la disputa, moldeaban el nuevo carácter de los argentinos duramente golpeados por la evidencia de la verdad que se abría paso entre los intentos por ocultar cierto grado de hipocresía detrás de la frase más famosa por esos días: “Yo no me di cuenta de nada...”

Las fuerzas más oscuras de la sociedad habían logrado una victoria muy importante al aniquilar a la generación que había alcanzado un grado muy elevado de comprensión sobre los mecanismos de opresión encontrando los métodos para combatirlos, y lanzándose con decisión a la disputa por el poder. No resultó suficiente su inmolación en la búsqueda de un mundo más bello para contrarrestar los efectos del terror. Y la sociedad argentina en su conjunto se sometió. El movimiento de masas aceptaba el advenimiento de la democracia, pero a su vez evitaba la necesaria reflexión sobre lo ocurrido; descorrido el velo de la represión, asumía la nueva realidad que se mostraba a sus ojos pero sin cuestionarse los resultados de ocho años de dictadura feroz; trataba de asimilar el nuevo modelo económico como una realidad a la que había que habituarse. Las diferencias económicas que la barbarie del régimen impusieron empujando a la mitad de la población hasta el borde de la miseria, arrojándolos sin compasión al abismo del desamparo, no fueron capaces de conmover a esta nueva sociedad, moldeada en las forjas de la tortura, la desaparición, los vuelos de la muerte, el robo de bebés, el comercio infame con pertenencias de detenidos y la propaganda patrioter y arrogante del “Somos derechos y humanos” con que el régimen de facto pretendió refutar las fundadas denuncias de los Organismos Internacionales de Derechos Humanos.

Conciente de que en el mundo se notaban las consecuencias de las primeras grietas en el muro de Berlín, el Imperio se lanzaba con sus fauces babeantes a proponer el fin de la historia, en un intento grotesco por definir su llegada como el amo universal. Cual si fuera para siempre jamás, desconocía las fuerzas que anidan en el seno de los pueblos que los han llevado a sobrevivir a las mayores crueldades en su lucha inmemorial, desde los albores de la historia, resistiendo todos los intentos por imponer sistemas de opresión. Las mascaradas democráticas sin contenido y vacías de representatividad imponían gobiernos que sólo servían a los planes globalizadores de los países poderosos, condenando a los pueblos y sus padecimientos a asumirse como efectos no deseados del progreso. Su victoria ideológica se expresaba en que hasta las propias víctimas de este perverso y cruel sistema hacían propias las concepciones que las condenaban, adoptando como modelo de liberación y progreso la alternativa individual hasta alcanzar el modelo de sus victimarios; es decir, la cruel determinación de sumarse a los que para sostener su nivel de vida no

dudan en condenar a su prójimo a la miseria y el abandono.

Los anhelos de retorno se toparon con el profundo precipicio de una realidad circundante que nos produjo vértigo y sorpresa. Nuestra predisposición de lucha y reconstrucción acusó el golpe con dureza. Las herramientas que habíamos construido en el pasado reciente, y que pretendíamos reeditar adaptándolas a los nuevos tiempos, se mostraban claramente inútiles para responder a la problemática social y política de un país que parecía no tener destino. En un mundo de competencias salvajes y concentraciones monopólicas, los trabajadores habían sido irremisiblemente desplazados como motores de la historia y convertidos en masas de desocupados inservibles para las necesidades del nuevo sistema neoliberal, que arrasaba con todos los disensos. Mientras el socialismo se alejaba sin remedio del horizonte, la democracia como sistema se corrompía generando estructuras políticas que no se planteaban la representación de los pueblos sino su constitución en castas corruptas sin dignidad ni principios. Implantado con la fuerza del terror y la propaganda que mostraba los modelos del éxito contruidos sobre estereotipos inalcanzables, la exacerbación del individualismo había calado muy profundamente en todas las conciencias.

El retroceso del movimiento popular había alcanzado un nivel tan bajo que se alejaba de los principios que los trabajadores, en su avance, habían conseguido extender al resto de la sociedad y se abandonaban lastimosamente la solidaridad, la unidad y la humildad para reemplazarlas por la búsqueda solitaria del atajo que facilitara el acceso al nivel de vida soñado, aunque para lograrlo hubiera que utilizar los mismos procedimientos impuestos por los victimarios. La salida de la miseria, el abandono y la frustración ya no se buscaba en la lucha en común con los hermanos de clase y de desgracia, sino en el acercamiento personal a los poderosos en un cruce indigno de las barreras más elementales de la lealtad y la coherencia social. El desgajamiento de los estratos sociales en muchos niveles que agrupaba a las grandes masas en pobres, muy pobres, extremadamente pobres, indigentes, clase media baja, media media, media alta, etc. provocaba un desmembramiento que separaba a unos de otros planteando una escalera social cada vez más larga que hacía imposible pensar en el ascenso social como resultado del esfuerzo o la elevación cultural. Consecuencia directa de las políticas sociales y económicas llevadas a cabo por la dictadura, la realidad no mostraba señales de cambio con las nuevas democracias y así tendía a afianzarse el nuevo esquema social moldeado con crímenes y torturas.

La victoria de la dictadura se manifestaba claramente en la aceptación generalizada de sus códigos de comportamiento. Las personas aceptaban utilizar los mismos mecanismos de convivencia que como una contradicción dialéctica los había transformado en víctimas, y asumían como prototipos a los responsables de sus desgracias, claros beneficiarios de la transferencia de riquezas generadas por el nuevo disciplinamiento social. Querían ser co-

mo los exitosos legitimando a través de la aceptación masiva de sus métodos, la utilización de los mas bajos conceptos para avanzar en la escala social. La conciencia crítica parecía haber muerto junto con los luchadores populares y lo más bajo de la escala social imponía sus normas de corrupción, componendas, coimas, frivolidad y falta de compromiso moral.

En este marco, tan diferente del que pensábamos encontrar, la militancia debía ser reemplazada por una profunda inmersión en el seno de la sociedad para desde allí participar en la búsqueda de los nuevos métodos de lucha y en el diseño de los planes en concordancia con los anhelos y las esperanzas de los que inevitablemente se constituirían en las nuevas vanguardias de los tiempos por venir. Debíamos mantener en alto las concepciones éticas y morales como principal aporte de nuestra experiencia en una especie de antídoto social para combatir los estragos producidos en los hábitos cotidianos de las personas por los modelos de un sistema que había utilizado y continuaba utilizando la ruptura del tejido social como su principal arma de dominación.

Esta posición no fue acompañada por todos los compañeros y muchos prefirieron continuar la construcción obstinada del partido clandestino; otros decidieron incorporarse a los partidos de la izquierda tradicional y algunos se organizaron como grupos guerrilleros para continuar la guerra revolucionaria.

EPILOGO

(veinte años después)

1.

Nuestras hijas habían crecido y ya eran mujeres adultas desarrollando sus vidas independientes en el ámbito profesional y personal, marcando nuestra entrada a una etapa donde la reflexión y la serenidad comienzan a ganar espacios. El crecimiento de los hijos es un termómetro infalible a la hora de verificar el paso del tiempo que la vorágine cotidiana se empeña en ocultar, pero el impacto mayor lo recibimos cuando veinte años después de nuestra salida de Italia volvimos sin anunciarnos.

En los primeros diez años casi no tuvimos contacto, inmersos como estábamos en nuestra batalla personal por recuperar un espacio en la sociedad que nos había expulsado y que se resistía a aceptar nuestro regreso. El país hundido en la oscuridad de la represión, el terror y la superficialidad se negaba a reconocer que los sobrevivientes éramos una presencia que no se podía ignorar y que al volver dejábamos en evidencia muchas de las heridas que se querían ocultar en un intento fútil por borrar de la memoria una de las páginas más trágicas de la historia reciente. Todavía se escuchaban algunas voces diciendo “Por algo habrá sido” o “Algo habrán hecho” cuando se recordaba la brutalidad de los operativos represivos, en una cínica repetición de las justificaciones de los asesinos. Parecía que detrás de una pretendida intención de mirar hacia adelante se ocultaba la cobardía de oscurecer las responsabilidades.

Lentamente fuimos retomando algunos contactos por carta o a través de esporádicos llamados telefónicos que siempre nos devolvían la misma calidez de los lazos de afecto contruidos en aquellos pocos meses.

La primera vez fuimos en un viaje de placer que nos llevó a España tratando de cumplir con un deseo largamente acariciado. Casi con reservas, decidimos incluir en nuestro itinerario unos días en Italia para volver a recorrer con más calma las maravillas de Roma, Florencia y Venecia. A medida que diseñábamos el recorrido fuimos notando que era inexcusable una pasada aunque fuese fugaz por Cuneo y sus alrededores, y lo que creímos sepultado en lo más profundo de nuestros recuerdos comenzó a tomar vida a medida que se acercaba la fecha. La agitación y las emociones volvían a flor de piel con sólo imaginarnos otra vez en aquellos lugares que durante veinte años habíamos mandado hasta lo más remoto de la memoria.

El viaje hasta Cuneo fue muy similar al que realizamos en nuestra aventura, pero ahora la melancolía reemplazaba a aquella sensación de descubrimiento, y sin las angustias y los temores disfrutábamos del confort gozando del paisaje y anticipando el encuentro.

La estación, las calles nevadas, las recovas acogedoras fueron los primeros indicios de que nada había sido olvidado e increíblemente comprobamos que reconocíamos cada detalle y nos resultaba fácil ubicarnos. Preferimos tomarnos un día completo para recorrer y recuperar la relación con el paisaje antes de intentar el primer contacto con Reno y su familia. Ello nos permitiría serenar el espíritu y amortiguar el golpe que inevitablemente recibiríamos al comprobar el paso del tiempo.

La búsqueda de los números telefónicos en la guía se convirtió en el primer capítulo de una nueva página de esta historia de amores y tibiezas. Ubicar cada nombre nos remitía velozmente a sus hermosas simplezas, como cuando leímos Graziela Altare Pettinatrice⁴⁰, recordándonos su profesión de peluquera que ya por esos días estaba abandonando. Las llamadas hechas una detrás de la otra blanquearon nuestra presencia provocando un impacto que los convulsionó al enterarse que estábamos allí. Los cariñosos rezongos por lo imprevisto de la llegada sin aviso mostraron con transparencia la claridad de sus sentimientos: nos habían incorporado a sus vidas como parte de sus familias.

Fueron cuatro días de abrazos y reencuentros que no consiguieron despejar del todo la niebla del pasado. La fugacidad de los encuentros apenas sirvió como demostración cabal de la presencia incólume de aquellos sentimientos que se reencendieron con tan sólo un contacto, volviendo a actualizar la presencia de cada uno en el otro. La comprobación de haber transcurrido separadamente este tramo de la vida que nos introducía definitivamente en la madurez y el hecho de haberlo transitado por carriles similares, ubicándonos en coincidencias muy grandes a la hora de la reflexión sobre los grandes temas de la vida, planteó sin duda la continuidad hacia adelante de una relación afectiva que se mostraba con la vitalidad propia de aquellas nacidas al calor de la participación activa en la batalla por la construcción de un mundo mejor. En un tiempo en que era posible que esos combates hubieran quedado en el ámbito de las utopías, sentimos con ternura que nuestros ideales habían logrado sobrevivir a las distancias y a los años.

No habíamos pasado por Naviente ya que Mini y Stella se encontraban en esos días de viaje por la Toscana y al regresar de Dogliani después de visitar a Andrea y Graziela, en una noche con fuerte nevada en la que apenas conseguía entrever el camino manejando el coche de alquiler con que nos movíamos, no logramos descubrir el desvío y pasamos por delante sin notarlo. No sabíamos todavía que el aluvión de lodo y muerte que había desatado la furia del Tanaro el fin de semana trágico del 5 y 6 de noviembre de 1994 había arrasado todo a su paso, modificando paisajes y llevándose la vida de muchos vecinos. La reconstrucción había transformado el sencillo desvío en un moderno distribuidor carretero que ensanchaba la entrada haciéndole perder gran parte de su encanto.

⁴⁰ Peinadora.

2.

Volvimos a visitarlos dos años después, y esta vez nos esperaban porque la continuidad en el afecto se había manifestado en frecuentes llamadas y cartas respondidas con rapidez. La Italia de este tiempo también había cambiado. El proceso de Mani Pulite había arrojado por la borda a los partidos tradicionales desenmascarando la corrupción generalizada del sistema político y a los dirigentes que durante décadas ocuparon los espacios del poder. Ya no existían ni el PCI, ni la DC ni el PSI. Se abría un abismo que al principio pareció purificar el aire barriendo en pocos días más de medio siglo de un modelo que se derrumbó irremisiblemente ante las investigaciones del juez Di Pietro. En palabras de Paul Virilio "...la operación llevada a cabo por el juez Di Pietro en nombre de la lucha contra la corrupción, desemboca en la llegada al poder no sólo del partido posfascista de Gianfranco Fini, sino también del partido pospolítico de Silvio Berlusconi, como si la purificación ética de la clase política italiana no hubiera servido para otra cosa que para justificar el primer golpe de estado mediático de la historia europea". La espectacular victoria de Forza Italia hacía decir a un ciudadano: "Ayer era necesario ir a votar tapándose la nariz, mañana con Berlusconi en el poder habrá que votar cerrando los ojos". Parecía que en Italia ya no existía la alternativa entre derecha e izquierda, reemplazadas por las diferencias entre la política y la televisión.

En este ambiente de desesperanza eran pocos los que continuaban con alguna actividad militante y resultó fácil explicar nuestra propia frustración frente al desinterés generalizado por las cuestiones políticas, que ubicaba al mundo de fin de milenio en una pendiente de fatalismo donde nada parecía posible de mejorar y todo se mostraba como definitivo. Sólo Paesi Tuoi parecía desafiar el paso del tiempo y continuaba tozudamente con su prédica, difundiendo los problemas de los pueblos de las colinas y haciéndose eco de las inquietudes de los vecinos.

La escuela de Naviente se había convertido en un centro cultural gestionado por los vecinos, donde se desarrollaban actividades sociales. El edificio había sido restaurado, aunque continuaba manteniendo las estructuras originales y contaba con una sala de lectura, otra para reuniones, un bar y un pequeño depósito. En varias ocasiones se habían llevado a cabo algunas ceremonias de recordación de aquellos días con la presencia de periodistas, artistas y personas interesadas en conocer la experiencia dándole una trascendencia que excedía, en mucho, nuestra propia valoración. No eran pocas las publicaciones que incluso se habían hecho eco de la presencia de nuestro grupo en ese pequeño pueblito, resaltándolo como un acontecimiento.

El encuentro estaba pautado para las primeras horas de la noche. Cuando llegamos con Franco y Mati a casa de Mini notamos un cierto nerviosismo. Ya sabíamos de la ceremonia preparada porque nos habían mostrado los afiches rojos donde se anunciaba nuestra lle-

gada, pero con el ajetreo de los saludos y reencuentros no habíamos alcanzado a detenernos a pensar un momento en la significación del acto.

A la hora prevista recorrimos en grupo los pocos metros hasta la escuela, donde ya se había reunido una importante cantidad de personas. Entre ellas, se destacaban con nitidez los más jóvenes que, con sus movimientos inquietos, llenaban de bullicio el salón donde se había ubicado una larga mesa con bebidas y algunos dulces. Recorrimos los antiguos lugares reconociéndolos por las explicaciones acerca de las modificaciones que los habían adaptado a los nuevos usos, para entrar finalmente al lugar donde nos esperaban. Las palabras de Mini recordaron nuestro paso por Naviente realzando nuestra visita cual si se tratase de la de verdaderos personajes. Como siempre, como antes, oírlo acortó las distancias entre aquellas personas que recordaban nuestra presencia en su pueblo y la vorágine de actividad y movimiento que se había generado a nuestro alrededor. Todos estaban ansiosos por saber qué había sido de nosotros y nuestros planes al cabo de tanto tiempo y tantos cambios. Al pasarme el micrófono me encontré frente a la mirada expectante de aquellos vecinos que nos habían cobijado. Acompañados por los hijos ya adultos, que recibieron de sus padres algún comentario acerca de que alguna vez en aquella escuela, un grupo de exiliados argentinos había vivido durante mas de un año, mostraban la sana curiosidad de quien se encuentra frente a frente con los protagonistas de una historia simple que ha adquirido, a sus ojos, cierta notoriedad.

Dije que regresábamos después de veinte años como amigos con deseos de reencontrarse con gente muy querida. Volví a agradecer las atenciones recibidas y recordé que durante esos meses pasados en Naviente algunas gotas de sangre piemontesa habían entrado en nuestras venas. Ahora notábamos cómo nos identificábamos con ellos en cada ocasión en que el Piemonte aparecía en nuestras vidas, ya fuese por noticias, paisajes, comentarios o comidas. Nuestros proyectos habían desaparecido junto con los cambios del mundo, pero nuestra voluntad de luchar por el triunfo de los mejores valores de la vida seguía intacta. En los saludos que siguieron a los apretones de manos y los besos apenas alcanzamos a reconocer algunos rostros velados por el tiempo.

El brindis por la felicidad de todos abrió paso a la segunda parte del evento: la actuación de Luca, aquel niño que reclamaba patas de pollo y se quejaba con su papá porque se aburría diciendo que ya no estaban “ni siquiera” los argentinos. Ahora Luca se había transformado en un artista exquisito, que recreaba las mejores tradiciones del teatro piemontes con una gracia y simpatía incomparables. Sus representaciones, plenas de sarcasmos e ironías con profusión de gestos y acrobacias, provocaban risas y exclamaciones cada vez que llevaba sus relatos hasta la cima de la gracia y el absurdo.

Al final fuimos a cenar, pero con la serenidad de quienes se reúnen por el solo placer de celebrar la amistad.

PALABRAS FINALES

La solidaridad, cuando es desinteresada, enaltece a quien la brinda. Los ejemplos que aquí se relataron son apenas una muestra de lo que la memoria logró guardar. No alcanzan a reflejar en toda su magnífica dimensión, la generosidad y el desinterés con que toda una comunidad acogió a estos jóvenes combatientes que, dispuestos a embestir contra el poder hegemónico mundial, se recuperaban de sus heridas. El cobijo, el cariño, el afecto, la contención, la ayuda material y espiritual que ofrecieron no sólo sirvieron al logro de sus proyectos sino que fueron un aporte inestimable para su formación como seres humanos.

INDICE

Advertencia

Palabras Previas

Capítulo I

El largo regreso

Regreso a Buenos Aires en 1982 – La división del ERP en 1979 (la reunión de París)- La clandestinidad en Buenos Aires en 1976 – Salida a Brasil en 1977 y encuentro con Leopoldo para coordinar la partida de los compañeros hacia el extranjero.

Capítulo II

Europa

Coordinación hacia Europa – Llegada a Roma y toma de contacto con los italianos – En tren a los Alpes.

Capítulo III

El embeleso

El Devotazo y la caída de Cámpora en 1973 - El golpe en Chile del '73- El asesinato de Santucho y la solidaridad de su familia europea - Instalación en la escuela abandonada de Naviente – Mini y Stella – La situación política en Italia.

Capítulo IV

Guerrilleros y partisanos

Mario y Sara, reencuentro veinte años después - Las brigadas rojas en 1979 – Primera comparación con los partisanos – Historia de la resistencia italiana – Contactos políticos en la región.

Capítulo V

La derrota a cuestas

El mundial del 78: triunfalismo deportivo y derrota política – Las cinco Escuelas de Cuadros en el norte de Italia – Recuerdos de una amistad que perdura.

Capítulo VI

Religiosidad y blasfemia

El pesebre viviente del campesino – Los festivales de la unidad - Los contactos institucionales – Blasfemias del militante - El cartero llama cien veces - El cura en bicicleta (bautismo de Lenin)

Capítulo VII

Amor militante

Familiares y personajes de visita – Las grandes discusiones - Explicando el peronismo - Historia de Paco (el preso liberado en el Devotazo) - La historia de amor de Oscarcito y Eleonora

Capítulo VIII

La decisión tomada

Vida cotidiana y revolución (asado, chivo y chanfaina) – Operativo retorno – Traslado de Naviente - Contactos en Ivrea – La solidaridad de las obreras italianas - La peluca del regreso

Capítulo IX

Despedida

De avellanas, clavos y serigrafías - El carnaval - Trabajos manuales: pintando postes al pie de los Alpes, la cosecha de manzanas - Documentos

Capítulo X

El día del guerrillero

Segundo encuentro con Leopoldo, en Madrid - Cacho secretario del nuevo buró político
- Última visita a Naviente - Paseo por Venecia - Mexico

Capítulo XI

De vuelta

La entrada final por Paso de los Libres – Democracia y reencuentro.

Epílogo (veinte años después)

Palabras finales